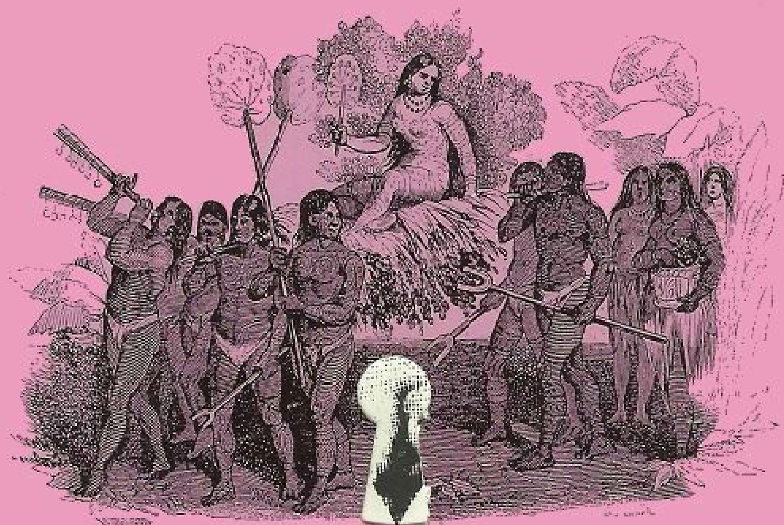
Anacaona

Vicente Muñoz Puelles





III Premio La sonrisa vertical



Anacaona, «esa bondadosa cacique de los indios Jaraguá, en la Española», es la inspiración, o, mejor dicho, la instigadora de esas «aventuras del espíritu y del sexo» protagonizadas por un «matemático que, en vida del dictador, burlaba a la represión y a la austeridad de los números escribiendo por las noches cuentos eróticos». Ese joven avejentado, aparentemente tímido e introvertido, consigue, sin embrago, gracias a las sugerentes imágenes de un exótico Libro de Viajes, no sólo mantener excitantes relaciones con su compañera en la estrechez de un triste apartamento provinciano, sino viajar sin límites por incestuosos y perversos recuerdos infantiles que, en la espiral del tiempo, se remontan a otros escenarios ancestrales, donde la sensual Anacaona —y otros seres de míticos poderes— se mueven en la descarada y provocante libertad de un paraíso perdido.

¿Quién no tiene, o ha tenido, una Anacaona quien, de la postración más profunda, consigue elevarnos a las más inesperadas exaltaciones?



Vicente Muñoz Puelles

Anacaona

La sonrisa vertical - 26

ePub r1.0
Titivillus 28.09.15

Título original: *Anacaona*
Vicente Muñoz Puelles, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Ilustraciones provenientes de
la edición de 1851 del libro
de Washigtnon Irving
«Vida y viajes de
Cristóbal Colón»



Escruta mi escroto, monta sobre mí y se acomoda al filo del falo. Cierro los ojos en desfallecido éxtasis y espero: el vaivén vaginal, en trémulo contacto de sus labios en mi garganta, buscando capilares y tanteando venas, y la presión de sus dientes helados, la seca incisión, los movimientos convulsivos de su lengua y su cuello y su sexo, todo el cuerpo convertido en una sanguijuela absorbente y silenciosa que renueva su vitalidad forzando la mía, la suprema tensión y el derrame simultáneo, en oleadas rítmicas, de dos líquidos densos y viscosos, que ella recoge en lugares distintos, como una enorme esponja. Agradecido, alzo los párpados y veo su rostro aún en trance y sus colmillos ensangrentados. Se aparta lentamente, se relame y me mira con los ojos luminosos de una drogadicta. Hace una extraña gárgara.

—Es formidable —dice con voz remota—. La sangre y el amor, juntos.

Soñé que era un vampiro condenado a perseguir la inmortalidad y que, aprovechando mi rigidez diurna, una mujer descorría la tapa del féretro. Me gustaban las ondulaciones de su cabello, sus largas pestañas rizadas y su vestido de lamé plateado. Al descubrirme pareció asustarse, pero luego su rostro se fue dulcificando. Llevaba un martillo y una afilada estaca de madera; los dejó a un lado y sonrió mientras con una mano apartaba mi capa, desabrochaba mi bragueta y me provocaba un agradable aflujo. Se desnudó y con gesto decidido entró en el ataúd. La juventud de su carne me dio fuerzas para morderla. Libé durante mucho tiempo.

—¡Estate quieto! ¡Me haces daño de verdad! —gritaba Vera.

Al abrir los ojos la encontré incorporándose junto a mí. Brillantes y temblorosos regueros de sangre se deslizaban por su pecho hasta las areolas de sus senos desnudos.

Pero también eso era parte del sueño, y cuando desperté de verdad dormía plácidamente a mi lado.

Fue la truncada virilidad de Gotama el profeta, y no su cabeza, el pago que la bella Kali exigió al rajah Prasenajit a cambio de una danza. Y Prasenajit se entristeció mucho y prefirió ofrecerle la mitad de sus dominios, porque adivinaba en Gotama al enviado de un dios desconocido, a quien no convenía ofender. Pero Kali inclinó la cabeza hacia un hombro, golpeteó con los dedos de una mano la palma de la otra y onduló lánguidamente las caderas hasta que, de pronto, pareció arrepentirse y quedó rígida. Por segunda vez inició un amago de danza, llevando ahora la cabeza hacia atrás, entrecerrando los párpados, enarcando los brazos y mostrando la cálida palidez de las axilas desnudas; de nuevo se interrumpió, sabiéndose admirada. En esto arqueó un pie y se inmovilizó sobre él; bastó la imagen retenida de aquella forma calzada con una sandalia de perlas, que separaba deditos fálicos terminados en medias lunas de carmín, para que el rajah consintiese. A una señal de Kali, las esclavas le desataron las sandalias; arrojó la negra túnica lejos de sí: siete estrechas telas, superpuestas y de diferentes colores, le oprimían caderas y muslos. Sin mover los pies, sin doblar ni separar las rodillas, giró el torso con gravedad, balanceó los hombros, entrelazó sus dedos a la altura del rostro, enderezó los pezones solicitados por el ritmo. Estorbada por los velos, fue desprendiéndose suavemente, como una serpiente que cambiara de muda; toda su piel se metamorfoseaba. Cuando sólo una gasa alada cubría las nalgas llenas y redondas de la danzarina. Prasenajit sintió la necesidad de exprimirse: la visión de la ranura interglútea le había trastornado. Kali prescindió de la gasa y esbozó lentos movimientos coitales, girando las piernas hacia dentro y hacia fuera o trazando círculos con la pelvis: figuras que Prasenajit imitaba presionando circularmente su verga obtusa y monoftálmica. Aumentaron de amplitud y energía sus gestos maníacos y

extrajo el placer a grandes jadeos, mientras la bella Kali se doblaba hacia atrás y separaba los muslos como recibiéndole a distancia.

—Dadle lo que pide —dijo el rajah.

Porque ella deseaba a Gotama y éste la había rechazado sin mirarla, el verdugo aprisionó con un fino ligamento los genitales del profeta y los cortó con una navaja bien afilada. Alquitrán caliente derramó en la herida; ni siquiera entonces gritó Gotama.

Cuando le mostraron los ensangrentados despojos en bandeja de plata, Kali habló: «No querías nada de mí, Gotama. Me despreciaste. Te condujiste conmigo como con una ramera, con una mujer liviana. Hija de la hiena y del chacal, me llamaste. Pues bien, yo estoy entera y tú no. ¿Por qué no me miraste, Gotama? Si me hubieras visto me habrías amado. Yo te vi y te amé. Aún te amo».

Tomó los genitales aún calientes y los friccionó como queriendo revivirlos. Violentamente, se dejó caer en el suelo de mosaico y oprimió los despojos contra su delta.

Gotama fue conducido a los desiertos del norte, donde le enterraron de cintura para abajo y permaneció cinco días sin agua ni alimento, para impedir la micción y contener la hemorragia. No estaba triste: como había hecho voto de castidad, imaginaba que le habían privado de un tesoro superfluo.

Desenterrado y cicatrizada la herida, continuó predicando.

—¿Te ha gustado? —le preguntó al salir del cine.

—Me ha impresionado. ¿Ya ti?

—No lo sé. No harás eso, ¿verdad?

—¿Castrarte? —rió.

—No me siento muy animado esta noche.

—¡Qué bien! Te estrangularé y aprovecharé tu erección mortuoria. Oye, ¿qué ocurre? ¡No creerás que hablo en serio!

Poco antes, al pasar junto a un anuncio luminoso, me había

fijado en que los ojos de Vera eran grandes y almendrados, como los de la insaciable japonesa de la película.

Anacaona, bondadosa cacique de los indios de Jaraguá, en la Española (la actual isla de Haití y Santo Domingo), soy perfectamente consciente de que nunca podré abrazarte porque has muerto hace cinco siglos. Pero eso no me impide quererte a mi modo. Tenía once años cuando me enamoré del grabado que te representaba en un libro. Ibas desnuda, salvo por un faldellín de hojas, señal de que habías conocido varón. Tatuajes y sajaduras, de trazado convergente hacia el pubis, te adornaban desde el cuello a los tobillos. Cuéntame si es cierto, como he imaginado, que durante la infancia te tatuaron el abdomen y en la pubertad los brazos y el pecho y luego, año tras año, añadieron líneas a tus nalgas y muslos, hasta completar ese laberinto. ¿Sufrías mucho cuando, para producir el relieve, te cubrían las llagas con ceniza? ¿Tenían los tatuajes de las mujeres de tu tribu un efecto excitante sobre los hombres? ¿Enloquecían ellos al ver cómo bailaban los signos mientras os hacían el amor? ¿Se volvían lívidas las cicatrices bajo el efecto de las emociones? ¿Podían conocer los hombres vuestros sentimientos sólo por la palidez de las sajaduras? ¿Te extraña que todavía me masturbe siguiendo con mi pene los dibujos de tu piel de iodo? ¿Por qué me conmuevo tanto cuando te contemplo en el grabado? ¿Qué río es ése que se desliza en tomo a tus pies? ¿Adónde te diriges?

¡Cuántas veces he soñado que venías a mi época o que yo me trasladaba a la tuya! ¿Crees que nos entenderíamos? ¿Te das cuenta de que no nos parecemos en nada? Quizá eso represente una ventaja: nunca acabaríamos de conocemos mutuamente, la costumbre no agotaría el amor. ¡Hay tantos hombres y mujeres condenados a detestar a sus parejas y a morir recluidos en sus propias conchas!

¿Puedes olvidar que nací en el mismo país que tus asesinos, los exterminadores de tu tribu? ¿Puedo yo

olvidarlo?

Soy un avejentado matemático que, en vida del dictador, burlaba a la represión y a la austeridad de los números escribiendo por las noches cuentos eróticos. Dejé de practicar esa pequeña rebeldía cuando él murió. Enmohecido y anticuado, incapaz de convertir en realidad mis cuentos, sólo recupero la antigua tensión cuando repaso aquellas páginas clandestinas o invoco a Anacaona, bondadosa cacique de los indios de Jaraguá, en la Española, y a los minuciosos dibujos de su piel.



—Es fácil. Podría decirte cómo sigue.

—Inténtalo.

—Déjame pensar… Tu protagonista, el matemático, está tan obsesionado con la imagen del grabado que se aísla del mundo. Un día, por azar, conoce a una mujer que se asemeja extraordinariamente a esa india, Anaconda…

—Anacaona.

—Eso, Anacaona. Pues bien, conoce a la mujer y se enamora de ella porque se parece a la otra, pero cuando se acuestan no funciona y sufren ambos y ella se va; vuelve él a la contemplación del grabado y años después busca a la mujer para averiguar si el hechizo se ha roto, pero ya no la encuentra.

—No acertaste en nada —mentí, aterrado por la descripción casi exacta que Vera había hecho de mi novela.

—Ya lo veremos —dijo ella, y luego, en un tono más bajo, mientras con aparente indiferencia se quitaba la falda y la blusa —: Algunas tardes hace demasiado calor en tu piso… ¿De verdad te gustaría que me tatuara? ¿Crees que me dolería? ¿Quieres…?

En el capítulo XXII del libro primero de sus *Viajes*, Marco Polo cuenta la historia del heresiarca persa Hassan Ibn Sabbah, que erigió un paraíso artificial poblado de bellísimas mujeres de ojos de hurí y lánguidas caderas. Eficaces dosis de hachís adormecían a los miembros de la secta, más tarde llamada de los Asesinos, que tan pronto se encontraban fuera del paraíso como dentro de él, sin conocer los detalles del cambio. Aquellas breves estancias, dedicadas a la gratificación de los apetitos y al lujo, en un mundo sobrenatural que simulaba el cielo de Mahoma, propiciaban y afirmaban la fe sectaria. En el paraíso, los Asesinos disfrutaban de bosquecillos frescos, bulliciosas fuentes, variadas frutas y doncellas de pecho alabastrino; fuera, recorrían el yermo desierto asaltando caravanas de mercaderes o guerreando contra otras bandas. Les envalentonaba la certidumbre de que, vivos o muertos, habrían de regresar pronto al paraíso.

Dos siglos después de que Marco Polo escribiera sus *Viajes*, un marino genovés llamado Cristóbal Colón concibió, leyendo el relato del veneciano, la idea de navegar en dirección oeste para llegar a Cipango (Japón) y Catthay (China). Apoyado en la magnífica descripción de Marco Polo, Colón imaginaba esas tierras abundantes en perlas y piedras preciosas, y soñaba con templos y palacios cubiertos con planchas de oro fino.

Muchas dificultades arrostró antes de conseguir las naves necesarias para realizar su proyecto. Finalmente, en Granada, que acababa de ser tomada a los moros, consiguió la protección de Fernando e Isabel, y poco después pudo cruzar

con tres exiguas carabelas el océano desconocido. Tras un viaje de dos meses y nueve días arribaron a una larga playa, donde ya les aguardaban varios isleños atraídos por el espectáculo de las naves. Distribuyó Colón entre aquellas gentes sartas de abalorios, gorros, cascabeles, alfileres y otras baratijas, que parecían estimar sobre el oro. Al preguntárseles por señas dónde adquirían aquel metal, dieron a entender que en otros países grandes situados al sur. Así supo el genovés de la existencia de tierras mayores; sospechó que pertenecerían al archipiélago asiático, y que hallaría en ellas muestra de las preciosidades de la India. Por lo cual resolvió irlas a buscar.

Avistó Cuba y entró en contacto con los nativos, algunas de cuyas voces le sonaban a nombres de pueblos y provincias que había leído en Marco Polo; en cierta ocasión, al escuchar la palabra «caniba», interpretó que hablaban del gran khan y de una opulenta ciudad de su imperio. Pero al inquirir de dónde obtenían el oro que adornaba sus pechos y brazos señalaban hacia el oriente, y con gestos y expresiones de gran ponderación repetían frecuentemente las voces de Babeque y Bohío. Creyéndose Colón en la última India, se le ocurrió enseguida que aquellos nombres podrían indicar algunas islas célebres por su riqueza, y quizá la misma Cipango.

Ignoraba que *oré* significaba mujer en el idioma de los isleños y que, cuando les preguntaba por el oro, traducían que requería muchachas; de ahí que ocultaran a las suyas y le encaminaran a otros parajes.

Mientras Colón buscaba la tierra de Babeque divisó por el sureste una isla muy grande, a la que se dirigió y bautizó como la Española. Acudieron numerosos nativos a recibirle, y todos le ofrecían frutas y pan de ñame y cuencos con agua dulce. Más interés tenía el almirante por los preciosos adornos que les colgaban de orejas y narices; no tardó en obtenerlos a cambio de unas cuentecillas de vidrio. Cuando los españoles les explicaron que llegaban del cielo en demanda de oro, y que deseaban ir al país donde abundaba, los isleños les sugirieron que visitasen una provincia no muy lejana llamada Cibao. Ese nombre regocijó a Colón por su

vago parecido con Cipango. De modo que ordenó avanzar unas leguas hasta encontrar buen puerto y, una vez los barcos quedaron anclados y custodiados, se internó en la selva con algunos marinos. A los dos días encontraron una vega rica en frutales y avecillas, por donde discurría un río amurallado de palmeras. Repentinamente sonaron flautas, se entreabrió la arboleda y más de cien mujeres hermosísimas acogieron a los españoles. Unas llevaban cubiertas las partes vergonzosas con una red o faldellín de algodón; otras iban en cueros. Viendo tal cúmulo de delicias, a Colón no le cupo ya duda de que se hallaban en el paraíso erigido por el persa Hassan Ibn Sabbah, cuya historia cuenta Marco Polo, y de la ausencia de hombres que acompañasen a aquellas mujeres dedujo que los Asesinos sectarios andaban fuera del paraíso, cometiendo fechorías. Entre tanto llegaron al poblado de las amazonas y estrecharon buena amistad con ellas, repartiendo diversas fruslerías y ropas. Correspondían las mujeres dándoles cantidad de plastas y joyeles de oro. A su manera les festejaban con gran pompa: en las mejores chozas dispusieron estrados de palma, que eran sus lechos, y apetitosos frutos. Así que aquella noche Colón y sus marinos acabaron con la forzada continencia que para ellos habían supuesto los últimos meses.

Convencido de haber demostrado que se hallaba en la improbable Asia de sus ideas, Colón determinó partir de retomo a Europa, para comunicar el portentoso descubrimiento. Pero antes fundaría allí la primera colonia. Eligió para pobladores a treinta y nueve hombres, los más voluntariosos y dispuestos al trabajo, y les dejó vino, bizcochos y armas para que pudieran defenderse de los sectarios cuando regresasen. Insistió en que trataran amorosamente a las mujeres de la selva y les prometió que no descansaría hasta volver a verles y llevarles socorro, con muy señaladas mercedes que seguramente le concederían sus altezas Isabel y Femando. Todos a una voz respondieron mostrándose contentos y prontos a cumplir lo que se les ordenaba. Siguió a esto una tierna despedida, a cuya emoción contribuyeron las amazonas, aparentemente muy satisfechas

de que los españoles se asentaran en su dominio.

Cuando Colón tomó a la Española, once meses después, no supo encontrar el campamento de las mujeres. En vano se dispararon tiros de artillería y mosquetería para que los colonos respondieran y acudiesen al puerto. La comarca estaba desamparada de sus moradoras.

No fue posible averiguar los hechos con total precisión, pero un indio al que atrajeron con cascabeles y bujerías les transmitió la siguiente historia: al principio, las amazonas habían tomado a los españoles como semidioses llegados de lo alto. Pero, contagiadas por ellos de cierta enfermedad venérea, reconocieron su carnalidad y, tras amarles por última vez, les asesinaron durante la noche. Luego les cocinaron y devoraron; royeron sus huesos hasta lo más duro y se hicieron con ellos flautas y consoladores; sus cráneos les sirvieron de vasijas. Finalmente, temiendo la vuelta de los otros extranjeros, cambiaron de asentamiento; según el indio, ahora habitaban las inaccesibles montañas del centro de la isla.

Colón rehusó creerle, convencido como estaba de que sus compatriotas habían sido víctimas de la considerable secta de los Asesinos, fundada dos siglos antes por un déspota persa.



Vivimos en un viejo edificio, ella en el sexto piso y yo en el ático. No hay ascensor y los escalones son altos, como para gigantes. El primer año que alquilé el ático me aquejó una persistente impotencia. Mi amigo A., que es médico, subió renqueante la escalera, jadeando y mirando hacia arriba con gesto de angustia. Al llegar se desplomó en un sillón.

—Ya sé lo que te ocurre —me dijo—. Traes a una amiga y comenzáis a subir. Poco a poco vais agotándoos. Y una vez aquí ni a ella ni a ti os apetece. Tampoco yo podría —aseguró riendo.

Durante los diez meses que duró mi impotencia, cada vez que subía la escalera recordaba el comentario de A.

Eso fue antes de que Vera alquilara el piso de abajo.

Querido hermano: Estoy hablándote mientras escribo. Te veo delante de mí, veo tus ojos pensativos y ese gesto característico, hierático —los dedos medio e índice bajo la oreja derecha y el pulgar apoyado en la barbilla— que adoptabas indistintamente cuando te sentías abandonado o pensabas en algún problema matemático. Te añoro. ¿Cómo he podido permanecer tanto tiempo alejada de ti? A veces el viento golpea los árboles, y cuando cierro las contraventanas parece protestar, como si su mayor deseo fuera deslizarse por entre las rendijas de las persianas, buscando abrigo.

Me dormí pensando en ti y en sueños percibí que alguien, tras rozarme la cadera desde atrás, delineaba mi rostro y descubría en mi cuerpo, mermado por el desuso y la confinación solitaria, lugares de placer que eran vírgenes o lo aparentaban. Deseé a alguien cariñoso que avanzara despacio, recreándose, alguien que fuese comprensivo con mi falta de práctica y no necesitara penetrarme. Porque eso me aterra. Pero al volverme para hablar y besar a mi desconocido amante, la mano que me acariciaba se retiró velozmente y te vi a mi lado, profundamente dormido. Me quedé helada y mientras te miraba sentí como si fuera tú, que mi rostro era el tuyo, grave y solemne —mi cabellera se había acortado y habían cambiado las líneas de mi boca—, y

parpadeé como tú hacías cuando estudiabas en la facultad y yo entraba temprano en tu habitación, y abría las ventanas para despertarte y para que llegaras a la primera clase.

Impaciente, miro el reloj como si te esperara. Y es inútil que me diga que no vendrás: oigo tus pasos, rechina la cerradura, entras y me ciñes el talle mientras me besas larga y firmemente junto a los labios, más tiempo y con mayor firmeza que si de un simple beso familiar se tratase. Ahora nos sentaremos juntos y tomarás mi mano.

Sí lo recuerdo. Tenías dieciséis años y yo ocho. Llevábamos bañadores porque era verano y hacía calor en casa. Estabas reclinado en el sofá y me enlazaste con las piernas, donde crecía un sorprendente vello rubio, y jugaste a soltarme y atraparme. Disfrutaba y me acaloraba. Y de pronto noté la presión de algo voluminoso y duro que crecía en tu bajo vientre. Lo palpé a través del bañador.

—¿Qué guardas ahí?

Imaginaba que escondías algo, para sorprenderme.

No respondiste y aceleraste los movimientos de tijera, mientras yo me tambaleaba con una mano sobre el encabritado misterio. Poco después, suspirabas y quedabas lánguido y turbado. Te incorporaste bruscamente.

Años más tarde, el descubrimiento de la función sexual me proporcionó los datos necesarios para interpretar retrospectivamente aquel acto incompleto. ¿Por qué conmigo?, me preguntaba, y mis sentimientos oscilaban entre la complacencia, la indignación y el miedo. Me halagaba que te hubieras fijado en mí, me irritaba que hubieses abusado de mi ignorancia y me aterraban el quebrantamiento del tabú ancestral y el recuerdo de mi involuntaria entrega. Como te quería, me negaba a creer en tu perversión. ¿Me amaste aquella tarde lejana? Tienes que saberlo.

* * *

¡Fsss, lfff, blop, blop!, parte de eso ha ocurrido ya.

Sostenida por masas de carne, palpitante flan sobre el

corazón mucoso, mi boca adherida al pezón antes de pronunciar palabra alguna, mamando mensajes y ese olor donde se entremezclan nuestras espumas, gorgoteando en el globo agradable entre besos y chupeteos todavía sin nombre, y percibiendo arriba una grieta con bordes rojos que descienden bruscamente como si quisieran aplastarme, vislumbro dos gotas verdes bailando, rendijas en una máscara que aún no me resulta familiar.

Me gustaban el calor en la planta de los pies y la luz moderada; no soportaba la oscuridad cuando ella, la que olía mejor, aparecía negra contra la puerta, y luego toda la puerta quedaba negra y yo pasaba hambre hasta que ella regresaba, pero ya no me importaba que se ausentase porque sabía que volvería. Me sentí bien hasta que empujaron los dientes; poco después dejó de ofrecerme sus globos de leche y quedé estreñida. Un día vi por la ventana un pájaro que se arrojaba al suelo desde la copa de un árbol. ¡Cayó!, exclamé asustada, porque ignoraba que los pájaros volasen y pensé que se habría lastimado. Entonces mis intestinos se relajaron y me vacié poco después de pronunciar mi primera palabra.

Roció las yemas de mis dedos con perfume de sándalo y me enseñó a esparcir el aceite tras las orejas y por el cuello; ya imaginaba yo que iba a ser como ella. Me atraían sus cabellos, que cepillaba y recogía para hacerse un moño, y su nuca, donde el pelo se ensortijaba en dos prolongaciones laterales suaves como pinceles. Procuré fijarme para aprender: la observaba mientras se cambiaba de ropa o se pintaba uñas y labios. Para estar guapa, decía, o para agradar a papá. Le quité a mamá su camisón corto de blondas negras y me desnudé y me lo puse sobre la piel para que él me viera. Papá tenía la nuca velluda, con una prolongación central de cabello como la de la frente; estaba leyendo y cuando alzó la cabeza me miró serio y luego rió. Me fijé en un bulto que sobresalía de su garganta.

—¿Qué es?

—La nuez. ¿No la habías visto?

—¿Puedo tocarla? ¿Por qué tú tienes nuez y yo no?

—Sólo los hombres tienen nuez.

Era dura y redondeada, con pelos cortos en la parte superior. Me hallaba acariciándola —creo que a papá le divertía— cuando entró mamá. Sonrió, pero parecía asustada.

—No es una prenda para niñas —dijo.

Como estaba acostumbrado, sentía el cansancio menos que ellas. Habitualmente subía aprisa y esperaba en el quinto piso, al que llegaban sin resuello. No solían protestar cuando las alzaba y transportaba en brazos hasta el ático. Era una operación rigurosamente calculada: dos escalones más y me hubiera rendido, pero a algunas les parecía un gesto romántico, o al menos fingían que les impresionaba.

Hasta aquella noche en que, al levantar a mi invitada de turno, coloqué mal los brazos y noté que resbalaba. En el reajuste se me escapó un rudo cuesco que la sorpresa me impidió disimular con toses o carraspeos pertinentes. A la chica se le iluminaron los ojos y rompió a reír. Todo su cuerpo temblaba mientras ascendíamos.

—Perdóname —decía—, pero es tan gracioso…

Luego, en la cama, continuó riendo:

—Cuando me acuerdo…

Localicé la tibia rendija y aproveché la primera oportunidad para introducirme. Ya lo había conseguido cuando volvieron las carcajadas; a cada convulsión de mi amante, el pene se escurría hacia atrás como una anguila epiléptica. Terminó por salirse y embistió inútilmente: mi amiga se retorcía agitando las pálidas colinas de los glúteos; sus labios pulposos semejaban un blanco móvil, difícil de acertar.

No pudiendo hacer nada mejor, reí con ella.

* * *

Me preguntó cuántas veces seguidas era capaz de hacer el amor y pregunté si quería saber cuántas veces seguidas podía eyacular y dijo sí y la besé en los párpados y luego en el ombligo

y coloqué el brazo izquierdo bajo su cuerpo, paralelo a la columna vertebral, para mimar el pasaje interglúteo mientras con la mano derecha repasaba su opíparo vientre de durazno como si desease aplanado o me entretenía rasgueando las ramas terminales de los nervios pudendos, evitando el clítoris al principio, tantalizándolo y después friccionándolo desde el extremo a la base, irguiéndolo al calor del placer, adentrando el dedo corazón con caricias hondas, lentas, casi musicales, y retirándolo y regresando, hasta reemplazarlo por el apéndice probóscide. Quise esperarla, pero me agité más de la cuenta y vertí, precipitadamente. No gocé demasiado: me preocupaba evitar que el espasmo me aturdiera.

—Una —dije, sin desprenderme.

Seguidamente fue ella quien alcanzó el clímax, y eso me animó. Como no tengo diecisiete años, tardé en repetir el mío, menos largo pero más vehemente que el primero. Crispados, sus músculos vaginales ceñían, sorbían, recolectaban crema viscosa.

—Dos —murmuré—, pero para entonces me mortificaba la postura. Le pedí que se colocara sobre mí y se contrajo algunas veces antes de que yo segregase de nuevo. Ese orgasmo fue exhaustivo, como si la médula espinal se licuara. Imaginé generaciones de espermatozoides haciendo horas extraordinarias en las fábricas de los testículos, para suplir el gasto. Vera seguía campaneando. Conocía yo historias sobre mujeres que encadenaban un orgasmo con otro, pero nunca había sospechado que mi compañera fuese una de ellas, seguramente —ahora lo reconocía así— porque solíamos contentarnos con una consumación.

Cuando eyaculé —es un decir: dudo que a mi termómetro le quedara mercurio— por cuarta vez, sentí un deleite tan violento que dejó de ser placentero, y un intenso escozor, como cuando de pequeño me limpié el pene con colonia y una gota alcanzó la ranura. O aquella ocasión en que, excitado por la sensualidad de la playa, me masturbé en el agua del mar.

Era extraño: por un lado, mi debilitado impulso sexual se resistía a prolongar el roce; por otro, el pene parecía lignificado, o al menos encallecido, y persistía en su involuntaria rigidez.

Tintineaban mis oídos y me dolían todos los músculos cuando

pedí clemencia. El récord del macaco Rhesus, que puede copular hasta veinticinco veces a intervalos de un minuto, permanecía lejos de mi alcance.

Como ya tenía su ración, Vera aseguró que el número era lo menos importante.

Una semana después, la sola idea del sexo aún me incomodaba.

Antes no había himen. Cuenta una historia cómo, durante el plioceno, un gran incendio asoló la tierra africana, y el fuego expulsó del bosque costero a un grupo de primates tímidos y velludos, cuadrumanos y vegetarianos, hacia el mar poblado de focas y tortugas gigantes.

Sorprendentes mutaciones acaecieron en la costa: perdieron las hembras la pelambre y desarrollaron largas melenas que sus crías aferraban, las mamas se hicieron carnosas y pendulares, descendieron los pezones morenos, se ensancharon las caderas, la grasa se acumuló en nalgas hemisféricas, la vagina se interiorizó y desplazó hacia delante y se formó el himen, a fin de que no entraran arena ni guijarros al sentarse su dueña. Y los machos se dejaron crecer la barba y conservaron la pelambre en el pecho y también en los genitales, como cojinete para la cópula.

Por entonces, la costumbre de permanecer en el agua con los miembros traseros pisando el fondo se extendió a tierra, y aquellos antiguos primates eligieron definitivamente el bipedismo para desplazarse. Pero los machos continuaban montando a las hembras por detrás, aunque cada vez les resultaba más difícil, porque las piernas femeninas se habían engrosado como troncos de árboles, de tal modo que, juntas, no permitían siquiera el paso de la luz. Introducían ellos sus breves penes buscando las vaginas que se desplazaban hacia delante, y se desesperaban hurgando en vano. Y cada vez les gustaba más, porque al perder pelo habían adquirido una sensibilidad nueva, y todo su cuerpo se había erotizado. Andaban desesperados, buscando huecos con el miembro

tieso, y escarbaban cada vez que percibían el excitante olor de la femineidad.

Nuevas mutaciones desarrollaron sus penes en longitud y robustez, pero ni aun así llegaban. Aprendió uno a masturbarse y mostró su habilidad a los demás. Mirando a las hembras, se exprimieron como si las poseyeran. Y hubiesen dejado de copular y se hubieran extinguido de no ser porque ellas, al ver el escaso interés masculino, idearon la aproximación frontal, y procedieron a mostrar sus bajos vientres con la misma disposición con que antaño habían enseñado sus traseros. Y los machos no pudieron resistir la oferta, y las abrazaron y ensartaron con vergas temblorosas. Mucho les encandiló la novedad, y también a las hembras; de ahí que los primates abunden tanto en el mundo. Y es en recuerdo de aquellos tiempos, cuando necesitaban proteger de la arena y los guijarros sus túneles íntimos, que las hembras continúan naciendo con la vagina tabicada.

* * *

¿Eras una buena salvaje, Anacaona? ¿Bailabas con tu tribu al son de atabales de madera? ¿Cantabas el origen de las cosas y de los hombres y la gloria del sol? ¿Es cierto que no conocíais otras armas que arcos y flechas y toscas azagayas con punta de madera? Explica Colón que tus súbditos huían al ver a los españoles, pero luego regresaban y les ofrecían todos sus bienes: agua dulce, pan de yuca, vino, frutas, aves, telas de algodón y metales preciosos. Más que cualquier otro obsequio, los recién llegados valoraban el oro que lucíais en forma de pendientes, collares, brazaletes o ajorcas; esos granos que distraídamente recogíais del cauce de los ríos acabarían perdiéndoos.

Como la de tu tribu, mi historia contiene abundantes derrotas. Tengo cuarenta años, pero me reconforta imaginar que ya no intereso a las mujeres porque mi rostro es vulgar y mi cuerpo grueso y poco elegante de silueta. Ya de adolescente, sentía que mis instintos eran menos imperiosos

que los de mis compañeros, a quienes sin embargo seguía en sus aprendizajes por el barrio chino. Dejé el virgo —si los hombres tenemos— en la entrepierna de una prostituta cuarentona; recuerdo que me mareó de tanto agitarme. Pronto descubrí senderos propios: más satisfacción extraía de mis desagües en memoria tuya, Anacaona, que de todos los follisqueos. A los treinta y cinco años hice el amor por última vez; recurrir a la prostitución me deprimía, y las otras mujeres se fijaban poco en mí; además las relaciones no eran tan libres como ahora.

Todas mis alumnas —mucho me inquietaría que no fuera así— me consideran un viejo.

El año pasado asistí a un congreso de matemáticos en una pequeña ciudad francesa. Sabes que siempre me ha gustado pasear después de la cena. Cierta noche me distraje más de lo usual y regresé tarde al hotel, donde compartía una amplia habitación con un colega ecuatoriano. Pensando en que mi compañero ya podía estar durmiendo, abrí sigilosamente la puerta del cuarto, que se hallaba en penumbra. «Entra no más», me dijo con voz que creí soñolienta. No encendí la luz. A tientas encontré mi cama, y había empezado a desnudarme cuando sonó una risa femenina, carcajadas agudas, breves y nerviosas. Esforzando la vista pude distinguir dos cabezas en el lecho vecino. «Perdón, no lo sabía», murmuré apresuradamente, «me voy ahora mismo». «No te apures», replicó él. «Quédate, ¿quieres?». Y, dirigiéndose a su pareja, en francés: «¿Verdad que no nos importa?». Ella volvió a reírse y confirmó que no les importaba. Me resistí un poco, aunque no deseaba irme. Terminé de desnudarme y me acosté. En toda la noche no logré dormir. Eran incansables aquellos dos. Hacían el amor en asaltos largos, con profusión de gemidos, y tan cerca de mí que a ratos me sentía partícipe. Lo confieso: mi pene parecía un asperges. En los entreactos hablaban conmigo. A veces, el ecuatoriano iba al retrete, y ella y yo nos quedábamos solos, separados por un par de metros pero sin vernos, charlando banalmente en la oscuridad. Hubiera podido ser la conversación de dos desconocidos que coinciden en un vagón, pero yo estaba en

vilo. Al amanecer, cesaron en sus arrebatos, y el diálogo languideció. Por la respiración deduje que dormían, y comencé a vestirme mientras la luz entraba por la ventana. El rostro de ella se ocultaba bajo la sábana; antes de abandonar la habitación, percibí el destello de unos mechones cobrizos. Luego, el ecuatoriano me contó que a su amiga le había gustado mi voz. «Me agrada hablar con él y acariciarte al mismo tiempo; me relaja», le dijo. No olvidaré esas palabras fácilmente. Ni aquella rara noche, que no se repitió porque a la siguiente no durmieron en el hotel, y les esperé en vano. Me pregunto cómo sería el rostro de ella y en ocasiones me sorprendo atribuyéndole el que considero tuyo, el del viejo grabado donde atraviesas el vado de un río.

¿Qué hacías cuando te captó el artista? ¿Ibas tras algún pez huidizo? ¿Te perseguías en el espejo cambiante del agua? ¿Buscabas oro para unos pendientes nuevos? Lástima que el grabado no hable ni se mueva. Lástima también que en tu época no hubiera cine. ¡Cómo hubiese gozado viéndote cruzar el río en la pantalla, con qué ansiedad hubiera acechado cada uno de tus gestos y los efectos de luz sobre tus aumentados tatuajes! Me imagino tu propia sorpresa al reconocerte. O mejor, puestos a fantasear, te acompañaría y cometeríamos actos impuros —contigo sí me atrevería— en la última fila de la sala oscura, y luego discutiríamos a cuál de esas mujeres enigmáticas que rigen los destinos de antiguas civilizaciones te pareces más, a Ayesha o a la reina Antinea, a Ursula Andress o a Stacia Napierkowska.

Primero debería explicarte qué es el cine.

—«Anacaona —leyó Vera, con fluctuante acento, en el diccionario—; su nombre significaba flor de oro en la lengua de los indígenas. Cultivó con acierto la poesía y a su inspiración se deben muchos de los romances históricos denominados areitos, que sus compatriotas cantaban al danzar». Así que no lo has inventado… ¿Y el grabado?

Le tendí el viejo libro, abierto por la página donde se veía a

Anacaona atravesando un río tranquilo.

—Era guapa, si se parecía a ésta. ¿Te masturbabas mirándola? ¿Te masturbas aún?

—No, ya no.

Apoyó el libro en la mesa y pasó varias hojas.

—Ah, mira este cacique. ¿No es un hombre guapísimo? ¿No lo encuentras atractivo?

Me mostró un hombre lacertoso, de ojos grandes y perspicaces, labios abultados, pecho amplio y muslos tatuados; guardaba el pene en un canuto atado a la cintura y ceñido al vientre, como en estado de máxima erección; por lo demás, iba desnudo. Irónicamente al parecer, el pie del grabado decía: «Cacique en traje de guerra».

Mientras lo contemplaba, las pupilas de Vera se dilataron, como si buscasen un objeto lejano, y una de sus manos bajó hasta el pubis, que acarició por encima de la falda. Se le ensanchaban los orificios nasales, enrojecían sus labios. Bajo la blusa, sus pezones se erguían túrgidos como capullos recién regados. Sin mirarme, absorta en la adoración del cacique, se despojó de la falda y la blusa; al mismo tiempo temblaba y suspiraba.

La visión de su bajo vientre aceleró mis pulsaciones. Me puse en «traje de guerra», le pedí que se inclinara sobre la mesa, cara al libro, y me interné en el lugar común. Apenas cinco movimientos y ya me proyectaba a intervalos de un octavo de segundo, mientras el conducto de Vera se contraía. Un copioso sudor se extendió sobre muslos y espaldas.

En tanto le desabotonaba la blusa, que había conservado puesta, comenté burlonamente la fascinación que aún ejercían aquellas antiguas ilustraciones.

—Bobo… No gozaba por el cacique —me dijo—, sino porque sabía que estabas observándome, y que no te podrías aguantar.

Querido hermano:

No te preocupes, no he curioseado en tu cuarto; a veces abro la puerta para ver si estás dentro, pero cierro enseguida.

Este lugar es ahora como el paisaje de un sueño. Conoces

bien la Cala: un valle cerrado, alejado de la carretera, laderas yermas y amarillentas, riscos con una vertiente veteada de pinos y otra de topografía ruiniforme, cantera de escombros que taracean el mar. No recuerdo que viniéramos en diciembre, ni siquiera cuando los papás vivían. Ningún turista, salvo los que pudieran habitar en dos chalets que se iluminan por las noches. ¿Ocupará uno de ellos otra muchacha solitaria, necesitada de amor femenino y ternura? Ya observo cómo das un respingo y tu rostro se ensombrece. No hay peligro. Si esa muchacha existiera, la ignoraría. No me atraen nuevas emociones. En este momento, tú eres quien más me importa en el mundo.

Así que estoy sola en el edificio de apartamentos. Hasta ahora me he movido poco: algunos baños en el mar helado —pasión que compartimos— a primera hora de la mañana, tres o cuatro paseos al atardecer por sendas que surgen y se esconden como animales, y los indispensables viajes a Benidorm —el autobús llega ahora hasta el otro lado de la montaña donde se yerguen los apartamentos— para comprar comida. El resto del tiempo lo dedico a preparar mi tesis. Escribo en el salón, rodeada de carpetas y ficheros sobre aquellos pueblos de las Antillas, gentes cándidas y pacíficas según los primeros cronistas, que se vieron abocados a la extinción con la llegada de los españoles. La historia de los indios tainos, por ejemplo, fue desde entonces un persistente fracaso; creo que te interesaría conocerla. ¿Recuerdas cuando, siendo yo una niña, me asustabas contándome historias del terror blanco?

Salí ayer por la tarde, después de almorzar. Hacía un calor delicioso, el cielo parecía de pétalos y mi espíritu era como una ardilla, parándose continuamente a mirar las cosas y recogiendo tesoros y ocultándoos, si alguien se hubiese acercado a mi escondite le hubiera mordido. No fui hacia el mar, sino hacia las colinas de enfrente. La hierba estaba alta y los pájaros piaban y me seguían feroces. Fue al pasar junto al montículo de cima chata, ése que hace año deseabas excavar, cuando vi en tierra una cuartilla doblada, debatiéndose como una mariposa. Me acerqué al distinguir

las líneas: siempre he sido curiosa para los escritos ajenos. Leí la fecha imposible, agosto del 37, sin precisar el día, una y otra vez. Un papel amarillento, una letra anticuada pero perfectamente legible a pesar de hallarse a la intemperie.

«Muy queridísima e inolvidable compañera: (Así comenzaba la carta y por un momento pensé que se dirigía a mí). Deseo que al recibo de ésta goces de buena salud y ánimos. Como hace tiempo que no escribo y estarás preocupada, corro a decirte que me encuentro bien y con grandes deseos de verte. No te debes inquietar por mí. Aquí hay de todo y la moral es alta.

»¡Tengo unas ganas locas de vivir y de estrecharte en mis brazos y de besarte! Aún retengo tu cara cuando nos despedimos y noto tus labios en los míos. ¡Lástima que no estés aquí! A pesar del verano, las noches son muy frías.

»Acabar con los fascistas. Eso es lo que debemos hacer, y pronto, antes de regresar a casa. ¿Puedes imaginar con qué valor, con qué furia y con qué placer destruiría a los cabecillas de la sedición si los tuviera delante? Y eso que hace un año me disgustaba tener que matar una gallina. Pero un hombre, entre los veinticuatro millones que pueblan España, dijo un día: El Estado soy yo, yo asumo todos los poderes, yo gobierno desde ahora y todo el que se oponga a mis designios y a mis actos será considerado rebelde. Y, abusando de su elevada autoridad, obligó a unos soldados a acompañarle en la sedición. ¡Cuánto daño ha causado!

»Pero no quiero pensar más en él, sino en nosotros, en ti y en mí, y en lo que haremos cuando todo esto acabe y pueda volver.

»Mientras escribo esperamos con calma las órdenes. Hoy es un día hermoso y cálido, como un símbolo de la aurora que veo apuntar.

»Te abrazo con fuerza. Muy poco amor puedo dar desdé aquí, sólo la absoluta seguridad de que es profundo y ardiente.

»Un caluroso saludo a tus padres y a la gente que en el pueblo ayuda a la lucha. Te beso de todo corazón. Adiós, Juan».

He transcrito —incluyendo quizá alguna contribución mía— cuanto recuerdo de la carta, que era por lo menos dos veces más larga. Interrumpí mi paseo —¿qué iba a depararme ya?— y retomé al apartamento. Volví a leer la carta en la terraza y medité sobre lo insólito del hallazgo. ¿Quién había perdido o desechado aquella cuartilla? ¿Cuánto tiempo llevaría al aire libre? No mucho: ni siquiera tenía manchas de tierra, y la tinta apenas había palidecido.

La abandoné sobre la mesa de mármol y fui a preparar algo de comida, pero entonces el clima cambió y el viento debió soplar fuerte porque, cuando regresé a la terraza, la cuartilla no estaba. Me asomé a las terrazas contiguas y tampoco la vi. No la distinguía desde arriba, de modo que bajé y anduve buscando mientras el cielo se encapotaba y seguí indagando aunque comenzó a llover y me empapé. Sólo desistí al comprender que el agua ya habría emborronado las palabras. Así que todo se hizo y se deshizo en un instante. Subí al apartamento, me mudé de ropa y me senté detrás de la ventana salpicada de lluvia, mirando afuera. Me parecía estar oyendo el murmullo de una gran fuente.

Cuando escampó intenté trabajar. Cambié la mesa escritorio de sitio, buscando la luz, y empecé a clasificar las fichas, pero pronto me invadió una gran languidez. Ya anochecía y estaba como hipnotizada cuando creí escuchar pasos en la calle. Me levanté y fui a la terraza: nadie.

* * *

Nos daba risa imaginar cómo sería, más divertido que un grano en la nariz, colgando triste como un grifo, claro que podían mear más lejos si lo levantaban, pero ya hubiesen querido tener las tetas que iban a crecemos, bonitas además y suaves, y ya nos pedirían que les dejásemos mirarlas, mucho mayores que sus presuntas bolas como huevos si estaban separados o juntos más bien lo primero si era plural o quizá en un paquete como cualquier alimento, tan incómodos bajo el pantalón sin la huevera de los follados antiguos o esos

bultos de las armaduras y la salchicha a la derecha porque lo nuestro era mucho más complejo y ya nos pedirían verlo o intentarían atisbar con espejitos cuando subiésemos las escaleras y más grande en el fondo pero todo hacia dentro y más importante porque le agradaba tanto que lo tocaran que parecía derretirse y podríamos tener hijos cuando quisiéramos mientras que lo de ellos sólo servía para orinar a distancia si se sostenía como una trompita y me acordaba de que estando enferma me habían leído un cuento sobre un elefante a quien la manguera le crecía intentando alcanzar unos plátanos. Y los niños hablaban peor y aprendían a leer después, les reñían en tono duro y airado y se preocupaban más de ellos mientras que a nosotras apenas nos estimulaban y siempre hacíamos lo mismo. También yo lo hubiera conseguido con una trompita.

Ahora pienso si no me gustaron siempre. Me refiero a los chicos. La maestra dice que son pecado, pero cómo podrían perder mi alma, aunque algo brutos sí parecen, y habla de la virtud, que significa que no deben tocamos porque nos precipitarían en escalofriantes abismos, y que tampoco nosotras podemos acariciamos salvo para lavamos rápidamente, y nada de miramos desnudas en el espejo o en la bañera, como si fuéramos algo sucio y el mundo estuviera lleno de peligros, trampas que a duras penas lograríamos evitar sin la ayuda de dios. Ella sí que es sucia, chupándose un dedo y luego frotándose los tobillos con él y oliendo siempre a cuello de zorro mojado, que es uno de los olores peores, y ahora mismo daría cualquier cosa por atraer al niño pelirrojo hasta mi bañera para hacerle caer en la tentación. No creo que estos vapores calientes sean los del infierno.

Sus voces son firmes. Siempre hablan entre ellos y están envueltos en ese aroma a tabaco que es como miel. Quisiera tener una de esas pipas rojas con boquilla negra y cazoleta redondeada, y tocar el borde brillante y sonriente con la punta de mi lengua aterciopelada primero y luego envolverlo como a un pirulí con mis labios de rosquilla, blando epitelio y finos capilares mientras la saliva densa y viscosa acude como sangre y lo volteo y froto contra mis papilas,

intensificando su gusto como dicen que hacen los osos hormigueros golosos de termes en tanto que el humo asciende impaciente desde el volcán de la cazoleta como un mensaje sioux y revolea y se diluye buscando el techo entre vaivenes de boda: la pipa de papá.

¿Qué ocurría? Imaginaba que mamá le chupaba y mordía la pilila, del mismo modo que yo había chupado y mordido los senos de ella. Una noche escuché unos gemidos y me acerqué sigilosamente, pero habían cerrado la puerta y entonces fui a la galería que rodea las habitaciones exteriores y atisbé entre las persianas del dormitorio iluminado. Al principio no entendía aquel rompecabezas de cuerpos; luego identifiqué una gran espalda y un culo que subía y bajaba y arremetí contra mamá. Pensé que la estaba asesinando con aquello y que ella consentía —¿quién podía luchar contra papá?—, y le ayudaba, como si encontrara gusto en aquel dolor. Levantó la barbilla y le vi desfallecer, pero no había muerto y al cabo de un instante se recuperó. Papá siguió empujando con los músculos rígidos y mamá tenía los ojos entornados y apoyaba las manos en las nalgas cuadradas de papá como queriendo que entrase en ella todo entero; pero él, en vez de disminuir, parecía agigantarse y desbordar la cama. Aceleró sus embestidas y sus pies cambiaron de posición y se acostaron de lado, con los dedos hacia fuera, y todo su cuerpo se contrajo por un segundo, como una ola antes de caer, y se desplomó y convulsionó y quedó inmóvil mientras ella agitaba las piernas. Se me ocurrió que quizá mamá había ganado porque le había dejado agotarse y ahora estaba muerto. Pero entonces papá se apartó y percibí aquello y comprendí que no podía estar muerto, tan rojo y brillante y erguido. Miré la herida de mamá y me sentí mal hasta que se cubrió con una sábana. Tenían los ojos vidriosos y escrutaban el techo como si leyesen una inscripción.

Cuando lo recordaba notaba un picor entre las piernas y me acariciaba allí donde se ponía duro, y en ocasiones pensaba si no me crecería una pilila como la de papá, pero no, y tuve un sueño en donde me hallaba sentada al borde de un palco de teatro, con los pies colgando, y el riesgo de caer

me impedía disfrutar de la representación. Por entonces dibujaba en mis cuadernos historias fantásticas con muchos puentes, agujeros, precipicios y casas con pasillos largos y estrechos.

Les observé otras noches. Me tocaba mientras lo hacían y procuraba sincronizar mis caricias con sus movimientos. Una vez me hice daño al introducirme un dedo, y otra sentí tanto placer con el roce que me invadió una corriente cálida; me tambaleé y tropecé con una maceta. Debieron oírme porque miraron hacia la ventana y me pareció que papá se incorporaba. Corrí para refugiarme en mi cuarto, pero no entraron. No les espié más por miedo a que se vengaran.

Siempre me gustó sentarme sobre sus rodillas o montar a horcajadas sobre sus hombros, pero ahora sé que le amo y que a ella la odio porque está siempre con él y desea quitármelo.

¿Por qué, cuando pretendo besarle intensamente, me rechaza como si le molestara? Es por ella. Todo resultaría más fácil si se fuese y él y yo nos quedáramos solos. Creo que haría lo que él me pidiese salvo eso o quizá también, aunque de momento es demasiado para mí.

Quisiera tener un hermano.

* * *

¿Se sentaba el hombre y luego te afirmabas sobre sus muslos de modo que se correspondiesen los frentes? ¿Era ésa tu postura favorita, Anacaona? ¿O cambiabais la forma del coito según la estación del año, como aconsejan los calendarios antiguos? Escribe Oviedo (1526), refiriéndose a las mujeres de tu grupo tribal: «Comúnmente son buenas de su persona; pero también hay muchas que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas… Y muchas de ellas, después que conocen algún cristiano carnalmente, le guardan lealtad si no

está mucho tiempo apartado o ausente, porque ellas no tienen fin a ser viudas, ni religiosas que guarden castidad». Anacaona, cuéntamelo todo; soy un depósito de confidencias. Háblame de tus perdidos pero no olvidados amantes y mi parte emocional te lo agradecerá. ¿Conociste carnalmente a los conquistadores españoles? ¿Siquiera a uno? En caso afirmativo, ¿crees que valoraban tu posibilidad? ¿No te sentías violada? ¿No te parecía desperdiciar su afecto?

Continúa Oviedo: «Los hombres principales lucen un canuto de oro, y los otros hombres sendos caracoles, en que traen metido el miembro viril, y lo demás descubierto, porque los testigos próximos a tal lugar les parece a los indios que son cosa de que no se deben avergonzar». ¿Es cierto eso? ¿No se atascaban los instrumentos en sus cubrepenes al verte pasar? ¿Me hubieran venido holgados o estrechos aquellos canutos? No lo sabré nunca porque los españoles fundieron todos. ¿Te hubiese gustado juguetear con un ingenioso vibrador danés? ¿Y con el eficaz *rinno-tama*, ese artilugio compuesto de dos bolas de latón delgado que producen emociones íntimas sin fin? ¿Imaginas a tus súbditos dejándose ordeñar por una máquina masturbadora de tres velocidades? ¿Qué hubieras opinado de las cremas de belleza y de las lámparas de rayos ultravioletas? ¿Te hubiese escandalizado la moda actual? ¿Encontrarías obscena la televisión? ¿Podrías vivir, con tu noción mística sobre el cuidado de la tierra y el medio ambiente, en el mundo artificial de una gran ciudad? ¿Preferirías tu hamaca de algodón a la cama metálica de hospital donde murió una de mis abuelas y yo duermo ahora?

* * *

En aquel sueño intervenía Anacaona como mi propia hermana. De pronto cambiaba la visión, y se vestía con leves velos de muselina plegada para encamar a una princesa egipcia de la que yo, el incestuoso faraón, estaba intensamente enamorado. Bastaba el perfumado aliento de

sus labios para tensar todos mis nervios.

Cierta noche entré en sus aposentos y la sorprendí en la cama, desnuda salvo por una diadema de oro, un collar de perlas y brazaletes de cobre y lapislázuli. Se hallaba acostada en una postura sumamente receptiva, con los muslos separados y las plantas de los pies apoyadas en el lecho. Clamaban mis labios por degustar su rasurado cráter, trabado de fisuras como un viejo papiro, cuando me descubrió.

«Ardiente de amor y feliz, viene a ti tu hermano Osiris. Se ha colocado sobre tu delta para que su simiente penetre en él, fructífera como el padre Nilo», canta un texto de las pirámides.

Al calor de su mirada se alzó mi pene. Encallé entre sus muslos y probé varias humedades, hasta que se contrajo aprisionando mi cabeza. Luego me tendí a su lado y la besé con tanta vehemencia que la sangre empezó a aflorar de nuestros labios.

Tras el orgasmo caí dormido y al despertar yacía en mi cama de soltero, enfebrecido y empuñando mi húmeda verga. Notaba un vacío, me faltaba la imagen de una princesa exótica. Anacaona, murmuré. ¡Cuidado, J.! No es la primera vez que la invocas en esta habitación.

Al levantarme busqué en el espejo de mi difunta abuela, que es un vasto tríptico de caoba, y en el panel central vi a mi hermana detrás de mí, sonriendo con expresión amorosa.



—¿Te extraña que aún me asusten las mujeres un poco? Es el síndrome de las brujas.

—¿Las brujas?

—Había una vez una bruja que vivía en el bosque y encerraba a los niños en una jaula y los mataba y hervía sus huesos y se untaba con su grasa. En el colegio me contaron muchas historias de brujas.

—También a mí.

—Yo las creía. A los cuatro o cinco años siempre soñaba con mujeres de nariz ganchuda que se acercaban tambaleándose por el pasillo, dispuestas a raptarme y echarme a la olla. Pasé mucho miedo. Mujeres, ¿te das cuenta? Llegué a imaginar que todas, tanto las viejas melancólicas y deformes como las jóvenes voluptuosas, podían ejercer artes maléficas. Y eso que se mostraban siempre más cariñosas que los hombres, y me atraían más. Pero sus encantos las hacían doblemente peligrosas, como bien demostraba la misógina historia de Sansón y Dalila. Aquellos relatos trastornaron mi vida. ¿Crees tú que Vera tiene algo de bruja?

Al principio, los hombres temían a las mujeres porque daban la vida y parecían quitarla. La vagina está muy caliente, quema como fuego, decían, y el pene muere cuando entra en ella. Pero no podían evitar el deseo, como no podían ignorar el hambre o la sed: un vínculo misterioso unía los rombos a los deltas. Carentes de voluntad, proyectos y porvenir, asistían perplejos al continuo despliegue de magia femenina: ellas eran quienes se comunicaban con las estrellas y la luna, quienes parían y quienes hacían crecer las espigas, quienes pintaban en las rocas, modelaban el barro y controlaban el fuego.

La tierra pertenece a las mujeres, se quejaban los hombres amargamente, y también el cielo y la hoguera y las aguas. Pero ¿acaso no somos más fuertes?

Se armaron y fueron al poblado de las mujeres —porque esta historia trata de tiempos muy remotos, cuando hombres y mujeres habitaban en lugares distintos y sólo se unían para copular— y lo sitiaron y las conminaron a rendirse. Aunque resistiéramos, vencerían, conjeturaron las mujeres. Y les daríamos un pretexto para castigamos. Así que consintieron en ceder el poder a los hombres y en compartir las casas.

Y unos y otras se acostumbraron a sus nuevos papeles. Los hombres acabaron creyendo en la inevitabilidad del patriarcado y las mujeres se convirtieron en ídolos equívocos, tal como sus amantes las soñaban: naturaleza y artificio en el mismo cuerpo, animales enojados, cabellos esculpidos, miradas de *khol*, labios lacados, garras barnizadas, faldas estrechas, pies vendados, tacones de aguja.

(Al enterarse de que los hombres conspiraban, las mujeres decidieron entregarles el poder, y ellos las miraron asombrados porque no comprendían que ellas cediesen tan fácilmente, y aún se preguntan por qué lo hicieron, por qué les dieron el poder sin lucha. Ese es el misterio de las mujeres, lo pronto que se rinden y la fuerza que extraen de sus derrotas).

—Ya me has hecho copular otra vez.

—¡Bobo! ¿Quién empezó? Además, sé que te ha gustado mucho.

—Nunca, nunca volveré a copular.

—Siempre dices lo mismo.

Hizo chasquear su lengua cerúlea y me cosquilleó el glande. Luego aplicó la boca. El dulce vaivén, la fina cabellera que masajeaba mis piernas y el olor indiscutiblemente marino de la estancia me afectaron como una droga. Gemí al liberar mi lubricidad.

—Nunca, nunca volveré a copular —dije con determinación, mientras el pene se retraía como una hoja de mimosa se contrae al tacto.

¿Por qué a nosotras y no a los chicos? Contaba una que dentro de su cuerpo vivía algún animal que la desgarraba, pero no quisimos creerla aunque a otras les ocurrió lo mismo, y entonces inventamos que todas teníamos un bebé en el vientre y que, si una se acostaba con un hombre —y el hombre le introducía la titola, como había visto a mi padre hacer con mi madre—, el bebé podía quedar fecundado, y entonces comenzaba a crecer, en caso contrario, moría y se descomponía y la regla era cuanto restaba de él: sangre y desechos.

Cuando me llegó sentí vergüenza y acusé a dios por hacernos así, con tres agujeros uno tras otro como coladores, y llenarnos de bebés para después prohibir que los chicos nos tocasen, como si fuera agradable saber que nuestros hijos estaban muriendo dentro de nosotras. De modo que no me pilló del todo desprevenida. Había rasgado unas viejas toallas para hacer compresas, y cuando me cambiaba —sin decir nada a mamá, por temor a que se burlase—, guardaba los retales húmedos en una caja de zapatos forrada de raso, como un pequeño sarcófago, y experimentaba una inmensa piedad por el bebé perdido. Cinco días después, acabada la regla, fui al cauce del río y enterré la caja funeraria bajo el puente de

la Pasarela. Lloré mucho al irme. Esa misma tarde le confesé mi secreto a una amiga, que era algo mayor que yo y recordaba la riada de unos años antes, cuando las aguas crecieron impetuosamente, derribaron puentes y, sobrepasando pretiles, invadieron la ciudad. Alarmada ante la posibilidad de que ocurriese otra vez, decidí trasladar los restos a un lugar más seguro. Corrí hasta la Pasarela y bajé al cauce, pero no encontraba nada y luego observé que la tierra estaba revuelta y más lejos vi la caja rota y unos retales deshilachados de varios colores que se enredaban en los matorrales de la ribera o eran empujados por el viento hacia el mar.

* * *

Cuentan los pigmeos del Congo que al comienzo del mundo había tres personas, una muchacha bantú y dos muchachos: un negro bantú y un pigmeo. Cierto día, el primero le confió al segundo que estaba preocupado porque su hermana sangraba abundantemente, y ni siquiera las hierbas del bosque, aplicadas sobre la herida, lograban detener la hemorragia. El pigmeo se rió llevando las manos al vientre y dijo que conocía el remedio.

—Te recompensaré si me ayudas —prometió el bantú.

Fue el astuto pigmeo a visitar a la joven, que tenía labios muy gruesos y estaba cubierta de aceite de nuez. Se alzó el mango; jugaron a meterlo y sacarlo y disfrutaron con el amor durante semanas. Cuando percibió los primeros signos del embarazo, el pigmeo devolvió la muchacha al bantú y le explicó cómo actuar si sangraba de nuevo. Y el bantú siguió su consejo y se refociló con su hermana, y en lo sucesivo fue fecundo muchas veces, pero no quiso recompensar al pigmeo porque, según argumentaba, éste ya había cobrado al hacerle el favor. Y esa deuda —que unos consideran saldada y otros no— explica que haya tanta hostilidad entre bantúes y pigmeos y que ambos grupos pongan tanto empeño en arrebatarse mutuamente las mujeres.

* * *

¿Sabías, Anacaona, que en la Roma antigua, donde estaba prohibido ejecutar a las vírgenes, el verdugo se encargaba de la desfloración? ¿Erais las mujeres de la Española las más sensuales del Caribe? ¿Tema la virginidad algún valor para vosotras? ¿Recuerdas cuándo la perdiste? ¿Olías a incienso a los cinco o seis años? Todo parece inocente a los ojos de los inocentes. «Muchas de ellas, cuando se empreñan, toman una hierba con que luego arrancan y lanzan la preñez, porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empreñarse para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y las tienen muy buenas; pero cuando paren van al río y se lavan, y la sangre y la purgación luego les cesa, y pocos días dejan de hacer ejercicio por causa de haber parido, antes se cierran de manera que, según dicen los que a ellas se dan, son tan estrechas mujeres que con pena de los varones consuman sus apetitos, y las que no han parido están que parecen casi vírgenes». Eso escribe Oviedo para despertar la envidia y la lujuria de sus compatriotas. ¿Tengo que creerle? ¿No era tu vagina lo bastante elástica para mi chuzo? Seguro que sí: uso el tamaño corriente.

* * *

La mujer de un amigo quiso ponerme a prueba. Había una doncella, me dijo, que vivía en una cabaña del bosque con sus padres. Su novio iba cada mes a visitarla. Pero cierto día, como él tardara, la doncella sintió una irresistible nostalgia y partió en busca del galán, que se hallaba a tres jornadas de camino hacia el norte, sin avisar a sus padres por temor a que impidieran la aventura. Llevaba alimentos que no supo racionar; al término de la primera jornada ya padecía hambre. Avistó una choza y llamó a la puerta pensando que allí encontraría alimento y refugio. El cazador que la atendió estaba dispuesto a ofrecerle cuanto necesitaba, pero sólo a

cambio de que se acostara con él. La doncella rehusó y tuvo que pasar la noche en el bosque infestado de búhos y arañas peludas. Al día siguiente, un fornido leñador la interceptó y estoqueó por la fuerza. Lloró largamente la muchacha, que hubiera deseado perder el virgo en la bragueta de su novio y no en la de un desconocido. Una nueva noche de hambre y frío estuvo a punto de desquiciarla. Cuando, al tercer día, llegó al campamento del novio, que era minero, y le contó sus cuitas, recibió la mayor desilusión de su vida: sin aspavientos de gesto ni de voz, pero con frialdad e inflexible dureza, el hombre por quien tanto había sufrido la rechazaba porque ya no era virgen. No quería verla más, decía, pero iba a proporcionarle víveres para que regresara a casa de sus padres. Agotada y deshecha, la joven emprendió el camino de vuelta. Pasó otra noche a la intemperie, pero la siguiente, en vista de que su virginidad ya estaba perdida, pernoctó en la cabaña del cazador, donde recibió nuevos asaltos. Sus padres, al conocer los percances del viaje, aceptaron que continuara viviendo con ellos, pero desde entonces la trataron como a una sirvienta y no como a una hija.

La mujer de mi amigo me pidió que colocase a los personajes de la historia por orden de simpatía decreciente. Primero la muchacha, dije. No es culpable de nada porque ha seguido los impulsos de su corazón. Segundo el cazador, que permitió que la joven eligiese. Tercero, el leñador que obró por instinto. Cuarto, los padres, que no quisieron comprenderla. Quinto, el novio, que la desdeñó.

La mujer de mi amigo negó con gesto compungido. Dijo que el leñador, que había violado a la doncella, era el peor de todos. Y es que los hombres, afirmó, creéis que en el fondo una disfruta al ser violada.

¿Piensas tú también, Anacaona, que dentro de mí hay un violador frustrado?

Lo peor de todo es que me gustaba la mujer de mi amigo.

* * *

No crecían más allá de metro y medio y tenían el cabello ensortijado en borlas como granos de pimienta y los ojos rasgados, con pliegues mongólicos en los párpados, aunque su vida transcurriera en las regiones más áridas de África. Las mujeres mostraban una alteración que los etnólogos llaman el delantal bosquimano. «Vete a hacer un *mfuli*», ordenaba la mujer bosquimana a su hija preadolescente, y la hija desaparecía tras los matorrales, se masajeaba el capuchón del clítoris para que creciese y se estiraba los labios menores de la vulva. Debía repetir la operación cada día. Así el *mfuli* llegaba a ser como la cresta de un pavo, dicen.

Para gustar, una bella bosquimana necesitaba un delantal bien desarrollado. Estirar los labios menores de una amiga era un gesto de cortesía, equivalente a las benévolas atenciones de peinado o de maquillaje que mujeres de otras culturas practican entre sí.

En lugar del *penis pendulus* de los blancos, los bosquimanos poseían el *penis rictus*, corto y estrecho mangual que incluso en estado de flaccidez adoptaba la posición horizontal. Cuando le daban al dengue, el delantal eréctil de las mujeres se adaptaba como un guante en tomo a la airosa pero breve verga, y no la soltaba hasta haber corrido al menos dos carreras. Oh, hermano mío, qué bien te portaste.

En 1815, un holandés errante capturó a una bosquimana de labios menores en forma de corazón y la paseó por Europa, exhibiendo en las ferias ambulantes sus dilatados genitales. El ilustre Cuvier, que tuvo la oportunidad de verla en París, comentó despectivamente que le recordaba a las hembras de los mandriles, pero no reparó en gastos para comprarla, aduciendo fines científicos. Las orondas nalgas y las hipertrofiadas ninfas merecían ser examinadas de cerca. La bautizó Sara, le dio ropa de *cocotte* y escribió para una enciclopedia un largo artículo sobre los dieciocho centímetros de su delantal bosquimano. Sospechan algunos que no se contentaba con la teoría, y que cada noche burlaba a su esposa y subía a la buhardilla de su casa en el Jardin des Plantes, donde guardaba a la bosquimana, para apreciar personalmente las ventajas del delantal. Es de suponer que

ella encontraría igualmente curioso el pálido y colgante pene del francés, tan distinto de los de su tierra. Por desgracia, el frío y la humedad del invierno minaron la salud de la cautiva, que falleció al año de su estancia en París. No hay noticia de que Cuvier lamentara excesivamente su muerte. Tras la autopsia, las nalgas y el delantal fueron conservados en alcohol. Actualmente se exhiben en el Musée de l'Homme
.

Me había excitado escribiendo un fragmento erótico, pero cuando entré en el dormitorio Vera dormía. Cuidadosamente me acosté a su lado, sobre las sábanas, y cerré los ojos para mejor imaginar alguna escena lúbrica. ¿Dónde me hallaba? Era un sultán que, hastiado de los placeres a causa del hábito, trataba de restaurar sus inciertos sentidos con bálsamos y especias. Años antes, la contemplación de las mujeres de mi harén reunidas hubiese dado consistencia a mi decaído miembro; hubiera relinchado como un caballo encelado y las hubiese poseído una tras otra. Ahora, cuando las veía, mi pene continuaba pareciendo una cánula de blanda pasta. Ya podía cubrir con espejos las paredes de mis aposentos o colocar pieles de marta sobre mis camas; no había batallas de amor que multiplicar ni sensualidad que reforzar: simplemente, el sexo me aburrió. Hasta que, paseando por el mercado de Scutari, vislumbré por azar las partes íntimas de una novilla, y de inmediato sentí, que los conductos seminíferos abrían las compuertas, y que recobraba la virtud. Pero, como mi religión prohibía la zoofilia, hice reproducir en oro los genitales de la novilla y mandé copias por todo el Imperio, con orden de buscar a una mujer de iguales proporciones. Costó encontrarla: era una circasiana de ojos oblicuos y nalgas formidables. La bañaron y rasuraron, le pusieron alheña y la vistieron con una chaqueta corta de raso encamado y blanco pantalón bombacho de fina tela de algodón, tan sutil que apenas velaba los muslos; el pantalón llegaba hasta media pierna; lucía argollas con cascabeles en la garganta de los

pies desnudos. Se recostó sobre la otomana mientras bebía mis pensamientos. La desnudé, comprobé el tamaño de su almendrada historia y mi pájaro levantó cabeza, salió de la jaula y se alojó en el nido. Dulce refriega.

A la vera de Vera, ejecuté los movimientos de rigor. Su espléndido pubis era el de mi cuadro. Temiendo que, caso de caer sobre ella, mi eyaculación la despertara, coloqué bajo el órgano la palma de mi mano izquierda. No junté bien los dedos, y una gota se deslizó entre ellos y cayó al delta. Vera, empero, no despertó. Así hice una ofrenda a Onán en el altar de Venus.

* * *

La escalera de esta casa es una auténtica criba. Los vecinos de más edad ocupan los pisos inferiores; ningún anciano en los tres últimos, y pocos varones; se ve que resisten mal.

Cuando me trasladé aquí me sorprendió que varias puertas de la escalera se abrieran sigilosamente y se cerrasen con brusquedad, a mi paso, y que algunas viejas inquilinas no respondieran a mi saludo. Por fin, una de aquellas mujeres se decidió a hablarme:

—Aquí todos somos muy decentes. No se le ocurrirá traer a jovencitas —me advirtió con la voz espolvoreada de ronquera.

—Puede estar tranquila, que no lo haré —dije, y hube de repetirlo varias veces porque no me oía.

Mentí, claro. Precisamente por entonces era más disoluto que nunca, quizá porque ya advertía la línea de sombra que iba a separarme de la primera juventud, y necesitaba acumular experiencias; la calidad de éstas me parecía menos importante que el número.

Al producirse mi primer fiasco, lo atribuí al hecho de que ella tenía largos pelos en torno a las areolas, como un hombre, y eso me desconcertaba. Pensé que se solucionaría cambiando de amante, pero no.

Hasta que Vera vino.

La luna se adentraba en el aposento e incidía directamente en el rostro de Judith de Betulia, que yacía en el lecho nupcial aguardando a Manasés, con quien acababa de casarse. «Te veo como si fuera de día», comentó él, y avanzó y se detuvo de pronto como si la tierra lo aferrase. «¡Ven, ven!», le gritó Judith, ardiendo en deseos. «¡Si no puedo!», replicó el marido con voz lastimera. «¡No puedo!», repitió mirando a su esposa. Se apartó tambaleante del lecho y se acercó a la ventana sin cesar de repetir: «¡No puedo!». Judith se sentía tan despreciada y ofendida que la ansiedad de la entrepierna se le trocaba en lágrimas. Conmovido, Manasés le prodigó palabras de consolación. Tendiole ella los brazos, pero entonces él se arrodilló y comenzó a rezar en voz baja. Mientras le escuchaba, a Judith le parecía que su propio corazón se detenía y que se le helaba la sangre. Se sabía atractiva y sensual. ¿Cómo osaba rechazar aquel hombre el sacrificio de su virginidad? Cuando el sueño la rindió, Manasés aún rezaba. A la mañana siguiente, él estaba al pie del lecho, contemplándola con ojos muy abiertos. «¿Tanto miedo me tienes?», preguntó Judith. «Te amo pero no puedo desearte», respondió Manasés desviando la mirada. Notó ella que algo se desgarraba en su interior y rompió en una risa salvaje y prolongada. Aguardó él a que su esposa dejara de reír para intentar besarla, pero Judith desvió el rostro y Manasés inclinó la cabeza de un modo extraño, como si el rechazo le pareciera justo.

Durante medio año fueron marido y mujer, pero ni se tocaron ni mencionaron su frustrada noche de bodas. Hallándose con los atadores de gavillas en el campo, Manasés sufrió una insolación y fue llevado a casa. Viendo que se moría, Judith tuvo el valor de interrogarle: «Manasés», dijo inclinándose sobre su esposo, «¿qué fue aquello de nuestra noche de bodas?». «Sí, ahora puedo contártelo», empezó él, pero se interrumpió y la muerte selló sus labios.

Aconteció que, años después, un general asirio llamado Holophernes cercó Betulia, y cortó el acueducto por el que recibían agua sus habitantes. Ya pensaban éstos en rendirse cuando Judith, viendo con tristeza cómo los hombres de su

pueblo eran más débiles que ella misma, les reprochó su falta de confianza en dios y les comunicó que pretendía realizar una gran hazaña, que sería recordada entre los hijos de su raza: aprovecharía su belleza para acercarse a Holophernes, seducirlo y asesinarlo. De modo que se desprendió de sus ropas de viudez, se bañó y perfumó, aderezó sus cabellos, se vistió con su traje de novia, calzose las sandalias, se colocó los brazaletes, ajorcas, anillos y todas sus joyas, y quedó ataviada de tal modo que seducía a cuantos la miraban. Cuando se alejó de los muros de la ciudad, los soldados asirios la apresaron y llevaron a la tienda de Holophernes, quien se hallaba descansando en su lecho, bajo un dosel tejido de púrpura y oro y cuajado de pedrería. Sorprendió a Holophernes la vista de la mujer; y, mientras admiraba la gracia de su fisonomía, ella le encantaba con la sabiduría de sus palabras, y díjole que había huido de la ciudad conociendo cuán irritado estaba dios contra Betulia, a la que había abandonado al poder de sus enemigos. Ebrio Holophernes de su pasión, creyó ciegamente cuanto Judith le contaba, y dispuso que le acompañase en la cena y que a los postres les dejaran solos.

Tras el banquete, el asirio exigió el primer beso. Algo debió sospechar, porque los labios de Judith mordían como sanguijuelas. Pero esas pequeñas violencias le azuzaron y le hicieron abatirse sobre la hebrea como un demonio de ojos negros y barba rizada. Notó ella la presión del miembro y, para su asombro, se sintió húmeda. Cada beso de Holophernes la acaloraba como un trago de alcohol, cada revuelo de la lengua asiria aumentaba la tensión de su vientre. Cedió: le parecía que se quemaba y que crujía y que iba a partirse. Gimió al rasgarse la sutil membrana, pero su dolor duró poco, y el orgasmo la sacudió mientras Holophernes vertía sus óleos seminales. Tras el primer embate, el asirio quedó dormido. Su alfanje pendía de una columna del lecho, pero Judith estaba demasiado agradecida para usarlo: por fin había perdido la vergüenza de conservarse virgen a pesar del matrimonio, por fin conocía el placer que Manasés se había obstinado en negarle. Pensaba

ahora que el destino de una mujer era amar a los hombres, y no el matarlos. Con esa convicción se perdió en el sueño.

A medianoche, un oficial se acercó cautelosamente al lecho y despertó a Holophernes. Vacilante, salió éste a la recámara, donde un hebreo traidor le aguardaba para revelarle los planes de Judith. «Conque era eso», murmuró Holophernes, y regresó al dormitorio dispuesto a cobrarse la vida de su amante. Pero la contemplación del cuerpo desnudo de Judith le hizo dudar. «No conviene dejar ni una sola de éstas», se decía, «porque son capaces de seducir a toda la tierra. ¡Cuesta tanto, sin embargo, destruir algo tan hermoso!». Finalmente, el temor de que su deseo se encendiera otra vez le decidió: tomó el alfanje y decapitó a Judith de dos golpes. Al morir se alzaron los párpados de la hebrea, y sus ojos brillaron como iluminados por la luna.

Aterrado por la misma mirada que había desanimado a Manasés, Holophernes cayó de rodillas.

* * *

Dónde estaba, quién era yo, escindida en todas direcciones, aguardando la regla periódica con temor, cambiando y permaneciendo en el vulnerable interior de mi cuerpo en desarrollo, demasiado mudable para identificarlo conmigo, acariciándome atónita y feliz pero también preocupada, buscando deseos ajenos y coleccionando miradas y rubores y piropos, confundida entre el miedo y la anticipación del amor, temiendo que alguien me presionara para llegar al fin pero viviendo con la esperanza de que ese fin llegara algún día, ansiosamente vigilada por los adultos, queriendo y no queriendo romper corazones, más bien queriendo para sentirme admirada por chicos entrometidos y mutiladores, pero tan agradables si tuvieran paciencia y no pretendiesen utilizarme y encerrarme en una buhardilla de mi cuerpo mientras circulan libres como huéspedes ilustres por el espacio que antes era mío, haciéndome sentir como un prisionero que se agota estúpidamente en el recuento de sus

pasos o un animal enjaulado que renuncia a la huida para no matar al carcelero, a quien ama.

Todas las tardes, la hija mayor de los vecinos se pegaba el lote con su novio en el rellano de la escalera, y yo les observaba por la mirilla de la puerta cuando mis padres no me controlaban. Claro que alguna vez estarían haciendo lo mismo en su dormitorio, sólo que más cómodos, creyéndome entretenida con los deberes del colegio. La vecina llevaba la iniciativa: tras los iniciales lengüetazos y sobeos, desenroscaba la pija de su novio y lo calentaba hasta que él no podía más y la montaba sobre los escalones —menos mal que eran los de en frente, que de lo contrario no les hubiese visto—, y yo pensaba que a ella se le debía esquinar el culo de tanto trompicón contra el mármol. A cada arremetida gritaba como si le hubiera saltado encima una gota de aceite hirviendo. Luego, al acercarse el final, cruzaba los pies sobre el trasero de su novio y gritaba más fuerte. Seguro que todo el vecindario estaba al tanto y también los padres de ella, pero quién sabe por qué no intervendrían. Tras el orgasmo se arreglaba la falda y lloraba. No un llanto silencioso, sino de ésos que funden el cerumen. Y se abrazaba a su novio y le hablaba quedo hasta que les llegaba la hora de despedirse. Lo mismo todas las tardes, y ella siempre llorando después como si le aplastaran una uña. A menudo me preguntaba por qué si lo debía haber pasado tan ricamente.

Era notable su comportamiento cuando alguien salía del ascensor y los encontraba en plena tarea: ni le miraban ni dejaban de hacer ni se escondían. Como las avestruces, creían seguramente que quien no ve permanece invisible. O les tendría sin cuidado. También mis padres les espiaban a veces por la mirilla; ésa es otra historia.

Si lo sexual fuera romántico…, pero se bajó la cremallera y extrajo su largo dedo, mayor o menor que el de mi padre aquella noche, con una ranura en la cabeza como los tornillos. «Es un palo», dijo para animarme, y lo tomé: tibio y duro, contenía una lengua cilíndrica y violácea que se encabritaba como una cobra. Me asustó y lo solté, pero no estaba defraudada sino intoxicada de experiencia mientras

abandonaba la habitación y me alejaba por un largo corredor en penumbra donde todos mis sentimientos devenían paradojas.

A los quince años, durante el recreo matinal, mientras paseábamos por el polvoriento patio que rondaba el viejo instituto, comentaba con mi amigo A. el mito platónico: al principio, el ser humano fue andrógino, hombre y mujer a la vez, y disfrutó de un prolongado silencio carnal hasta que, en castigo por una falta grave, la divinidad le condenó a la escisión. Tan entusiasmados estábamos con esa teoría que, por momentos, la diferenciación sexual nos parecía una injusticia, casi un escándalo. Habíamos abandonado el paseo y nos acercábamos al claustro cuando el acre olor de los urinarios, abiertos de par en par, nos recordó nuestras limitaciones: como estudiábamos en un instituto masculino, donde se nos negaba la compañía de la otra mitad, intentábamos convencernos de que esa otra mitad estaba en nosotros.

Soñé el ritual de ponerme las ropas de Vera y que me maquillaba como una mujer. Disfruté tanto imaginando que era a la vez ella y yo mismo, que al despertar lamenté verla a mi lado, aparte.

Entre algunos pueblos de África central, un hombre no puede casarse con su hermana, ni con la hermana mayor de su padre, ni con la hermana menor de su madre, ni con la hija de la hermana mayor de su padre, ni con la hija de la hermana menor de su madre, ni con las hijas de los hermanos de su padre, pero puede hacerlo con la hermana menor de su padre, la hermana mayor de su madre, la hija de la hermana menor de su padre, la hija de la hermana mayor de su madre o con cualquiera de las hijas de los hermanos de su madre. Si,

por desconocimiento de estas genealogías, se casa con quien no debiera, tiene que ofrecer una vaca a cada mujer con la que podía haberse casado legalmente. Como un castigo así arruina a los más poderosos, los miembros de esos pueblos investigan minuciosamente a sus familias. Similares prohibiciones rigen para el ganado. Si un toro cubre a su propia madre o a su hermana, y alguien lo ve y busca otro testigo para apoyarle, puede exigir que el propietario de los incestuosos animales le entregue la vaca recién cubierta. De ahí que en esos pueblos se vigilen y conozcan tanto las vacas ajenas como las propias y que, cuando uno recibe una visita, piense para sí: «¡Amigo hipócrita! Dice que viene a verme, pero sólo quiere espiar mi ganado».

Los yaganes de la Tierra del Fuego, hoy extinguidos, consentían el matrimonio entre hermanos. Aquellos que no se casaban con su hermana veían con agrado que los hermanos de la desposada copulasen con ella la primera noche. Cuando la mujer carecía de hermanos pero no de hermanas, eran éstas quienes la desfloraban con los dedos: luego se desvirgaban entre sí. A partir de entonces, el recién casado podía cohabitar con todas las hermanas de su cónyuge, que luego iba a vivir bajo su techo. Si la mujer carecía de hermanos y hermanas, eran las hermanas del novio quienes la desfloraban. Si, además, el novio carecía de hermanas, le resultaba difícil contraer matrimonio: los hombres consideraban degradante arrebatar la virginidad a quien no fuese su hermana.

* * *

Querido hermano: ¿Cómo te va? Me refiero al contexto humano, no ignoro que los números se te dan bien. Habla con tus alumnos, no seas demasiado severo. Me parece oírte: ¿Y qué haces ahí, aislada de todo? Opino sinceramente que mi soledad es distinta, un episodio y no una consecuencia de la timidez. Quería trabajar y en la casa de Valencia no me encontraba a gusto, siempre estaba distraída. Necesitaba un

cambio: perder todo lo superficial y adquirido, concentrarme en mí y en la historia de los indios. Ya sabes que pertenezco a la especie romántica.

(Cuando murió mi hermano temí que la vida hubiese terminado también para mí, porque me creía culpable y no deseaba ir a parte alguna; sólo valoraba lo que me hacía recordarle. Tuve un sueño donde mi cuerpo se estremecía y una ola gigantesca me levantaba y suspendía en el aire, fuera del tiempo, antes de caer vertiginosamente y arrojarme a la playa. Despacio, al despertar, fui comprendiendo que aquel momento de suspensión en la cresta de la ola había sido mi despedida de la vida real: estaba muerta y poco importaba que supiera andar y moverme, porque había llegado al máximo de mis posibilidades, y sólo me restaba agonizar sobre la arena, entre conchas, huesecillos de gaviota y algas en forma de pelota velluda. Pero luego sospeché que me había dejado llevar por la depresión. Estaba perdiendo la confianza en mí misma. Dejé la academia —me sentía incapaz de continuar enseñando— y la casa familiar y vine al apartamento, pensando que, lejos de la vida urbana y junto al vigoroso mar de invierno, podría trabajar y robustecerme en romántico aislamiento. No quisiera volver a Valencia antes de haber acabado mi tesis; perdería definitivamente la propia estimación y me juzgaría sin derecho a poseer algo o manifestar una opinión. Me consideraría completamente inútil).

Esta mañana me he levantado temprano, me he abrigado y he ido a la playa para contemplar el amanecer. Un mar gris como una plancha de metal, un resplandor creciente, un cielo color albaricoque y unas llamas que se propagaban sobre olas de alcohol, encendiendo mi rostro. Me notaba henchida de amor aunque no sabía a quién amar. (Por las mañanas tu presencia es menos vivida). Luego di un largo paseo entre las rocas amarillentas que limitan la playa, fijándome en los dibujos que trazaba el sol. Aunque hice el itinerario de otras veces, encontré algunos fósiles que nunca había visto: caracoles y huellas de bivalvos. ¿Te acuerdas de cuando hacíamos excursiones con un cincel y un martillo? A veces

pensaba: este hueco lo hicimos nosotros. Pero no intenté desprender fósil alguno. Me pareció que en ningún lugar estarían mejor que en aquellas rocas, donde seguramente ya llevaban millones de años.

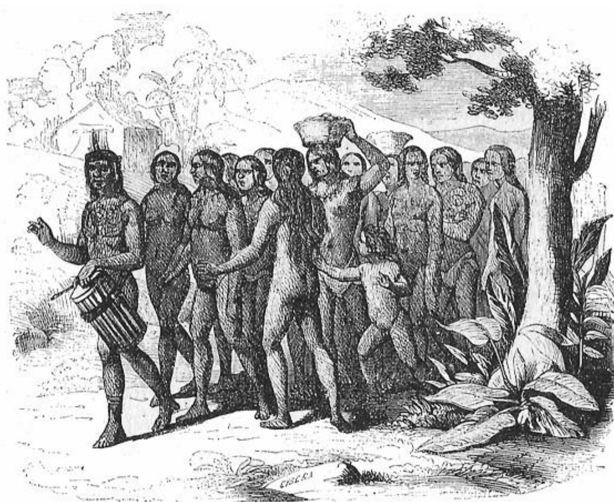
Respirar era delicioso. Al principio no me atrevía a hacerlo con fuerza, pero fui desperezándome y animándome y acabé saboreando, hasta marearme casi, el aroma salvaje y picante del romero, que crece por todas partes. Escalé la montaña de la torre en un estado de euforia y desde la cima atisbé el mar a mis pies, y el monte pelado que separa la Cala de la playa de Poniente, y en frente la isla de Benidorm, y las dos playas que enmarcan la ciudad, y las sierras y el peñón de Ifach a lo lejos. Aturdida por la brisa, me imaginé gaviota. Debí permanecer mucho tiempo arriba, observando cómo la mañana se prolongaba en el mar y el cielo y teñía el agua de reflejos. Había querido penetrar en el mundo exterior y el mundo exterior penetraba en mí e intentaba convertirme en una hija del sol. Sentada en la roca que hay junto a la torre, me parecía una aberración suponer que yo había nacido para realizar algo difícil o diferente. Ya lo sabíamos: en la Cala cuesta estudiar, concentrarse. El hambre me obligó a bajar. Dos enamorados, enfundados en abrigos y pantalones de esquí, paseaban abrazados por la playa, orgullosos y despreocupados, deslizándose como cisnes. La voz del hombre llegó hasta mí, pero no entendí sus palabras.

Después de almorzar redacté un capítulo sobre la mitología de los indios de la Española. Había un cerní o dios menor, llamado Corocoto, a quien un cacique tenía atado y sujeto allá en lo más oscuro de su casa. Con harta frecuencia, el cerní rompía sus ligaduras y salía a cohabitar con las mujeres del pueblo…

No descansé hasta que desapareció el sol. El mar estaba agitado, la montaña de la torre era un cono morado sobre el que oscilaba una luz tenue. Me descubrí pequeña y aislada, pensé que afuera debía estar ocurriendo algo maravilloso, pero ¿dónde? Una figura, empujada por las olas, se acercó vacilante a la orilla. Se secó vigorosamente y empezó a vestirse, mientras yo abría el ventanal y salía a la terraza

para verla mejor. El frío me hizo retroceder y abrigarme con un jersey. Cuando regresé, la figura había desaparecido. Mucho después se encendió la luz de uno de los chalets.

Ahora me ocurre que al acostarme, en vez de adormecerme, me desvelo aún más, y entonces comienzo a imaginar escenas reales o imaginarias. Tú te sientas al sol en la terraza, por ejemplo, y tu cabeza dibuja una sombra en la pared de ladrillos, que yo beso con una sombra de beso. Largo beso de sombra, base de besos, basamento de nuestro mutuo amor.



Noté que el rellano olía a pintura fresca y después me crucé con dos hombres que maldecían subiendo sillones y otro día la vi entrar delante de mí y emprender la lenta ascensión. Exhalaba un perfume denso, como almizcle, mientras desplazaba sus nalgas con amplios movimientos pendulares. Vaciló en el quinto piso, por lo que supuse que se detendría, pero continuó hasta el sexto y abrió la puerta de la vivienda inmediatamente inferior a la mía. Al pasar a su lado murmuré un nervioso «Buenas tardes», y ella rió: era por la mañana.

Esa noche subió para pedirme un martillo. Tenía el cabello

rojizo y un rostro marfileño de óvalo redondo poco común en Europa, de cejas altas, ojos rasgados y amplios pómulos; el corto labio superior no cerraba la boca. Le di el martillo.

—Te lo devolveré —dijo al salir, cantando casi.

Me adelanté con absurda precipitación para encender la luz de la escalera, pero la puerta de la terraza comunal estaba abierta, y una corriente de aire cerró la mía de golpe.

Vera sonrió, entre escéptica y comprensiva, cuando le informé de que mis llaves habían quedado dentro. Podían verse desde la ventana de la terraza, abandonadas sobre una mesa. Introduje el brazo pero no las alcancé. Me sentí estúpido.

Fuimos a su casa, que estaba decorada con pocos cuadros pero muchas alfombras, y buscó una larga escoba en cuyo extremo fijó un clavo con ángulo.

—Prueba a engancharlas con esto —me propuso.

Salió bien. Recuperado el llavero, le pregunté si quería compartir mi cena.

—Vas muy aprisa —rió bajando la escalera, y desapareció como un fantasma.

* * *

Los domingos, si hace buen tiempo, suelo llevar una mesa y una silla a la terraza comunal, para trabajar al sol. Cuando el calor aprieta, tomo la manguera de regar las plantas y me ducho dentro de una de esas balsas de goma que usan los niños. Como nadie sube hasta la terraza y la tapia es bastante alta, a veces me refresco desnudo. Por las noches vuelco la balsa poco a poco y el agua cae incivilmente a la calle, igual que en la Edad Media.

Me rociaba la espalda cuando mi nueva vecina se presentó ataviada con un breve bikini.

—¿Qué es eso? —se burló—. ¿Un rito fertilizador? Sigue, sigue, no te inquietes por mí.

Tras colocar una toalla sobre las baldosas, se acostó dándome la espalda y enlazó las manos bajo la frente.

Confundido aún, salí de la balsa, me puse el bañador y me senté a escribir. Quería contar la leyenda del monje Hipólito,

quien, no pudiendo apartar con buenas palabras a una mujer particularmente hermosa, que le tentaba, le echó la estola al cuello y la estranguló; después se descubría a menudo acostado con un apestoso cadáver. Pero la evidente carnalidad de Vera desmentía el relato vampírico, y continuamente me distraían los efluvios almizcleños, la lisura de sus muslos, el abandono de su postura. Curiosamente, la piel de su cuerpo era mucho más oscura que la del rostro. Mientras la observaba, mi sangre fluía hacia la entrepierna con la lentitud y constancia de la marea; eso ya constituía un milagro, porque últimamente ni siquiera experimentaba erecciones.

Vera inició un movimiento y fingí escribir. Cuando volví a mirarla yacía sin sujetador, en decúbito supino, los ojos cerrados y los brazos paralelos al cuerpo. Tenía el tórax alargado y el vientre plano como un anuncio de sacarina; los senos eran ligeramente cónicos, con una aréola hinchada, saliente, en brioche. Se despertó en mí cierta ternura, amé hasta el exotismo de sus pies de alto empeine y dedos cortos, casi polinésicos. Y sus muslos… Anchos y firmes, de color membrillo y sólida textura bruñida, ascendiendo como misiles convergentes hacia la cumbre del pubis. Me hubiese gustado ser uno de aquellos brillantes de fantasía que se alineaban a cada lado de su slip negro.

Mi corazón latía con violencia, y también otra parte. ¿Me rechazaría Vera si me acercaba? En todo caso, parecía una muestra de confianza. El temor a un nuevo chasco fue lo que me detuvo. Pero, como no quería desaprovechar tanta belleza, extraje mi pene y, parapetado tras la mesa, lo agité como un cubilete de dados mientras la saboreaba con la vista. Me disponía a eyacular —por fin— cuando Vera abrió los ojos bruscamente y me miró con ansiedad. Tenía la cara enrojecida por el sol.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Escribo —murmuré, sofocado.

—¿Con tinta blanca? —ironizó, porque no había podido contenerme y el semen caía en borbotones espaciados, como esputos, sobre las baldosas gastadas y porosas.

Paseaba Tiresias el tebano por el monte Citeron, cuando vio dos serpientes que, imitando el caduceo de Hermes, se acoplaban en tomo a una vara, enlazados los cuerpos y las cabezas erguidas, mirándose fijamente mientras unían sus cloacas. Llevado de un torpe capricho, arrojó una piedra que aplastó la cabeza de la hembra. Eros, protector también de los amores entre reptiles, le convirtió en mujer al rozarle con una flecha incendiaria. Veinte años después, Tiresias halló otra pareja de serpientes que se apareaba del mismo modo y, molesto por el recuerdo de su transformación, lapidó al macho. Al instante, Eros le convirtió nuevamente en hombre: el mismo, veinte años más viejo.

Era invierno, cuando lluvias impetuosas y huracanes devastaban la tierra griega y una continua discordia turbaba las relaciones de Zeus y Hera en su palacio de la Vía Láctea.

—Esposo falaz —decía la diosa con majestuoso acento—, bien sé ahora que eres como todos los varones, que al comienzo del himeneo nos aturden con tiernas palabras y poco después pierden la voz y sólo se expresan en el lecho, y eso de tarde en tarde.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —preguntó el de la voz tonante, alzando el cetro como si fuera a golpearla.

—El acto de amor sería menos humillante para mi sexo si lo disfrutáramos tanto como vosotros —comentó Hera sin amedrentarse, porque estaba acostumbrada a las provocaciones de su marido.

—¿Y no es así? ¿No disfrutáis más casi siempre?

—¿Qué saben los machos? —se quejó la diosa—. Sólo sienten su propio placer. Igual podrían desfogarse en la axila de un amigo o en el hueco de un árbol.

Zeus la miró con un fulgor pícaro, la abrazó y la arrastró hacia una vasta piel de león. Cómo cambiaron sus rostros en un momento: parecían ecos de sus rostros anteriores, enrojecidos y anhelantes, ojos vibrantes y húmedos como charcos de sangre, palpitando como vaginas, las lenguas fuera, y un zureo de palomas que aquí abajo, en la tierra, sonaba a tempestad. Cuando encajaron sus sexos rezumantes, las nubes chirriaron y se formaron constelaciones de chispas.

—Tú disfrutaste más —afirmó Zeus tras la décima aflojadura.

—No, tú —replicó su esposa, aún llenas de espuma las divinas ingles.

Acordaron, para zanjar la disputa, consultar a la única persona que había experimentado ambos sexos.

Envejecido, se presenta Tiresias, a quien un caballo alado ha llevado al cielo, ante el dorado trono de los dioses. A los pies de Zeus yace un águila de pico amenazante; un pavo real despliega, a la izquierda de Hera —rostro sereno y peinado de largos bucles—, una cola con cien ocelos, cincuenta abiertos y cincuenta cerrados. El anciano relata su propia verdad: siendo mujer había conocido actos de amor más placenteros. En agradecimiento a esa respuesta, Zeus le concede la facultad de leer el porvenir. Tan pronto recibe el formidable don, Tiresias se aterra ante la inminencia de la desdicha: alentado por su augusta dueña, el pavo real salta sobre él y a picotazos le arranca los ojos, que incorpora al adorno de sus plumas. Pasado el hiriente dolor, el nuevo adivino se resigna: el rigor y la complejidad de sus anticipaciones le ayudarán a olvidar su presente ceguera.

* * *

Tocar y besar entre un sexo u otro qué más daba si era natural y saludable y menos peligroso con niñas. Explorándonos los pliegues de carne y oliendo y lamiendo la humedad pegada a nuestros dedos o introduciéndonos gomas de borrar, aunque a veces preferíamos hacerlo por encima de las bragas, que transmitían las vibraciones por una zona más amplia, diciendo coño y cojones y joder y trasponiendo cuando la excitación aumentaba y gritábamos ñoco y nescojo y derjo. Solíamos contar que íbamos a jugar al escondite y cerrábamos la puerta de mi cuarto y luego nos ocultábamos en un armario muy hondo, para que no nos sorprendieran si entraban.

Hicimos pis en una palangana y nos sentamos encima una

tras otra, mojándonos el sexo y el culo hasta que el líquido se enfrió. Qué agradable tibieza entre las piernas y con qué afán de embriaguez nuestras lenguas perseguían luego las gotas ambarinas que perlaban los deltas. Era como volver a la primera infancia, cuando no nos avergonzaban las secreciones del cuerpo.

Recuerdo una historia supuestamente real que me contaron después, sobre una pareja de recién casados de pueblo: ella virgen y mojigata y él orgulloso de la pureza de su mujer, que vinieron a la ciudad en viaje de bodas y se hospedaron en una vieja pensión. Ya en su cuarto, la necesidad de hacer aguas —menores él, mayores ella— prevaleció sobre los apetitos genésicos. Salió él a buscar el excusado por el piso, y de vez en cuando empujaba una puerta por si cedía. Sin encontrarlo volvió dando saltitos a la habitación, donde su esposa pugnaba con los retortijones. De nuevo salió él a indagar. Una puerta donde se leía W. C. no le indicó nada, y temía que se burlasen si preguntaba en recepción. Así que desistió y, señalando el lavabo del cuarto, le explicó a su mujer que ya no podía resistir más. Se extrajo el pene y se desahogó justo a tiempo. Viendo el alivio de su marido, ella se decidió: tras quitarse las bragas, se arremangó la falda y le pidió que la sostuviera. Ese fue su primer contacto íntimo, así descubrieron repentinamente la materialidad de la convivencia: el hombre abrazándola y procurando no mirar y no oler, y ella sentada al borde del lavabo, congestionada y fingiendo, mientras defecaba, un repentino interés en la contemplación del techo. Como el excremento era de dura consistencia y no se ablandaba bajo el grifo, tuvieron que batirlo pacientemente con un bolígrafo para que cupiera en el desagüe. Se resintió el fervor sentimental de ambos y después les costaba tocarse sin evocar la escoria, o al menos así me lo contaron.

* * *

Balkis, reina de Saba y de Sabí, de los ríos de oro del

mediodía y de la costa de incienso, vivía amargada porque, tras muchos años de cohabitar con hombres de los más variados países y atributos, no conocía sino por referencias el máximo placer, esa sensación bellamente atormentadora de la que sus esclavas le hablaban con tanto entusiasmo. Ni siquiera Mu-Wang, un soberano chino que acababa de emprender el regreso a su país, la había satisfecho. En ocasiones probaba con objetos viriloides, como setas fálicas o cabezas de tortuga, pero sin convicción y enojada por tener que recurrir a sucedáneos. Lo que necesitaba era una verga de dimensiones ideales, que se adaptase a su vagina como una mano a un guante.

Llegó entonces a sus oídos la información de que Schalomón, famoso rey de Israel, tenía novecientas noventa y nueve esposas, e imaginó cuán preciso y potente había de ser para contentarlas. Y fue hasta Jerusalén con una numerosa caravana, con camellos cargados de aroma y oro en abundancia, y piedras valiosas. Se presentó a Schalomón y le regaló cuanto llevaba: nunca se reunieron tantas especias, nunca se juntaron tantas maderas de sándalo, ni diamantes. Y bailó Balkis para él cubierta sólo de un velo amarillo, cuyos caireles rozaban el suelo; era la danza de la palmera y la del viento del desierto, y luego era la de los enamorados. Una expresión lastimera y anhelante agrandaba su boca mientras, con los ojos abstraídos, giraba sobre sí misma y desprendía perfume como una flor espabilada por la lluvia. La rotación se hizo más rápida; ya no se veía el cuerpo de Balkis, sólo un huso diáfano que arrastraba brillos. Antes de que la danza acabara, Schalomón abrazó a la reina y la cubrió de apasionadas caricias.

Fue un acto largo. No parecía haber un final, Sino continuos avances, como en un círculo. Tardó él en penetrarla y aguardó a que ella gozase primero; después se derramó y Balkis sorbió el ácido lechoso.

Quedó la reina enajenada. Ahora conozco la razón de tu fama, le dijo a Schalomón, porque me has hecho sentir más intensamente que ningún otro hombre. Felices las mujeres de

tu harén, que están siempre contigo.

—Puedes vivir aquí si lo deseas —replicó él—, y ser la milésima de mis esposas.

Indecisa, Balkis calló. Pero por la noche, cuando Schalomón dormía, tuvo miedo de convertirse en una pertenencia de aquel hombre, como un siervo o una bandeja. Y pensó: «Voy a abandonarle, aunque no sin antes tomarle el calibre; así dispondré de un miembro idéntico para mis expansiones, y obtendré placer siempre que lo desee».

Esparció un somnífero sobre el rostro del rey, para asegurarse la impunidad, y jugueteó con su verga hasta erguirla; luego obtuvo el molde en cera caliente y regresó furtivamente a la ciudad de Saba, en la Arabia Feliz.

Cuando le llevaron el olisbos reproducido en bronce, se friccionó con él y se lo introdujo. Demasiado tarde, fatigadas ya las muñecas, Balkis comprendió que Schalomón no era notable por las dimensiones ideales de su pene —no hay dimensiones ideales, en definitiva—, sino por su sabiduría en el ejercicio del amor. Los hombres que ella había conocido antes le parecían abyectos: besaban y la hincaban de inmediato. Sólo el rey de Israel era paciente y perceptivo, sólo él sabía relajarla y hacer que se sintiese segura. De nada le servía el consolador sin el dueño del pene que lo había inspirado. Desesperada, arrojó al Mar Rojo el pedazo de bronce.



—Los hombres suelen olvidar los sentimientos cuando han hecho el amor —dijo Vera.

—Deberíamos comprobar eso.

—Lo comprobaremos —prometió—. Y, hasta entonces, no te masturbes.

No puedo creer, Anacaona, que prefirieras alguna vez las ropas espesas y velludas de los blancos malsanos al torso desnudo de un hombre o una mujer de tu tribu.

De pequeño, las películas que me atraían más eran las del Oeste, y especialmente aquéllas donde intervenían indios. Me resultaba imposible ver a los hombres cobrizos de rostro pintado, plumas, collares de garras de oso y pecho descubierto, que no mataban sin luego realizar una ceremonia expiatoria, y no preferirlos a los blancos que se les enfrentaban, casi siempre militares fanáticos, cazadores competitivos e irresponsables o enloquecidos buscadores de oro. De modo semejante me atraían más las sensitivas

mujeres indias, con sus brillantes trenzas, sus cortos vestidos de piel con flecos y sus mocasines de largos cordones, que la cursi hija del comandante del fuerte, la hombruna dueña del salón o la ranchera sentimental. El cine me enseñaba, sin embargo, que los indios perdían casi siempre. Podían ganar batallas aisladas, pero nunca las guerras.

Mis padres me compraban pequeños indios y vaqueros de goma, con sus respectivos caballos. También prefería las monturas de los indios: tenían la crin más suelta, la boca más abierta, una manta abigarrada en lugar de la rígida silla y las patas más separadas, como si galoparan a mayor velocidad. Me regalaron dos diminutos *tipis*, esas tiendas indias con palos entrecruzados, y dos figurillas de *squaws*, mujeres de mirada dulce sentadas a la manera oriental; una acunaba a un niño en los brazos. Otra pieza representaba una hoguera sobre la que asaban pedazos de carne. Era fácil componer el reducido poblado: cada mujer ante su *tipi* y el fuego entre ambas.

Cierta tarde intenté reproducir en el suelo de mi cuarto una película que terminaba con la derrota y la muerte de los guerreros sioux. Iba haciendo caer las figurillas emplumadas cuando me fijé en las *squaws* que aguardaban inútilmente el regreso de sus bravos, preparando un alimento que éstos no probarían y meciendo un niño que quizá ya era huérfano. Tan desamparadas me parecieron, tan indefensas y ajenas a los combates que estaban decidiendo su propia suerte, que perdí el interés por continuar jugando. Reconstruí después más escenas de película, pero las mujeres de tez cobriza permanecieron aparte, en un cajón, con otros interrogantes de mi conciencia.

Cuando, en el patio de recreo, mis compañeros de colegio me preguntaban si prefería actuar de vaquero o de indio, respondía que de vaquero. Pero era mentira. Callaba mi identificación afectiva y sensual con los pieles rojas porque les suponía condenados a la derrota.

Aquella temprana traición no me ha evitado posteriores fracasos, y su recuerdo aún me persigue.

Mi amigo A. me había recetado, para combatir la ansiedad que precede al coito, pastillas de tres colores: amarillas para después del desayuno, rojas para después del almuerzo y azules para después de la cena.

Me disponía a pasar una noche de amargo aislamiento cuando mi nueva vecina llamó a la puerta. Llevaba el cabello recogido en un moño alto, que acentuaba su aire vagamente mongol, y un vestido negro con encaje en la espalda y el talle.

—¿Cenarás conmigo? —me preguntó arrastrando las palabras.

Sorprendido, murmuré frases que intentaban ser de gratitud.

—Baja así —dijo—; te sienta bien el pantalón corto.

Tras la breve cena, quiso bailar.

—Relájate —me pidió.

Era una música alegre y estridente, casi burlona. Coloqué mis manos en sus caderas, por encima de la cresta ilíaca, y toqué su piel a través del encaje. Tenía ella un cálido resplandor en los ojos y un brillo nacarado —¿lápiz de labios?— bajo el arco de las pestañas. Gradualmente, la habitación fue perdiendo su fisonomía y la alfombra sobre la que bailábamos se desdibujó. Sólo el cuerpo de Vera se mantenía real contra el mío. Se aproximó aún más al sonar una balada. Me hallaba meditando sobre cierta alteración de mi pulso, sobre otra danza que se iniciaba en una parte íntima de mi bajo vientre y crecía con desesperada violencia, cuando la presión de unos dedos doblegó mi nuca. Al besamos en los labios, cada uno se apoyó en el otro. Dejamos de movernos mientras nuestras lenguas se perseguían. Estaba dispuesto a permanecer así días y días, pero Vera dijo «Ven» con una curiosa caricia en la voz. Enlazó mi cintura y me condujo al dormitorio, donde encendió las luces.

Los botones de su vestido iban desde el escote hasta el borde de la falda; desabotonó los indispensables y nos desnudamos velozmente, como fugitivos.

En algún lugar de mi cabeza se rodaba una película. La cámara captaba detalles de Vera, senos como lunas llenas, caderas aumentadas como dunas de grano grueso y una oquedad como la entrada de una gruta. Había inmensidades entre cada poro.

Una película muda, salvo por jadeos, improbables maullidos y la música que acabó extinguiéndose.

Dentro de la cueva, mis dedos desenterraban estratos de goce y yo trabajaba como un arqueólogo en la estación lluviosa, patinando en el lodo, buscando y confundiendo, perdiéndome.

Al iniciarse el clímax de Vera, la cámara desapareció entre pliegues.

Estuvimos besándonos toda la noche. Al amanecer nos dormimos y al despertar seguimos besándonos; ya tenía ella el rostro enrojecido a causa del roce de mi incipiente barba, pero no quería soltarme, y repentinamente me encontré sin esfuerzo en lo más hondo de la gruta marina. Nadé despacio y me liberé como un muelle. Exultante, rompí a reír.

Cuando le conté que había deshecho el maleficio, mi amigo A. insinuó que lo debía a las pastillas coloreadas.

Me alegró poseer un agujero velludo cuando leí en un libro erudito que el pene puede definirse como un clítoris exagerado, porque los órganos sexuales empiezan a existir como estructuras femeninas y no al revés. Entonces, al principio, todos comenzamos hembras y de no ser así no nos hallaríamos en el mundo, de manera que también en eso salen de nosotras y hasta los dos meses no se disfrazan de varones, si está escrito en sus genes, y se dedican a explorarlo todo con su tercer ojo, especialmente nuestras piernas ambulantes cuando les bridamos la espalda.

Anunció que me iba a hipnotizar y me pidió que le mirara fijamente a las pupilas, que también parecían en erección. Hizo los pases; sus manos se movían como amebas inquietas. Puse cara de boba para que me creyera en su poder. «Harás lo que te ordene: acuéstate ahí», me dijo con voz más tenebrosa que autoritaria, y me tumbé en un sofá. «Ahora abre las piernas. No, ciérralas. No, levántate. Quítate las bragas. Así, muy bien. Acuéstate otra vez. Abre las piernas».

¡Qué hipnotizador tan torpe! No pensaba dejarle entrar, pero sí permitirle que me tocara con la punta; no podía haber

peligro en eso. Cuando lo sacó ya lucía una burbuja viscosa. No se mostró muy atrevido. Dos golpes de mano mientras escudriñaba mi rendija y la blanca linfa ya espolvoreaba el suelo. Me incorporé y le abofeteé con todas mis fuerzas.

—Pero ¿no estabas hipnotizada? —preguntó asombrado.

* * *

¿Somos los matemáticos demasiado orgullosos? ¿Podemos retorcer, estirar, deformar cualquier superficie, volverla del revés como un guante, vomitar nuestras vísceras como una holoturia? ¿Es tu vagina un pene invaginado? ¿Tenían los indios del Caribe, como algunas tribus amazónicas en vísperas de extinción, la habilidad de luxar su mango hasta ocultarlo dentro del cuerpo, y sacarlo cuando deseaban orinar o chingar? ¿Creían los sioux que el hombre moría si su pene se contraía y retractaba? ¿Por qué tienen las mujeres un orificio más?

Si conociera el número de tus amantes, la frecuencia con que encajabais vuestras piezas y la duración media de cada acto, podría calcular cuántas horas de tu vida dedicaste al trance. Y si, además, supiera la longitud media de aquellas vergas afortunadas y hasta dónde te las introducían, y aceptara que sesenta empujes por minuto es lo razonable —¿o te parecen demasiados?—, estaría en condiciones de averiguar cuántos kilómetros de pene tragó tu vulva.

* * *

Querido hermano:

Bajé ayer a la playa para ver salir el sol, pero no fue un amanecer hermoso. El frío me hacía tiritar y me aturdía. Al regresar al apartamento observé nieve en la cima del Puig Campana. ¿Recuerdas las leyendas que me contaste hace años? Ayer por la mañana, la hondonada de la cumbre parecía más el tajo abierto por una espada que la huella de

una coz.

Comencé a trabajar, aunque al principio no me encontraba en estado activo de gracia. Me distraía, cerraba los ojos e imaginaba montañas lejanas, blancas de nieve, apacentando como rebaños. ¡Qué quietud!

Releí ese libro de paranoicos que se llama *La leyenda negra* y me sentí empujada, obligada a oponerle algo. Escribí sin interrupción hasta media tarde: casi un capítulo entero sobre las costumbres de los tainos. Repentinamente me sentí muy débil. Las cabezas del reloj cucú aparecieron y se besaron cuatro veces, con un vigor que me pareció envidiable. Preparé tostadas con mantequilla y jamón de York. Masticaba mirando al mar cuando volví a divisarle: llegó a la playa, dejó la toalla en la arena, se despojó del chandal y caminó directamente hacia la orilla, desnudo y de espaldas a mí. Llevaba el cabello largo hasta los hombros, pero ni éstos ni la cintura podían confundirse con los de una mujer. Entró en el mar sin titubear, como tú haces, y caminó hasta perder pie; luego atravesó la franja de olas nadando braza y alcanzó la zona tranquila; debía estar acostumbrado al frío, porque aguantó mucho tiempo. Cuando salió percibí su sexo, la mata umbrosa y el pene contraído. Se secó y vistió. Fui hasta la barandilla de la terraza para verle de cerca, pero, justo cuando pasaba debajo de mí, se detuvo y miró hacia arriba, con tanta brusquedad que retrocedí asustada. Cerré las contraventanas, bajé las persianas y me quedé pensando. Muy mezclado: un rostro joven y pálido, de facciones regulares, un movimiento de fiera, mi repentino temor. Seguramente había observado de noche la luz del apartamento, como yo observo la de los chalets. O quizá me había descubierto desde la playa. En cualquier caso, está ahí y sabe que existo.

A pesar de su evidente liberalismo, nuestros padres nunca me hablaron de la sexualidad, nunca me dijeron que el sexo fuera bueno o malo; sospecho que la represión también les afectaba en eso. Y tú me llevabas ocho años, tal vez demasiados. ¿O fue la timidez lo que te impidió iniciarme con decisión, seducirme realmente —porque sentimentalmente sí lo hiciste—, y salvar mi normalidad,

como un psicoanalista hubiese esperado? ¡Qué lástima no haber nacido al mismo tiempo o en años consecutivos! Hubiéramos sorteado la vigilancia de los papás y compartido todos los placeres. (En ocasiones, cuando intento reproducir tus rasgos, me sorprendo escrutando el espejo y buscando lo que hay en mí de masculino. Ya sabes: hombres hembras y hembras hombres. Pienso ahora en tus relaciones con mis amigas: te creían seco y rudo cuando sólo eras esquivo; me extrañaba que no reconocieran, apenas verte, tu fácil vulnerabilidad, parecida a la mía. Y el mismo modo de reaccionar contra las brutalidades de la vida: manifestamos horror, pero rara vez intervenimos; un condicionamiento aprendido quizá de nuestros padres).

Recuerdo vivamente un día de playa con unas amigas, a los doce años. Quise orinar y me oculté tras una duna herbosa; al salir, un hombre me descubrió y salió al paso.

—¿No te gustaría hacerme una mamada? —me preguntó con voz aguardentosa—. ¿Has visto esto?

Extrajo el pene —fue la primera vez que vislumbré un pene erecto— y lo blandió como una porra mientras yo le esquivaba corriendo y me reunía con mis compañeras. No se acercó; le bastaba disfrutar de nuestra sorpresa. Se masturbó a distancia, pero el horror me impidió contemplarle. No pude entender de qué reían mis amigas; a mí me asqueaba.

Poco después me enamoré de un chico porque se te parecía. Nos dábamos la mano y nos besábamos apresurada y levemente en los labios. Luego empezamos a acariciamos; al principio era como pasar la mano por el lomo de un perro o un gato, algo más agradable que perverso, pero cuando se me humedeció la entrepierna me asusté; creía ser demasiado sensual y me sentía como una puta. Hice grandes esfuerzos por ocultaros —a los papás y a ti— aquella relación, que se rompió una tarde cuando nos acostamos en su cama y al verle el pene erecto me acordé del exhibicionista de la playa. Me interesaban muchas cosas suyas, pero no aquélla. Abandoné el dormitorio y la casa y evité posteriores encuentros.

Ocurre que los hombres me atraen, pero juzgo el coito

como una imposición. Entre mujeres todo resulta más íntimo y dulce, menos forzado. Como amar el propio cuerpo o apretarse contra la tierra. ¿Te acuerdas de mi relación, mi «confusión» la llamabas, con L.? Demasiado bien, me temo. Apenas tocábamos el suelo cuando estábamos juntas. L. sorprendió el secreto de mi dualidad y me ayudó a liberar la mitad de mi misma, o al menos una parte considerable. No debiste atormentarte ni romper conmigo: nunca olvidé que tú eras la persona a quien yo amaba «para siempre». Pero el sexo y la aventura debía buscarlos en otra parte. Ya sabes lo atractiva que L. podía ser y hasta qué punto costaba renunciar a ella.

Levanté la persiana: el día ya terminaba y la oscuridad invadía el valle. Quiero recordar de qué manera la luz abandona la habitación y cómo me noto palidecer y declinar con ella, mirando al sol deslizándose tras las montañas que, como el cielo y el mar, cambian de color, y sintiéndome emocionada por algo impreciso, un ritual o una pérdida.

Trabajé un poco más y me llevé a la cama la *Historia de Indias* de Las Casas: «… Y porque los españoles llegando al pueblo, hallando los indios en sus casas pacíficos, no cesaban de les hacer agravios y escandalizallos, tomándoles esa lacería (miseria, cosa de poco valor) que tenían, no contentándose con lo que de su voluntad los indios daban, y algunos, pasando más adelante, andaban tras las mujeres y las hijas, porque ésta es y ha sido siempre la ordinaria común costumbre de los españoles en estas Indias…».

Raramente duermo sin soñar, sobre todo si estoy acostada sobre el lado derecho y uno de mis pies asoma entre mantas y sábanas; esa postura parece propiciar la fantasía. Imaginé anoche que perseguía a un hombre por la calle, pidiéndole a gritos —¿qué no ocurrirá en sueños?— que me hiciera el amor, y él protestaba argumentando que llevaba días cohabitando conmigo, y necesitaba reponerse. Se me ocurrió de pronto que nadie podría saciarme, y estallé en sollozos. Estaba allí, gimoteando, sentada en la acera y cubriéndome el rostro con las manos, cuando una mujer con abrigo de nutria —nunca he sabido distinguir las pieles salvo en sueños— me

preguntó si necesitaba ayuda. Sí, dije, y me sinceré hasta sentir la voz ronca. Fue infinitamente inteligente no permitiendo que adivinara sus intenciones. Intuí que sólo quería mostrarse amable invitándome a su casa. Cuando llegamos se cambió de ropa y se recostó en un sofá; yo estaba apoyada en un brazo del mueble. Tomó mis manos y me separó los dedos y los contó rozando cada punta y luego me miró intensamente y me dijo cuánto le gustaba. El gesto nació en ambas al mismo tiempo y los labios se encontraron a medio camino. Qué dulzura. Arroyos de sombra entre nuestros pechos, firmes y redondeados bordes. Yaciendo felizmente en diagonal, con las piernas formando una V, como tijeras en torno a cada torso, las vulvas tocándose y las manos entrelazadas, sin preocuparnos por el principio o el fin o el número de veces. De pronto me interrogó muy seria: «¿En qué parte del mundo viven las focas fraile?», y estuvimos riendo mucho tiempo, hasta que desperté.

Esta mañana fui a Benidorm a por comestibles y el cobrador del autobús me deseó jovialmente «feliz navidad». Descubrí entonces que había perdido la cuenta de los días y que hoy es nochebuena. Compré *champagne* para beber contigo, aunque sé lo mucho que detestas las fiestas. Pero esta noche me siento más vieja que otras y deseo tener a mi lado a alguien que me quiera, y me consuele, y me impida pensar.

Durante los entreactos me interrogaba exhaustivamente, como buscando datos para una biografía. En cambio, yo casi temía conocer su historia; rehusaba ser cómplice hasta ese punto, enamorarme perdidamente al descubrir un detalle de su infancia o sentir celos de sus amantes anteriores o de cuanto la había rodeado.

Pero había encontrado un objetivo en su cuerpo, y cada vez sentía mayor ilusión y menos incertidumbre, y mis orgasmos aumentaban de intensidad, a medida que me acostumbraba a la proximidad de Vera, a su contacto.

Su mano derecha acariciaba mi cabeza cuando con la izquierda extrajo un tampón. Me había olvidado de que estaba en pleno menstruo. Para animarme, apoyó sus piernas en mi espalda, como en una estribera. Mostraba tonos púrpuras y rojos. Pulsé el clítoris con la lengua y vi que respondía segregando torrentes de ensangrentado flujo. Succioné aquella sustancia viscosa y salada.

Vera se contrajo, pataleó en mi espalda, se convulsionó como un pez recién sacado del agua y depositado sobre la arena.

¡Ooooh! —exclamó. Y mucho después—: Ahora sé que me quieres.

Era Susana una mujer muy temerosa de Dios. Dos jueces ancianos iban con frecuencia a casa de Joakim, su marido, para verla; y percibiendo que su castidad superaba a su belleza, que destacaba, sintieron pasión por ella, y aguardaron conjuntamente el momento de hallarla sola. Sucedió que la sorprendieron bañándose en el río junto a unos árboles tupidos, y desearon su cabellera esponjada, sus pechos de ámbar y su vientre irisado por la humedad y la penumbra. Se precipitaron hacia la virtuosa, que al descubrirlos se sumergió hasta el cuello y le confesaron su lujuria: «Acepta y entrégate a nosotros», le dijeron; de lo contrario, daremos testimonio contra ti de que yacías con un joven. Llorando y con las mejillas coloreadas por denso rubor, Susana les replicó en los siguientes términos: «No tengo ante mí sino males; si hago lo que queréis soy muerta, y en caso contrario caeré en vuestras manos; pero yo prefiero perderme siendo inocente a cometer un pecado delante de dios, que se halla en todas partes y ahora mismo debe estar mirándome». La vergüenza y el despecho de ser rechazados enfriaron la pasión de los viejos, y éstos se encaminaron a la ciudad para denunciar a Susana.

Tan pronto desaparecieron, un joven, que había espiado la escena anterior entre los juncos, se ciñó los cabellos de césped y espadaña y avanzó chapoteando hacia la casta

mujer.

—¡No temas! —le gritó—. ¡Soy tu dios, que viene a entregarte el premio merecido!

Tenía Susana la cabeza tan llena de religión que aceptó sin titubeos que era realmente dios quien le hablaba, con voz extraña y entonación amable. El joven se le acercó mucho —demasiado bello para no ser divino— y elogió por igual su virtud, que acababa de demostrar, y su hermosura. Así la trabajó durante unos minutos, con halagüeña elocuencia, y de pronto le enlazó el talle con las piernas y a ella le pareció que perdía el control de su cuerpo y que el sexo le chisporroteaba; se ayuntaron en el agua. Ya habían ambos repetido el goce cuando, al oír que se acercaba gente, el joven murmuró que debía regresar al cielo y se alejó nadando veloz. No le vieron; oculto entre los juncos, escuchó cómo a Susana la acusaban de adulterio.

Al día siguiente todo el pueblo concurrió a la casa de Joakim, y asimismo acudieron los dos ancianos, llenos de perversos sentimientos contra Susana, a quien pretendían condenar a muerte. Y la mandaron llamar. Llegó con los cabellos retenidos por linda almadraba y cubierta por blanco velo desde la cabeza a los pies, pero aquellos malvados mandaron que se descubriese para saciarse de su belleza. Lloraban entretanto los suyos y cuantos la querían bien. Dijeron los ancianos: «Mientras paseábamos junto al río vimos bañándose a esta mujer. Al momento se acercó un joven y se refociló con ella. Observamos que se hallaban pecando, pero no pudimos detener al adúltero por ser más fuerte que nosotros; huyó nadando. En vano interrogamos a ésta para que nos diera el nombre de su amante».

Y los miembros de la asamblea creyeron a los ancianos y la condenaron a morir lapidada. Iban a ejecutar la sentencia cuando el joven que se había fingido dios suplicó permiso para defenderla. Al reconocerle, Susana le obsequió con una emocionada sonrisa.

—¿Tan insensatos sois, hijos de Israel —preguntó el joven— que, sin inquirir ni esclarecer la verdad, condenáis a vuestra hermana? Yo puedo demostrar que os equivocasteis.

Pidió que separaran a los ancianos y, tan pronto le hubieron complacido, llamó a uno de ellos y le dijo: «Viejo envanecido por la maldad, si viste a ésta, cuéntame bajo qué árbol acariciaba a su amante». El anciano contestó: «Bajo un lentisco». Y tras hacerle retirar mandó llamar al otro y le interrogó de la misma forma. Respondió el viejo: «Bajo una encina».

Probó así el joven la falsedad de los ancianos. Toda la asamblea se lanzó contra éstos y, según la ley de Moisés, les hizo sufrir la misma pena que pretendían imponer a la mujer. Fueron conducidos a las afueras y lapidados.

Susana se aproximó al joven y musitó con labios temblorosos:

—Gracias, dios de Israel.

Rió la gente al escucharla.

—No consientas que se rían —exigió Susana—. Diles quién eres y háblales como me hablaste junto al río.

Callaba el joven, crispado, y fue ella quien contó cómo él se le había acercado y la había iluminado con palabras y caricias antes de enseñarle el acto de amor a dios.

Viendo que los rostros de la multitud cambiaban y se ensombrecían, el joven tomó a Susana de la mano y la obligó a correr a su lado.

Abandonaron la ciudad, pero cerca de las murallas les acorralaron y tuvieron que subir a una colina sembrada de nudosos olivos.

—¿No eres dios? —preguntó ella en la cima.

—No.

—Pues si contigo me pareció alcanzar el cielo, ¿qué me ocurrirá con el verdadero dios cuando lo encuentre?

—Pronto lo sabrás —repuso el joven, observando que la gente ya había hecho acopio de piedras en la ladera y comenzaba a ascender.

* * *

Antes habíamos estado nadando y jugando a que él

buceara entre mis piernas; cada vez que al pasar me rozaba los muslos sentía un estremecimiento como cuando en la bañera me colocaba de modo que el chorro de agua tibia incidiese en mi vulva. Vino hacia mí, pero en lugar de sumergirse me apresó con las rodillas. «¿Te gusta?», preguntó, y asentí. ¿Cómo podía disgustarme si había esperado durante semanas que se decidiera a llevarme un domingo a la playa? Ya era un atrevimiento para la época el hecho de ir solos. Tenía él alguna experiencia o mucha desenvoltura, porque extrajo del bañador el pene erecto y me pidió que lo sostuviera. Me asusté o quise ganar tiempo, y tras zafarme hui chapoteando. Al abandonar el agua pisé una concha de relieve nudoso y me lastimé. Mi amigo me alcanzó, lanza en ristre, y me ayudó a llegar hasta donde yacían nuestras toallas, en la hondonada que cerraban tres dunas. Nadie en los alrededores; de común acuerdo, habíamos elegido una zona poco frecuentada. Cerca se erguía el torreón acristalado de una fábrica de plásticos. Nos acostamos riendo nerviosamente: cada uno creía ser el seductor. Me abrazó fuerte y nos besamos, al principio en los labios y luego enlazando lenguas. Boqueaba como si me faltase aire. Dejé que me bajase los tirantes del bañador; estiró más y quedé desnuda, con el cabello fuera de la toalla, barriendo arena.

—¿Me quieres? —pregunté, aunque no era lo que más me importaba.

Se apartó. Pensé que le perdía.

—Ayúdame —murmuró quejumbroso. Su pene parecía pequeño y alicaído. Lo tomó con una mano y tiró de él como si intentase arrancar una planta.

—Estoy bien. Tenemos mucho tiempo —le dije, procurando calmarle.

Me incorporé y rocé con la lengua la punta salada. El pene se estremeció, pero continuaba fláccido. Instintivamente, lo froté contra la entrepierna hasta transmitirle calor y atiesarlo. Entonces se dejó caer sobre mí y comenzó a incrustarse. Avanzaba suavemente, pero ni así me evitaba el dolor. Tan agudo era éste que el contacto corporal se convertía por contraste en un alivio, en algo plácido y reconfortante: nada

realmente malo podía ocurrirme mientras nuestras pieles conspiraran juntas. En tanto la membrana se distendía, mi mente se evadió e inundó de temores al evocar una historia que me había contado mi madre: poco más de veinte años antes, y en aquel mismo lugar, una pareja de carabineros a caballo las había perseguido, a ella y a una amiga, por tomar el sol en bañador, sin llevar el albornoz puesto. No capturaron a mi madre, oculta en un cañaveral, pero a su amiga la raparon y le hicieron beber aceite de ricino. Tuve la certeza, mientras mi amante nadaba sobre mí y nos perdíamos en atropelladas contorsiones, de que en cualquier instante podían aparecer los carabineros para acosamos.

Mi sexo reclamó atención. Me dolía como si fuese una sola arteria inflamada. Al perder la virginidad imaginé que me dilataba y esparcía por la arena. No recuerdo que mi amante eyaculara, pero sé que no me sentí impregnada sino liberada en tanto mis pulsaciones se amansaban y acompasaban al ritmo marcado por las olas.

No aparecieron los carabineros entonces, pero sí muchos años después. Había ido con otro amante —ya era promiscua — y estábamos en ropa interior —él con un slip naranja y yo con bragas y sostén negros— porque habíamos olvidado los bañadores, yaciendo adormilados sobre las toallas, cuando se presentaron. Sus sombreros brillaban como escarabajos tropicales.

—A ver, ¿qué hacen aquí? ¿Por qué estaban desnudos?

Les explicamos que, aunque no llevábamos bañadores, no habíamos llegado a desnudamos.

—No mientan, que les vigilábamos con los prismáticos, y antes iban en cueros.

Nos pidieron la documentación y nos sermonearon: que existían casas para eso, que habíamos dado un escándalo, que iban a conducimos a la comisaría. Creo que sólo pretendían asustarnos y verme de cerca, porque no me quitaban ojo. Nos obligaron a irnos y nos siguieron un trecho, hasta que subimos al coche, para asegurarse de que no les burlábamos.

Actualmente, los homosexuales frecuentan ese lugar —las cercanías de la fábrica de plásticos—, y si una va un sábado o

un domingo, cuando hace buen tiempo, y se acomoda en la cresta de una duna, puede contemplar los galanteos sodomitas, tan complejos y bien resueltos que parecen ensayados: búsqueda, encuentro, fingida indiferencia, poses exageradas y breves carreras, miradas coincidentes, sonrisas y aproximación deslumbrante. A veces trepan a un montículo y se petrifican como estatuas, mientras cabezas inquisitivas suben y bajan entre lomas y se desplazan y permutan como si jugaran al escondite. Generalmente, la conclusión de esos rituales se me escapa: enlazados o persiguiéndose, los actores desaparecen en un cañaveral próximo, que debe ser el mismo —seguramente algo mermado, porque las plantas retroceden en todas partes— que cobijó a mi madre cuando la acosaban los carabineros hace, ya, casi cuarenta años.

Habíamos encendido la lámpara de rayos ultravioletas y colocado unas amplias toallas sobre la cama, para no manchar el edredón con el aceite de sésamo y tormentila. Nos desnudamos, ungimos y acostamos. La lámpara colgaba encima de nuestras cabezas, llenando la habitación de una luz cálida, cegadora. Vera se puso gafas y yo cerré los ojos.

Cuando me despertó, casi una hora después, ambos teníamos media cara y un hombro enrojecidos; nos picaba la piel y olía a carne tostada. Mi pene se había atiesado a causa de las radiaciones; aquella luz le daba un tono oscuro y azulado; el sonriente glande parecía un champiñón.

Al rodar sobre Vera para cambiar posiciones vislumbré un brillo prometedor que no era aceite, y me fui a pique.

Valvas incandescentes, carne derretida, azúcar hilado.

Me acordé, mientras recuperaba la conciencia, de los saltamontes que me habían enseñado en el zoo, donde servían de alimento a otros animales. Los criaban allí mismo y, para hacerles creer que siempre era verano —la estación reproductora para ellos—, les mantenían en terrarios perpetuamente iluminados con una luz muy semejante a la de la lámpara ultravioleta. Así que se dedicaban a copular todo el tiempo y a

poner huevos, que el cuidador guardaba en incubadoras.

¿Disfrutaban los saltamontes? ¿Extraían alguna alegría de aquel placer forzoso o vegetaban en una permanente anestesia? En cualquier caso, vivían —según el cuidador me había explicado— la mitad de meses que los saltamontes libres, que sólo se apareaban durante el estío y al azar de los encuentros.

Sentí la tentación de desconectar la lámpara, pero Vera iniciaba un nuevo ataque, y de todas maneras un hombre es mucho más complejo que un saltamontes y no tiene por qué sufrir el mismo desgaste. ¿O sí?

(Afirmaba William Whiston, clérigo y matemático inglés del siglo XVIII, que en tiempos antediluvianos el cometa Venus se había aproximado mucho a la tierra y la había envuelto en ardiente abrazo. Tanto excitaba el repentino y excesivo calor a la población humana y animal de la época que, para impedir que pecasen de continuo, todos los seres vivientes —salvo los peces, «cuyas pasiones eran aparentemente menos violentas»—, fueron ahogados en un diluvio universal).

Era Gilgamesh un hombre extremadamente puritano a quien irritaba la promiscuidad de sus contemporáneos, muy aficionados a incestos, adulterios y sodomías. Varias veces les había amonestado y advertido que la furia divina caería sobre ellos. Pero el dios Marduk debía estar ocupado en las alturas, porque no les castigaba. Creyéndose intérprete de la celestial voluntad, Gilgamesh rompió los diques que retenían las aguas del río Tigris y ocasionó el diluvio.

* * *

Enseñaban mis tebeos mejicanos que los indios caminan con las puntas de los pies hacia dentro, como si no quisieran más espacio del justo, y los blancos con las puntas hacia

fuera, como corresponde a su carácter fanfarrón. Dado que te representa con el agua hasta los tobillos, tu grabado me impide apreciar esas partes terminales que tanto excitan a japoneses y chinos. En ninguna crónica de la época consta que usarais calzado; ya imagino tu talón endurecido hollando el bosque y los maizales y la playa, correteando tras venados y colibrís, vagando en busca de cangrejos o piñas o guayabas, huyendo de los gatos salvajes o danzando sobre piedras calientes. ¿Te masajeaban tus amantes los empeines, soplaban entre tus dedos alegres, lamían tus tobillos polvorientos cuando volvías de una larga caminata o de jugar a pelota? ¿Te gustaba llevar sartas de caracoles sobre los maléolos? ¿Te pintabas las uñas según el color de tu ánimo? ¿Fumabas? Sé que alguien de tu tribu —bien pudo ser la misma persona— inventó el cigarrillo de tabaco y el *guesquel*, esa pequeña corona de pestañas de ciervo que, atada al glande de los varones, aumentaba el placer femenino. Ningún no fumador, asegura el artículo sobre humo y virilidad que estoy leyendo, tiene un índice viril débil. Yo tampoco fumo. Veo el dibujo de un *guesquel*: lleva bramante tricolor y una ristra de conchas para que los testículos tintineen durante el coito como campanillas; eso excitaba al hombre, dicen, pero debía resultar molesto que de noche, cuando uno estaba cómodamente instalado en su buhío e intentaba dormir, sonara en los pabellones contiguos la llamada a rebato.

¿También usaban conchas los sodomitas? Escribe Oviedo, mi principal informador: «Entre los indios es muy común el pecado nefando contra natura, y públicamente los que son señores y principales y en esto pecan tienen mozos con quienes usan este maldito pecado; y los tales mozos pacientes, así como caen en esta culpa luego se ponen enaguas, como mujeres, que son unas mantas cortas de algodón con que algunas indias andan cubiertas desde la cintura hasta las rodillas, y se colocan sartales y puñetas de cuentas y las otras cosas que por arreo usan las mujeres, y no se afanan en el uso de las armas, ni hacen cosa que los hombres ejerciten, sino luego se ocupan en el servicio común de las casas, así como barrer y fregar… Llaman en aquella

lengua a esos tales pacientes *camayoa*; y así, entre ellos, cuando un indio a otro quiere injuriar o decirle por vituperio que es un afeminado y para poco, le llama *camayoa*».

De no temer las murmuraciones, muchos hombres llevaríamos enaguas en verano. ¿Cómo conservar, si no, los testículos frescos? Recuerdo vagamente una película donde Marilyn guardaba en una nevera su ropa interior. ¿Quién heredaría sus prendas congeladas? ¿Existen todavía, preservadas por el frío como los viejos mamuts? ¿Fue Marilyn embalsamada: desecada, vaciada, cosida, recortada, grapada, desinfectada, recalentada y helada? ¿Queda en su nicho algún vestigio de la antigua tersura? ¿Es todavía la reina sensual del osario? El hombre que veo en el espejo peina algunas canas y tiene arrugas entre los ojos. Mientras le miro, sus mandíbulas parecen fijarse, sus miembros se templan y, como en pleno *rigor mortis*, vierte un chorro de fluido seminal. Anacaona, ¿estás ahí aún?

¿Siento más placer cuando, al iniciarse los estremecimientos prostéticos, contemplo su cuerpo o cuando me concentro en el mío? ¿Debo cerrar los ojos mientras eyaculo? ¿Es preferible que deje de moverme? ¿He de inventar otro paisaje, otra mujer, otro yo? ¿Me convendría poner la mente en blanco? ¿La pone ella? ¿Hay mentes en blanco? ¿Hay mentes?

Se acordaba de unas bragas de punto que había tenido siendo niña. Le llegaban hasta la cintura y con el uso se habían ensanchado y la goma había perdido elasticidad, de modo que se caían continuamente y tenía que subírselas; al hacerlo se le sensibilizaba la entrepierna y entonces se las levantaba aunque no se le cayeran, sólo para producir la sensación placentera, y así se corría. En otra ocasión se hizo en unas bragas un corte longitudinal que coincidía con el sexo y se excitaba a sí misma creyéndose disoluta por ir de

ese modo sin que nadie lo supiera. El calor estival no sólo acentuaba los olores de las flores, sino también los aromas de su región genital, que emanaban como de un pebetero cuando separaba las piernas bajo la falda y la grieta se abría; era mucho más incitante que no usar braga alguna. Y ya de mayor, cuando su deseo se propagaba instantáneamente, como un punto de fuego, se compró otras que por detrás sólo llevaban una cinta entre las nalgas, un meridiano negro entre dos hemisferios, y gozaba de una nueva clase de sensación cuando, al andar, el esfínter anal se le irritaba y disfrutaba en el prurito como esos monos prisioneros que, faltos de estímulos externos, se complacen en rascar con uñas harapientas su gran culo rosado y brillante. Bragas desechables de papel, prácticas como pañales, o comestibles de diversos sabores, mora y zarzamora, fresa y frambuesa, que un amateur de *gibier faisandé* o un aficionado a la urolagnia ingerirán como fieras antes de encerrarse dócilmente en mi jaula vaginal. Dulce placer ser carcomida entre los borbotones orgásmicos por un antropófago, rara coquetería variar el sabor como un perfume. Devorarlas también antes de masturbarme, o después, repasando los arroyuelos de la lubricación. Y esas otras —obras maestras del mecanoerotismo— provistas de un vibrador que se adentra, carga sus baterías al moverse y reacciona con furia a los fluidos íntimos, hinchándose en toda su extensión y lanzando finos chorros como *champagne* hasta que, incapaz de soportar más emociones, una se las quita y las cuelga, atirantadas de sudor, en el respaldo de la silla más próxima.

Vera tendida junto a mí, rostro pálido y piernas morenas, luciendo un sostén de gruesas cadenas doradas —nueva prenda para llevar en casa— y vellón al aire, nuestras rodillas rozándose. Se vuelve despacio y me besa en el rostro y en cada beso se lleva miles de átomos y los integra a la mucosa de sus blandos labios, y luego chupa alrededor de las venas del cuello y continúa descendiendo. Ahora vigila las expansiones y latidos de

mi verga y nota dentro de sí una oleada de calor. Amor, deseo y… hambre.

Sus ojos se tornan más brillantes y duros. ¿Va a morderme? El miedo hace que me incorpore y la acueste a mi lado. Ríe y se debate, me toma de las muñecas e intenta volver a colocarse encima. Mantenemos una ficción de lucha, que nos excita. Aplasto su boca contra la mía y ambos rostros corren juntos mientras ella grita como un pájaro y rocío su regazo con suaves lametones.

Bajo el sostén de cadenas doradas, el torso de Vera aparece cubierto de contusiones, como si alguien la hubiera flagelado.

Tres dioses amigos, Thor, Tialfi y Loke, se dirigieron en busca de aventuras hacia Utgard, la patria de los gigantes escandinavos. Llevaban muchos días viajando cuando, ya de noche, divisaron una casa con puerta de doble jamba, musgosa y entreabierta. Traspusieron el umbral, se acomodaron en el vestíbulo y quedaron inmediatamente dormidos, a pesar del fuerte olor y la pantanosa humedad del lugar. A la mañana siguiente se despertaron entre paredes nacaradas y pliegues velludos. Lo que habían confundido con una casa era la vulva de una mujer enorme, acostada en el suelo. Al verles, la giganta se incorporó: tal alta era que para atisbar el final de su cabellera había que estirar el cuello y retrasar la cabeza. «¿Queréis que os muestre el camino de mi país?», les preguntó, y, como accedieran, hizo de guía para ellos.

Por la puerta de Utgard, que rozaba el cielo, se adentraron en el jardín de los gigantes. Recibieron éstos afablemente a los tres amigos, y les invitaron a presenciar los juegos sexuales que estaban celebrando, y a tomar parte.

A Thor le condujeron ante una joven de gran estatura y le propusieron que hiciese el amor con ella, advirtiéndole que entre los gigantes era costumbre aflojar el virote hasta que el semen, hallándose la mujer tendida, desbordase. Quince veces eyaculó el dios del trueno antes de que se le agotaran

las reservas, pero su esperma no desbordó.

—Sois criaturas pobres y débiles —le dijeron los gigantes compasivamente—. Ni siquiera podríais desvirgar a esta doncella de rojas trenzas.

Tialfi, dios del trabajo, enlazó a la muchacha y la embistió repetidas veces con su ariete, pero la membrana no se rompía. Avergonzado y con gesto de dolor, retiró el magullado instrumento.

—¡Vaya! ¿Y os creéis héroes? —se burlaron a coro los gigantes—. Mirad a aquella mujer. ¿Podría darle placer alguno de vosotros?

Loke, el alegre dios de las llamas, hundió su tea en la chimenea de la aludida, que era muy hermosa, pero no logró contagiarle el fuego.

—No siento nada —dijo ella.

Al salir de Utgard, la giganta que les había servido de guía les acompañó un trecho. Thor y sus amigos andaban tristes y cabizbajos.

—Al fin habéis sido vencidos —comentó la giganta—. Pero no os avergoncéis de la derrota, que sólo fue una ilusión de vuestros sentidos. La mujer que tú, Thor, intentaste llenar con tu semen era un inmenso valle abierto entre altas montañas, y sin embargo trazaste en él un río; si hubieras logrado tu propósito, los pobladores del valle se habrían ahogado. El himen que tú, Tialfi, te empeñaste en rasgar era la rocosa superficie de un monte, y no obstante abriste en él una cueva profunda; si lo hubieras atravesado de lado a lado se habría producido un derrumbe, y los pueblos de la llanura habrían quedado sepultados. Y, por último, la mujer a la que tú, Loke, quisiste satisfacer era la tierra misma; si de verdad la hubieras hecho gozar, se habría conmovido y resquebrajado hasta las entrañas y todos los hombres habrían caído a alguna sima; y, empero…, mira el humo que desprende aquel volcán. ¡Es consecuencia de tu fogosidad!

Dicho esto, la giganta desapareció, pero su voz continuó sonando:

—¡Será mejor que no volváis a Utgard!

* * *

Obsesionados por lograr la erección permanente, los Fulani de Nigeria disputaban, en el curso de reuniones masculinas, concursos de verticalidad prolongada, durante los cuales estaba prohibido acariciar a otro o tocarse el mango; el poder de la imaginación debía mantener rigidez y turgencia. La erección de los jóvenes era más pronunciada pero más distraída, y a veces eyaculaban precozmente. En cambio, los viejos suplían la debilidad de su órgano con la vastedad de su experiencia. Pasado cierto tiempo, el espectáculo de tantos monolitos erectos se convertía en estímulo suficiente, y lo que había empezado como una exhibición de virilidad adquiría un carácter inequívocamente homosexual. No era extraño que, finalizado el concurso, desfogasen su tensión en parejas.

Afianzaron algunos sus relaciones azarosas, y así se instituyeron los matrimonios entre hombres y muchachos. Si un muchacho era una buena esposa para su marido, se pagaban diez lanzas por él, y veinte si, además, parecía una joven.

Cuando guerreaban, los hombres se llevaban a sus muchachos con ellos, pero no se arriesgaban a perderles en los combates: los dejaban en un campamento próximo al campo de batalla. Y los muchachos hacían comidas para cuando sus maridos regresasen de la lucha, y los maridos volvían y se alimentaban y luego contaban a sus muchachos-esposas las peripecias bélicas, pero, si perecían, sus muchachos lloraban y se arrojaban al suelo y se arrancaban las pestañas como mujeres desesperadas.

* * *

¿Queda algo de ti en el aire o en el agua? ¿Una partícula, un átomo no destripado por los físicos, incluso una molécula? ¿Existe un método para distinguir esas reliquias tuyas o he de guiarme por la intuición? Escucha atentamente: alguien ha

calculado que cada persona de mi época inhala, en cada aspiración, unas doce moléculas del aire expulsado por Julio César hace poco más de dos mil años, cuando, moribundo, pronunció su célebre frase: *Tu quoque, fili?* ¿Sabes cuántas moléculas integraban tu cuerpo resplandeciente? Aspiro y te hundes en mis pulmones, bebo y te trago.

Hace tiempo pasé en una ciudad inglesa dos dilatados meses de verano. Frente a la sosegada pensión donde me hospedaba, en las afueras de la ciudad, se extendía un amplio parque salpicado de pistas de tenis. Rara era la tarde en que, después de cenar, no saliese a contemplar, sentado en un banco, las evoluciones de los jugadores sobre la hierba mal cortada. Fue allí donde conocí a un joven extrovertido de largas patillas y andar hamacado, de quien me atraían la confusa jovialidad y la permanente sonrisa. No recuerdo cómo se inició nuestra breve amistad ni qué juicios intercambiábamos mirando el juego mientras el sol declinaba y alteraba el verdor de las pistas. Sospechosamente, mi memoria tampoco ha registrado cuántos amables atardeceres precedieron a aquél en que me invitó a cenar en su casa. Bebimos mucho y sin discriminación, primero en un *pub* y luego en su piso de soltero. Bailoteaba él con envidiable agilidad, al son de una música trepidante, a bajo volumen. Danzaba y continuábamos bebiendo y charlando, pero ¿de qué?, y yo me sentía progresivamente ebrio y cansado. Como la pensión quedaba lejos, acepté agradecido su invitación para dormir allí. Podía descansar en un sofá, pero insistió en que compartiera su cama; parecía impaciente. En el confuso dormitorio, la ropa se acumulaba sobre los muebles y en el suelo. Me acosté y mi amigo apagó la luz. Me preguntó si estaba arriba o debajo de la sábana. «Debajo», respondí, «¿por qué?», y se acostó y me rozó con un codo primero y después con una pierna. Esta cauta aproximación bastó para hacerme incorporar y saltar de la cama. Encendió la luz. Sólo quería poner eso —se quejó indicando mis partes— aquí —señaló su boca y me observó con reposada e insólita tristeza —. Comencé a vestirme. Tan mareado estaba que no conseguía atarme los cordones de los zapatos; mi amigo me

ayudó. Ignoro los motivos exactos que me impulsaron a contarle en aquella circunstancia mi malograda relación con L.; quizá la estaba usando como excusa. Se me quebró la voz cuando divagaba, y debió intuir que estaba cediendo, porque exclamó: «Oh, J., ¿por qué no pruebas una vez?». Me fijé entonces —había discurseado sin mirarle— en que sostenía el pene tenso y lo agitaba con ojos entreabiertos. Me emocionaba su deseo, pero le di cobardemente la espalda y abrí varias puertas antes de alcanzar, obeso tarambana, la calle oscura. Al día siguiente, encontrados sentimientos me indujeron a cambiar de pensión y evitar el parque.

Anacaona, ¿rechazarías tú mis moléculas?

* * *

Íbamos al parque de los Viveros y nos besábamos en los rincones hasta el día en que un alevoso guardián nos sorprendió; pasé mucha vergüenza y tuvimos que pagar una multa: quince pesetas en el año 64. Nos acariciábamos y en la playa o el pinar de El Saler nos masturbábamos mutuamente, pero le impedía entrar para no incurrir en nuevos riesgos. Apenas me importaba, porque disfrutaba más que con mi primer amante. Era él quien necesitaba la penetración, y de ahí que rondase una vieja tienda de preservativos llamada La Oriental, sin decidirse a entrar y yo tampoco, que lo consideraba asunto suyo.

Recuerdo cuando me llevó por primera vez al piso que nos prestaba un amigo. Era un día de fallas: la gente llenaba las calles y parecía embrutecida por la permisividad pasajera, el ruido constante y el propio roce. Decidido a no perderse la oportunidad, mi amante hizo acopio de valor y entró en La Oriental; yo le miraba desde fuera. Le atendió una mujer de avanzada edad y aspecto muy dulce, que parecía hacer calceta tras el mostrador. No conozco el diálogo preciso; mi amante regresó con una caja que contenía más de cincuenta preservativos —aseguró muy ufano que pronto los habríamos gastado— y el conocimiento de dos chascarrillos: «Condones

Torero para una buena corrida» y «Condones Gaviota, no se pierde ni una gota».

Llegamos al piso. Nunca nos habíamos acostado antes en una misma cama. Estaba tan nervioso que no acertaba a ponerse el preservativo. Cuando me hizo el amor sentí un placer difuso, nada excepcional, y él me contó luego que había eyaculado casi sin darse cuenta.

Esa noche cenamos en la calle y bebimos abundantemente. Ya estábamos algo borrachos cuando comenzaron los fuegos artificiales: trepaban los colores en delgados hilos y se esparcían en la noche como surtidores de esperma; ríos de ceniza descendían temblorosamente y se desintegraban sobre la fascinada multitud de *froteurs*.

Era muy tarde cuando, excitados por el confuso fragor, los empujones y el delirio cromático, regresamos al piso. Nos desnudamos a oscuras. El anuncio luminoso de una compañía de seguros, instalada en el edificio de en frente, barría la cama a intervalos como un faro indiscreto. Pensé ociosamente, al acostarme, que el alarde de pirotecnia al que habíamos asistido se prolongaba en el dormitorio. Teñidos de fluctuantes tatuajes, nuestros cuerpos se desdoblaron o aparecieron detenidos, inmóviles, en secuencias incompletas, repetitivas, intercambiando caricias ardientes pero de estatua. Al aumentar la tensión dejé de percibir pulsaciones de luz: el estímulo negro de la habitación y el rojiblanco del anuncio se sucedían con tal rapidez que lo rojiblanco permanecía y se derramaba en lo negro, produciendo un color uniforme e irrepetible que era el color de mi mente. Y llegó el orgasmo —mi primer auténtico orgasmo con un pene dentro—: intensos puntos luminosos titilaron y estallaron como luciérnagas bajo mis párpados. Poco después volvieron las pulsaciones uniformes y rítmicas. Por altibajos, así funciona el sexo.

Mi memoria retiene con cariño el recuerdo de aquel chico, a quien luego perdí porque sus padres se mudaron a otra ciudad, y de aquel acto casi visual, espléndido como un arco iris. Todavía hoy, algunos anuncios luminosos estimulan poderosamente mis secreciones.

Dijo ella que el ambiente originaba el deseo y yo que éste nacía en nuestros cuerpos y no fuera. Entonces ella argumentó que a veces no se sentía dispuesta pero se acaloraba al notar mi interés, y yo repliqué que eso no hubiera sido posible con un nivel hormonal bajo, pero ella lo veía de otro modo, y así discutíamos, aunque un ambiente grato siempre ayuda, y por eso buscábamos una composición musical que subrayara los gestos y caricias de nuestras cópulas o siguiese el *tempo* de los orgasmos. Había músicas fisiológicas, como los *blues*, que solían ser demasiado breves para nuestras intenciones, y otras de sensualidad delirante pero excesivamente frenética. Así que íbamos probando. Recuerdo la risa que nos acometió cuando intentamos ayuntarnos a los solemnes compases de la *Finlandia* de Sibelius. Aunque parecía especialmente compuesto para acompañar la fricción coital, no supimos aprovechar el *Bolero* de Ravel: la implacable monotonía de la pieza no me ayudaba a conocerla, y siempre creía estar cerca del final cuando, tras la culminación de Vera, llegaba mi turno; obsesionado por acabar a tiempo, raramente lo conseguía. Nunca distinguí con certeza las veinte repeticiones del tema principal.

Finalmente escogimos el *ballet Daphnis y Chloé*, también de Ravel, que contiene sonidos inarticulados muy sugestivos. Cuando dichos sonidos se iniciaban, Vera aferraba mis nalgas, la pelvis basculada hacia delante y hacia arriba, la espalda enarcada, y efectuaba algunos movimientos circulares de delectación gratuita antes del espasmo final, que solía señalar el principio de mi carrera. Coreado por tantos gemidos y mugidos, proyectaba el sexo y me zambullía. Ser testigo y oyente de otros orgasmos me consolaba de la relativa brevedad del mío.

Incluso con *Daphnis y Chloé* tuvimos algunos fallos hasta que a Vera se le ocurrió escuchar el disco, que era de treinta y tres revoluciones por minuto, a dieciséis. No sólo no se resintió nuestro fervor musical por ello, sino que aumentó considerablemente.



Algunas mujeres hacen un secreto y un enigma de todo. Algunos hombres exigen estas ficciones; otros simulan detestarlas, pero también las buscan. Condenados a ignorar la cualidad del placer erótico de las mujeres, los malestares de la menstruación y los dolores del parto, llaman misterio a lo que desconocen, y así halagan su vanidad y su pereza. Algunas mujeres que hacen un secreto de todo han sido educadas para temer la pérdida del amor: les asusta no ser deseadas por los hombres que exigen ficciones y por los que simulan detestarlas. Hay otras mujeres que hacen un secreto de todo porque son un misterio para sí mismas: sufren su destino fisiológico como una historia extraña, se sienten enajenadas en su cuerpo, fluctúan de acuerdo con el ciclo. Algunos hombres son también un misterio para sí mismos: ignoran qué son hasta que hacen algo, y algunos ni siquiera lo saben entonces. Ningún hombre sospecha que los hombres constituyen un misterio para las mujeres, porque ninguna mujer exige esa ficción. Algunos hombres hacen un secreto y un enigma de todo.

* * *

Querido hermano:

Llovió durante toda la noche: gotas finas y persistentes

que al incidir en la terraza estallaban como burbujas y me brindaban ecos olvidados. Dibujé una niña en el vaho de la ventana del dormitorio, una figura que resucitaba a través de capas de tiempo; la humedad se condensó en las líneas y de los ojos y de la nariz resbalaron gotas, como si la niña llorase. Recordé las clases de religión del colegio, donde el sacerdote hablaba con rara delectación sobre polvo, gusanos y almas resurrectas. En aquellas clases descubrí la angustia, la hostilidad y la intolerancia. Tuve que asimilar la aparente contradicción de que los tres seres más queridos para mí —los papás y tú— ignorasen deliberadamente los preceptos de la ley divina, y mentí por vosotros repetidas veces cuando, los lunes, el sacerdote preguntaba a cada alumno si el día anterior había ido a la iglesia, y anotaba las respuestas en un cuadernillo pardo; algo debió sospechar porque quiso saber a qué parroquia pertenecía y, como no supe qué decir, me obligó a copiar el catecismo entero. Y me acordé también de cuando fuiste a recogerme al colegio y me pediste que mirara las fotografías enmarcadas de José Antonio y Franco, que presidían, a izquierda y derecha del crucifijo, una de las paredes del vestíbulo. «¿Sabes por qué están ahí?», me interrogaste. Muchas veces había contemplado la expresión hipócrita de uno, los delgados labios, y la exaltada vanidad del otro, sus ojos mortecinos. Los encontraba antipáticos y vagamente temibles, pero no era yo quien los había colgado de la pared, sino los adultos, y aquellos rostros estaban en todas partes, incluso en casas particulares, y aparecían en la prensa y en los noticiarios cinematográficos y sus nombres eran vitoreados en la radio. Así que preferí callarme. Luego, mientras paseábamos por la Alameda espantando avispas, me hablaste de la guerra civil. «Aún tenemos miedo», me dijiste. No podía creer que tú, casi un adulto ya, sintieras miedo por algo ocurrido antes de que nacieses. Los papás, vencidos. Me costaba creerlo, identificarme con la derrota, aceptar el triunfo del mal.

Cuando releo algunos episodios de la tragedia india, levanto la cabeza como para tomar aliento y me sorprendo evocando tus relatos crueles.

Cuentan los cronistas: «Eran los salvajes cautelosos y astutos en su modo de retirarse; pisaban los unos sobre las huellas de los otros, de modo que veinte no dejaban más señal que uno; y tan ligeramente que apenas movían la hierba; pero había españoles tan diestros en cazar indios, que hallaban su rastro hasta en la posición de una hoja seca y entre las pistas de mil diversos animales. También olían desde lejos el humo del fuego que hacían los indios cuando se detenían, y así localizaban sus más secretos asilos. A veces, si cogían un solo indio, le obligaban con tormento a revelar el lugar donde estaban sus compañeros; le ataban después por el cuello, y le hacían servir de guía. Cuando descubrían uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, las mujeres y los niños, les daban despiadada muerte».

Tan atroces fueron las fatigas y padecimientos impuestos a aquella raza débil y pacífica, que desapareció de la faz de la tierra.

Sólo en la provincia de Granada, me asegurabas con repetida certidumbre, los franquistas habían ejecutado a veinticinco mil personas.

«Todas estas cosas observaron mis ojos», afirmaba indignado Las Casas, «y otras repugnantes a la naturaleza humana; y ahora casi temo repetirlas, apenas creyéndome a mí mismo, y dudando si habrán sido sueños».

¿Por qué si detestabas la crueldad, la incluías a menudo en tus historias?

He visto fotografías de las vigilantes de Auschwitz, pero quiero creer que las mujeres, cuando no se nos trastorna o anula, somos más amables, bondadosas, comprensivas y solidarias que los hombres. Al menos en sociedades que, como la nuestra, premian en los hombres la agresividad y la rudeza. Ya te imagino sonriendo y acusándome de simplificar demasiado.

Pero tú eres distinto, tienes que serlo.

La lluvia me impidió dormir. Por la mañana había cesado y el sol titilaba en los charcos. Parecía como si el invierno se fuera, y eso que el año no ha acabado. Salí a pasear. Me

acerqué a los chalets, pero tenían las persianas echadas y no vi gente; seguramente mis vecinos se levantan tarde. Iba recorriendo un camino asfaltado, acompañada del tenso silbido de los pájaros, cuando percibí en el suelo unos trazos borrosos, rectos y blancuzcos. Me estremecí: un placer delicioso me invadía y aislaba. Surgió el recuerdo: esas líneas eran las que tú dibujaste un verano de hace seis o siete años, con tiza primero y luego con pintura de esmalte, para enseñarme a jugar al tenis; el espacio entre los dos segmentos centrales reemplazaba a la red. Tan pronto reconocí las líneas, tu imagen vino a ajustarse al escenario. Te tuve en frente, vestido de pantalón corto y enarbolando una raqueta combada; y contigo regresaron tu solemnidad y tu paciencia y tus palabras de ánimo, y tus carreras para recoger las pelotas que lanzaba lejos y que frecuentemente caían a los lados, entre los matorrales, y tu risa nerviosa cuando fallabas un golpe, e incluso la evocación de otros paseos, los que emprendíamos, cogidos de la mano y con las raquetas y el bote de pelotas bajo el brazo, cuando nos cansábamos de jugar o se hacía demasiado oscuro.

Otra noche. Desde la terraza, el escenario de la Cala sugiere algo mágico, bañado por una luna grande y brillante, implacable como un enorme foco. Creí verte en el mar espectral, estirando un brazo sobre las olas. ¿Saludabas o me pedías auxilio? También yo dudo si fue un sueño.

* * *

Años después de que su mujer falleciese, mi abuelo me habló de aquella noche remota en que hizo el amor en la helada desembocadura del río San Lorenzo. Fue en 1934. Había asistido en Quebec a un congreso de la Cruz Roja y embarcado en el Empress of Ireland, un vasto transatlántico que descendía el río buscando el océano. Hacia las diez de la noche, después de cenar, casi todos los pasajeros, mi abuelo incluido, se recluyeron en sus camarotes. La niebla recogía jirones y se espesaba, dilataba la noche y retrasaba la

navegación. El único oficial que salvó la vida contó luego que, cerca ya de la desembocadura, había percibido el eco de una sirena lejana. El Empress of Ireland hizo sonar la suya; cuando el aullido se apagó, tragado por la bruma, brotó de ésta el grito amenazador y cada vez más intenso de otra mole de hierro. Las emanaciones del río les burlaban camuflando el sonido, que tan pronto parecía provenir de lo alto como se alejaba o aproximaba. En vano escrutaron la negrura: ni siquiera distinguían la cubierta de proa. Repentinamente avistaron a estribor la luz de proa de un buque de gran porte, pero ya era tarde para evitar la colisión: un golpe seco, de acero contra acero, y el Empress of Ireland se estremeció desde la cofa de los palos hasta el fondo de la sentina. Tras rasgar el costado del transatlántico como si éste fuera de seda tensa, el buque asaltante prosiguió su camino, convencido de que los daños carecían de importancia. Y el Empress of Ireland se inclinó aparatosamente en la oscuridad: el agua inundó la sala de máquinas e hizo estallar las calderas. La sacudida arrojó a mi abuelo del lecho; al incorporarse descubrió que la luz fallaba. Abrió la puerta a tientas y buscó el camino de cubierta, esquivando las oleadas que barrían los pasillos.

De nada sirvió que intentaran arriar los botes: la inclinación del transatlántico era muy acentuada y costaba sostenerse en cubierta. Mi abuelo cayó al agua espumosa. Treinta y cinco años más tarde me contaría que le había parecido hundirse en una sima de hielo. De regreso a la superficie, nadó apresuradamente. La niebla le impedía distinguir la costa y creía hallarse en alta mar. Un profundo silencio sustituyó a los gritos procedentes del barco. Volvió la cabeza y procuró escuchar. El Empress of Ireland ya estaría hundido; claro que mi abuelo no podía haberse alejado mucho, pero sí lo suficiente como para no dejarse succionar por el torbellino. Le castañeteaban los dientes —me dijo que nunca había sentido tanto frío— cuando tropezó con algunos restos: pedazos de lona, tablas, y dos barriles unidos entre sí, flotando como una balsa. Al rozar algo más blando entre los barriles, seguramente un pie, sonó un débil gemido.

Sorprendido y desconcertado, retiró la mano e hizo algunas preguntas. El otro náufrago, que apenas estaba consciente, no le respondió, y mi abuelo se decidió a palparlo de nuevo y acabó encaramándose sobre él y frotándole todo el cuerpo, para reanimarle. Descubrió así que era una mujer y que estaba atada contra las duelas.

No se oía otra cosa que el deslizamiento del agua en los costados de los toneles y los jadeos de mi abuelo, esforzándose en salvar una vida; y algo más, porque de pronto había notado una sensación de absoluto vacío en el mismísimo centro de su persona, en sus genitales, e intentaba descongelarlos por fricción. Alzó la mojada falda y frotó pubis contra pubis, ayudado por el vaivén de los barriles sobre las olas. Fue disipándose la niebla y comenzó a llover, y el suave y continuo murmullo con que ríos y mares reciben los aguaceros se alzó en la noche. Era una lluvia densa, helada como nieve derretida, pero mi abuelo temía la congelación más que la muerte, y no cejaba. Finalmente, la ramita prendió. Tuvo una erección recelosa hasta que se le asentaron los nervios y pudo introducirse en la mujer. Se juntaron sus rostros y la besó. No quería eyacular sino permanecer dentro, ajustado en el fogón de la vagina, todo el tiempo posible. Pero ella murmuró algo —un nombre francés, suponía mi abuelo: tal vez el de la persona que la había atado para salvarla— y reaccionó con movimientos furiosos, como si tuviera la premonición de estar protagonizando la última cópula de su vida. Se sucedieron los paroxismos hasta que todo su cuerpo se crispó y enarcó. En ese preciso instante descargó mi abuelo. Pero no decayó enteramente, y ella le retuvo toda la noche dentro de sí. Al menos sus genitales estaban calientes.

Había cesado de llover cuando les localizaron con los reflectores. La mujer estaba muerta —mi abuelo ignoraba desde cuándo—, y en su rostro casi transparente aleteaba una sonrisa.

¿Verdad que es raro contarle una historia así a la propia nieta?

* * *

Solía mi abuelo deshacerse en elogios sobre la belleza de su difunta esposa y, en apoyo de sus palabras, citaba a menudo la siguiente anécdota:

Era ella algo supersticiosa y tenía más fe en el curanderismo que en la experiencia clínica de su marido. De ahí que, cuando tuvo fuertes dolores de vientre, acudiese a un anciano curandero ciego que sanaba al tacto y por partida doble: esto es, se sentaba entre dos camas, en cada una de las cuales yacía un paciente, y extendía ambos brazos al mismo tiempo, para palpar los cuerpos y así ahuyentar el mal. Estaba, pues, tecleando el tronco de otra mujer y el de mi abuela —sobre el que sus dedos se demoraban preferentemente— cuando se dirigió a esta última:

—Chiquita —le dijo—, ¡cómo siento no verte! ¿Y a ti te deja tu marido venir sola?

Aunque, como ya he dicho, se enorgullecía de su esposa, mi abuelo le era frecuentemente infiel; le habían nombrado médico de un teatro y ese cargo justificaba sus escapadas nocturnas.

Dijo que iba a una representación del gran Fregoli, aquel hábil prestidigitador del primer tercio del siglo, y no regresó hasta la madrugada. Mi abuela, que le había aguardado en la cama, le observó mientras se desnudaba.

—¡Pero, R.! —gritó de pronto, perpleja—. Si no llevas calzoncillos… ¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada —respondió indignado mi abuelo—. ¡Habrá sido Fregoli!

* * *

Querido hermano:

Esta mañana tomé el último baño de diciembre. Encontré el mar helado y muy espumoso. Al abandonar el agua sentía un frío intenso en la nuca. Me sequé vigorosamente, pero el frío tardó en irse. Ahora me duele la cabeza y de vez en

cuando estornudo. Seguramente no es el mejor momento para escribirte, porque en todos mis pensamientos hay una nota trágica: me vuelvo vieja, ni siquiera me considero ya una mujer joven, incluso la Cala me parece un lugar triste. Así que no me hagas mucho caso.

(Hermano, sé que te encuentras cerca y que vivo contigo y que escribo para ti. Sólo a ti pertenezco, como tú me perteneces, y aunque te ahogaras y yo me mueva y respire, estoy tan muerta como tú. A veces pienso que ni siquiera la historia de los indios me importa. En esta casa, tú eres la única presencia real).

Acabo de registrar tu cuarto. ¿Me perdonas? Necesitaba saber qué había en él, abrir tus libros, reconocer tu ropa, acostarme en tu cama, en la huella de tu cuerpo, e identificarme contigo. No negaré que algunos hallazgos me han sorprendido, aunque ya sabía de tus fetichismos. Por algo me desaparecían las bragas. He descubierto, mezcladas con tus bañadores, tres que creo reconocer. Y un par de zapatos de mujer completamente nuevos. Me vienen algo grandes y son demasiado altos para mi gusto, pero cuando llegue la primavera me los pondré e imaginaré que me los regalaste. ¿De verdad te emocionan esas tiritas que barran el empeine y ciñen el tobillo? ¿Reaccionan todos los hombres a los mismos estímulos? Ya me explicaste hace tiempo lo de la ropa interior negra. Lo recuerdo muy bien: dijiste solemnemente que evoca a la mujer exótica y la epidermis de las africanas. No sospechabas que ya intuía tus devaneos con mis bragas.

No te reprocho nada. Sigo pensando que, en muchos aspectos, eres distinto a los demás hombres.

También he encontrado, entre carpetas de apuntes matemáticos, tu «infierno» particular: copias de dibujos eróticos clásicos y fotografías de revistas. Y lo más interesante para mí: tus cuentos. No sé por qué, nunca pensaba en ellos, aunque conocía tu afición nocturna. Los he cogido todos y, satisfecha con mi botín, he regresado al salón para hojearlos. Leyendo algunos ha pasado la tarde. Luego he intentado ordenarlos cronológicamente, colocando los que no llevan fecha junto a los de tema o estilo análogos. Te

reconozco en muchos de tus relatos: los bíblicos, la parodia de *Bouvard y Pécuchet*, la historia de los marineros de Cook en Tahití, la de Diógenes masturbándose en el Ágora de Atenas, la de Sade y los bombones de cantárida.

Me hallaba absorta en la lectura cuando las cabezas del reloj cucú han comenzado a besarse. He saltado de la silla, he detenido la péndola, he descolgado las pesas. Eran las doce. Espantado de su soledad, mi corazón late con fuerza.

Le conté que la historia trataba esencialmente de un hombre que inventaba una hermana que se refugiaba en un apartamento de una cala perdida y le escribía desde allí, y luego el componente femenino ganaba terreno y se travestizaba, y ya no sabía quién era, si la hermana que le escribía cartas o el hermano que se inventaba una hermana que le escribía, pero ya no podía ser el hermano porque éste se había ahogado en el mar, así que seguramente era ella y por eso no recibía las cartas.

Vera afirmó que yo no sabía qué pensaban las mujeres ni qué sentían, y que jamás podría transmitir algo de lo que es una mujer, su peculiar manera de ver el mundo.

—Tú crees —añadió— que basta con trastocar posiciones. «Si yo fuera una mujer…», piensas, y después te planteas la variante: «Si yo fuera una mujer promiscua…». Es ridículo.

—Toma —dije tendiéndole un bolígrafo—. Cuenta lo que sienten las mujeres, cuenta lo que tú sientes.

Nos miramos con enojo. Dio media vuelta, abrió la puerta y se fue. Oí que entraba en su casa.

Esa noche no dormimos juntos.

Se fue y me dejó sola, pero no por mucho tiempo. Tenía tantas ansias de libertad y de nuevas sensaciones y el aprendizaje del sexo me parecía tan difícil y el amor tan fácil que gozaba yendo de un hombre a otro y conociéndoles y conociéndome en sus cuerpos. Cada vez era enteramente

distinta a las anteriores y siempre significaba algo; quizá sólo durante un día o dos meses o quince minutos, pero siempre significaba algo en cada ocasión. Dejaba que me imaginaran según sus deseos y veía cómo me soñaban e intentaba realizar esos sueños. Temía defraudarme si les defraudaba: necesitaba satisfacer a todos, ser la actriz apropiada para cualquier papel. Si me deseaban ingenua, reunía cuanto podía saber sobre ingenuidad y me lo apropiaba. Con idéntica disposición construía mi perversidad. Era como un baile, adivinar lo que buscaban en mí y sincronizar los movimientos.

(Una estatuilla de arcilla, modelándose según la ropa y el clima y el cuerpo que amaba. Mientras el barro permaneciese húmedo, los demás la transformarían a su gusto. Al perder humedad, la estatuilla se endurecía progresivamente, pero quedaba frágil y quebradiza y en su superficie se abrían fisuras por donde la locura se filtraba. Sólo el fuego podía fortalecerla. Por eso iba de combustión en combustión, aventando las llamas como una apasionada pirómana, provocando incendios que ella misma apagaba, buscando entre las cenizas el último rescoldo, rabiando cuando nada restaba por quemar y debía buscar nuevos ardores, arrimándose a las brasas ajenas, hurtándolas de los muslos y llevándolas a los ojos de otro o a la inocencia de un tercero; fénix errante que rabiaba contra mi frialdad y no podía descansar ni dormir porque necesitaba derretir todos los hielos).

Hubo días en que fui apresuradamente de un amante a otro, como una abeja inquieta con polen en las patas. Qué poderosos son los perfumes de la carne, con qué afán aspiraba cada momento de placer, con qué regocijo absorbía a mis amantes y los aleaba, fundía sus simientes diferenciadas y a veces irreconciliables —porque algunos se conocían y se odiaban— en mi crisol privado, y encadenaba papeles y actos en una sola comedia, imaginando que con todos sus cuerpos componía el mosaico de un amante perfecto, variado e incansable.

* * *

Al principio fingía que me quedaba a dormir en casa de una amiga; luego se dieron cuenta y mi padre quiso obligarme a volver a casa antes de las diez de la noche, pero amplió repentinamente su margen de tolerancia cuando supo que le había visto arrullando a una joven en un café; la pronta aceptación del pequeño chantaje me desilusionó un poco. Con mi madre nunca tuve problemas; no me alentaba, pero algo, sospecho que su experiencia personal, le impedía reprobar claramente mis pecaminosas vigilias.

El ejercicio del amor y el conocimiento de mí misma eran lo primero; eso me diferenciaba de otros jóvenes de mi edad, más comprometidos con las ideologías, más conscientes de sus represiones —hablar de represión en mi caso se presta a equívocos—, quizá culturalmente más inquietos. Con ellos me reunía en una taberna decorada con grandes y sonrientes fotos de Marilyn; allí fumábamos y bebíamos y charlábamos y escuchábamos canciones de protesta. Pretendíamos cambiar el mundo y el mundo estaba cambiándonos.

Entre aquellos amigos, mi versátil memoria selecciona al azar. Había uno muy sensible, que sufría por todo, y tenía expresión de iluminado. Me gustaba cómo se demoraba acariciando: puro éxtasis. Parecía controlarse a la perfección mientras usábamos preservativos, pero cambió al enterarse de que tomaba la píldora. Empezó entonces a correrse sin presentar batalla: me veía desnuda y descargaba inmediatamente.

Conocí a otro que componía minuciosos cuentos fantásticos y en cuya barca pasábamos algunos domingos remando en la Albufera. No se decidía a tocarme y yo tampoco daba el primer paso por no decepcionarle; allá él si se empeñaba en concebirme tímida y asustadiza. Cierto día me llevó a uno de esos islotes cubiertos de tupida vegetación que hay en el lago. Nos adentramos en un estrecho canal; a medida que avanzábamos, patos de cuello verde levantaban el vuelo desde las márgenes; antes de verles, oíamos el batir de sus alas. En el centro del islote, el canal se abría en una laguna interior, balsa clara y tranquila rodeada de carrizos, juncos y eneas. Propuso mi amigo —siempre inventaba

alguna tarea elusiva— que buscáramos nidos. Así que saltamos a tierra y caminamos por el barrizal, pisando las matas para no hundirnos. Avistamos algunos huevos moteados, dos o tres en cada nido a medias oculto, y ya regresábamos cuando resbalé y caí en el fango. Mi amigo me ayudó a levantarme, y al apoyarme en él noté que respiraba violentamente. No evité su contacto, ni después cuando, ya en la barca, me quité zapatos, medias y faldas para ponerlos a secar, y se acercó impulsivamente, como si yo fuese un imán y él un pedazo de hierro —imantado amante— y me besó y manoseó. Cambiábamos de posición —unas veces yo arriba y otras él— porque el fondo de la embarcación era duro e incómodo. Con tanto vaivén, la soga que nos ataba a unos juncos se soltó y navegamos a la deriva. Giraba la piragua y se confundían cielo y lecho de madera. Al separarnos vimos que cerca de nosotros flotaba otra barca, y que su único tripulante tenía los pantalones caídos y se masturbaba de pie, mirándonos; alzó la mano libre y nos saludó solemnemente, sin mover un músculo de la cara, como los pieles rojas en sus películas, y entonces le reconocimos: a veces nos habíamos cruzado con él, en el canal de El Saler, y siempre nos había dirigido el mismo saludo hierático y silencioso. Un brote de vergüenza encendía la cara de mi amigo; ése fue el último domingo que me llevó en barca.

Y otros: aquel chico de cuello delgado que tema una nuez muy prominente; estudiaba piano y se empeñaba en practicar sobre mi cuerpo, de timbre claro y transparente, según decía, declamando vivamente todas las voces. Aseguraba que, después de acostarse conmigo, conservaba durante días la memoria táctil de nuestro acto, y que sus dedos retenían la sedosidad de algo mullido y sin huesos. Porque yo no era tan delgada como ahora.

Ese adolescente que está sentado en la mesa contigua, ¿tendrá más de quince años? Y, sin embargo, hace otro tanto que lo gocé. Ni he bebido ni estoy drogada: conozco ese cuerpo y esos ojos verdes, ese cuello y esa obsesionante prominencia de la garganta. Ahora puedo recuperarlos, como tantas pasiones que creí perdidas y que esta noche vuelven a

la vieja taberna, abierta tras larga clausura, donde hace quince años nos reuníamos y escuchábamos la misma música desgarrada. Ni siquiera las sonrientes fotos de Marilyn han cambiado: ya estaba muerta entonces.

* * *

Siempre me atrajo la pintura. Ya de pequeña arrebataba lápices y dibujaba enmarañados garabatos, como ovillos ensortijados o mechones de vello púbico. Luego trazaba repetidas siluetas concéntricas en tomo a las figuras de mis libros de texto. Mi primer óleo fue una naturaleza muerta a base de conchas de boca rasgada y paladar violáceo; hoy no me gusta. Al terminar el bachiller ingresé en la escuela de bellas artes. Quería parecerme a los *fauves* franceses, a los expresionistas alemanes o a los cubistas, pero aquellos profesores detestaban el arte más o menos reciente por motivos seguramente políticos, y me obligaron a copiar yesos y a estudiar sombras y perspectivas, como si tuvieran empeño en hacer de la pintura algo triste y reseco. «¿De dónde viene esa luz?», me preguntaron escandalizados señalando mi última acuarela, que representaba a Ulises reventando con su pica fálica el ojo medianero del cíclope. «De otro cuadro que ustedes no conocen», les dije hastiada, y me expulsaron de clase.

Participé en una exposición con otros pintores, vendí algunos cuadros y alquilé un piso cerca de la iglesia del Carmen, con una amiga. Por las noches imaginaba que el barrio se cargaba de amor y de deseo. Había mucha gente vibrando en las calles y en las tabernas. A veces la policía hacía una redada; buscaban activistas políticos, pero registraban con tanto ahínco los lugares más recónditos de los bares que era como si persiguiesen a los amantes, y besar a alguien o acostarse con él parecía un signo de rebeldía; claro que yo no lo hacía sólo por eso.

Mi amiga tenía la piel muy blanca, casi transparente, y llevaba una larga melena oleosa, cálida y almizcleña. Solía

hablar de cuestiones relacionadas con el sexo, pero nunca eran experiencias personales, sino casos que se habían presentado en la clínica donde trabajaba de enfermera. Me contó, por ejemplo, la historia de un hombre que fue a la clínica con una mano de mortero incrustada en el ano; su hijo le acompañaba y no sabía adonde mirar de tanta vergüenza. Mencionó también a una mujer a quien no encontraban el orificio de tan estrecho y borroso como lo tenía; parecía velado con telarañas. ¿Sería por el desuso? Algo así no iba a ocurrirme. Frecuentaba a muchos hombres y casi todas las noches alguno me pedía que hiciese el amor con él. Al principio los rechazaba si no eran hermosos; luego empezaron a interesarme los primeros planos de grano grueso, asimétricos, marcados por alguna cicatriz, y los cuerpos desentrenados y rotos, truncados como estatuas recién desenterradas.

Mi memoria rescata a un chico que posaba algunas tardes en la academia. Me gustaba verle desnudarse lentamente y me divertía el desenfado con que nos observaba desde la tarima, orgulloso de su instrumento y de una región dorsal tan armónica como la del partenón. Ojos verdes y labios como el sexo de una mujer. Llevaba el pelo muy corto porque estaba haciendo el servicio militar. Un día le pregunté si quería posar para mí sola y se rió y replicó que cuánto le daría. Dije una cantidad y él aceptó, pero ya en el piso me noté húmeda mientras le miraba y él tenía el miembro alzado como un cuerno, de modo que fui hacia él y nos estremecimos juntos. Después se marchó al cuartel a dormir.

Volvió a menudo. Cada vez se desvestía y posaba ante mí como si fuera a pintarle, en el más obvio estado de excitación sexual, con un fulgor de placer en el rostro y el pene temblando, hasta que yo le abordaba y encerraba entre mis labios como a un fruto aceitoso. Era cómico dar dinero por aquello, pero nunca rehusaba su paga.

Antes de penetrarme se entretenía siempre persiguiendo las líneas de mi cuerpo, amasando cada músculo como un alfarero y señalándolo con los dientes. Tomaba las partes que más le apetecían y se las acercaba a la boca o al pene. Como

la complejidad de las posturas aumentaba, le interrogué al respecto y me confesó que estaba leyendo un manual de técnicas amatorias. No lo lamenté, aunque con ello el sexo perdía espontaneidad.

Estábamos practicando la «subida al árbol» —los dos de pie, encajados los genitales, yo aferrada a su cuello y ciñéndole la cadera con los muslos, como si trepase por una palmera, y él sosteniéndome las nalgas con las manos— cuando resbalé entre sus dedos y él se deslizó entre los míos; por un momento, todo mi peso recayó en su verga. Gritó de dolor y rodamos sobre la alfombra. Ya se había salido y lloraba y pataleaba. Asustada, llamé a mi amiga. Le vestimos como pudimos y le trasladamos a la clínica. Cuando le desnudaron tenía el pene desmesuradamente hinchado y rojo, más aún que en plena erección. Nos contaron que se le había torcido la raíz, que es la parte del miembro que permanece dentro del cuerpo.

Tuvo luego que ir al hospital militar y ya no le vi más, porque ni siquiera regresó a la academia.

Aquella noche supe que mi compañera nunca llevaba amantes a casa porque era a mí a quien quería. Imaginando cuánto debía haber sufrido viéndome pasar de unos brazos a otros, la besé y hundí mi rostro en su espesa melena, que aparecía empapada de secreciones. Sus pezones se endurecían al rozarlos con los míos, al corretear entre mis piernas buscando la abertura. Nos convertimos en lenguas, dedos, carne rendida.

* * *

Samsón, pequeño sol, juez de Israel, era un desflorador de prodigiosa fuerza y potencia, que iluminaba simultáneamente el espíritu y la crica de las filisteas mientras combatía a sus hombres. Aconteció que se enamoró de una mujer llamada Dalila, y entró en ella y permaneció en su vagina mucho tiempo, porque era de las que succionan con el sexo. Y buscaron a Dalila los príncipes de los filisteos, y le dijeron:

«Engáñale y averigua en qué consiste su tremendo vigor, y cómo podríamos vencerle, y cada uno de nosotros te dará mil y cien siclos de plata». Y ella le pidió a Samsón: «Confía en mí y revélame en qué consiste tu fuerza, y cómo podrías ser atado para el tormento». Y respondiole él: «Si me anudaren vigorosamente con siete mimbres verdes que aún no estén enjutos, me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres». Y los príncipes de los filisteos le llevaron, mientras dormía, siete mimbres verdes que aún no se habían enjugado, y le ataron con ellos. Pero él los rompió como se rompe una cuerda de estopa cuando siente el fuego. Entonces Dalila dijo a Samsón: «He aquí que me has engañado con mentiras; te ruego que me descubras cómo podrían apresarte». Y él le dijo: «Si me ataren fuertemente con cuerdas nuevas, con las cuales ninguna otra cosa se haya hecho, me debilitaré y seré como cualquiera de los hombres». Y los príncipes de los filisteos tomaron cuerdas nuevas, y anudáronle con ellas, mas él las rompió como un hilo. Y aún engañó a Dalila otras siete veces. Y ella le dijo: «¿Cómo afirmas que me amas, si tu corazón no está conmigo? Ya me has burlado en nueve ocasiones, y todavía desconozco dónde reside tu gran fuerza». Y aconteció que, apremiándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia. Descubriole pues todo su corazón, y díjole: «¿Ves el vello que rodea mi pene como una melena? Si fuese rapado, mi vigor se alejaría de mí y me debilitaría como cualquier hombre». Y sabiendo Dalila que él le había contado la verdad, mandó llamar a los filisteos: «Venid, porque Samsón me ha confiado el secreto de su fortaleza». Y fueron a ella con dinero. Y Dalila hizo que él durmiese y le afeitó el vello del pubis, que era rizado y oscuro como el cabello de los negros, hasta dejarlo lampiño como la vulva de una estatua. Y el vigor se apartó de Samsón. Cayeron los filisteos sobre él, le sacaron los ojos y le llevaron a la cárcel. Pero pronto el vello comenzó a crecer. Entonces los príncipes de los filisteos se juntaron para ofrecer sacrificios a Dagón su dios. Y ocurrió que, habiéndose alegrado el corazón de ellos, dijeron: «Traed a Samsón, para que nos divierta». Y llegó el desflorador y lo

pusieron entre columnas. Y aparecieron hermosas mujeres, con blancos velos y anchos calzones verdes, adornados con glandes, y danzaron ante Samsón agitando pulseras y brazaletes, diciéndole: «¿Qué te ocurre, juez de Israel, que ya no haces girar la rueda del molino?», esto es, que ya no copulaba. Y reían moviendo flecos de perlas y rozándole con telas livianas.

Mas ocurrió que el perfume de las mujeres, el dejo axilar mezclado a los aromas de jazmín y de algalia, suplieron a la vista, y Samsón sintió correr por toda su carne la tentación de aquellos talles huidizos y de aquellas rítmicas caderas. Su pene se alzó ávido porque había recobrado el vigor, y dijo: «Acuérdate ahora de mí, oh dios, para que de una vez tome venganza de los filisteos, por mis dos ojos».

Y asió las dos columnas entre las que se hallaba, y estribó en ellas, la una con la mano derecha y la otra con la izquierda. Y dijo: «Muera yo con los filisteos». Y se derrumbó el templo sobre Samsón y los príncipes y las hermosas mujeres, y sobre las gentes que allí abundaban.

Pero no sobre Dalila. Ésta hallábase lejos, desnuda y recostada sobre almohadones de lino verde, en una profunda alcoba llena de paz somnífera y secreta. Sonreía de modo encantador mientras un hombre de brazos musculosos, vestido de holgada túnica, le rasuraba el pubis con celoso respeto.

—Estoy seguro de que, cada vez que hago el amor, me sale una cana —sentenció mi amigo A.

—No te quejarás —repuse, mirando sus numerosas vetas.

—Uno se queda seco —continuó— y ella apenas ha empezado. Puede repetir enseguida.

Le imaginé tendido en el lecho marital, agotado y con el pene mustio entre las manos, mientras su esposa iniciaba un segundo asalto.

—A veces —dijo— lo único que me apetece es mirarla. Pero, cuando estoy algún tiempo sin hacerle el amor, cree que no la

quiero. No entiende que lo mejor es no tener que hacerlo.

Días después de la conversación precedente, A. me confesó que, aunque introducía el pene con presteza, no podía eyacular. Así empecé yo, viejo amigo.

—Conozco unas pastillas de colores… —le sugerí.

—No te burles. Estoy muy preocupado.

¿Cómo se curó A.? Cierta noche, después del fracaso de rigor, leía a su mujer una aburrida novela paisajista de finales del siglo XIX *—A. es un hombre de rancios gustos—, cuando observó que en el rostro de ella alternaban el tedio, la indefensión y el terror. Excitado por su propio sadismo, continuó leyendo y luego hicieron el amor y finalmente consiguió eyacular.*

Ahora quiere probar con otras novelas naturalistas.

Querido hermano:

Leí los restantes cuentos eróticos. Ya hablaremos de ellos cuando vengas.

Ayer llovió durante la mañana, y la lluvia me alteró y disgregó mis ideas. Como no me decidía a escribir, desconfié de que mis deseos de trabajar fueran sinceros. Llegué a pensar en volver a Valencia, pero ni siquiera pude reunir fuerzas para considerar el proyecto seriamente. Había ratos en que creía alimentarme de viejos sueños. ¡Cuánto tiempo perdido!

A mediodía escampó y salí a pasear. Fue la liberación. El aire estaba limpio y me sentía como una colegiala sorteando los charcos. La tierra, los arbustos, los árboles, producían ligeras cadencias. Al pie de la montaña de la torre, una abubilla se cruzó en mi camino volando bajo, tan cerca que percibí claramente las plumas del penacho. Estaba distraída siguiéndola con la mirada cuando un ruido próximo me sobresaltó, y un carabinero de mediana edad y corpulencia me salió al paso.

—No se asuste, señorita. ¿Qué hace por aquí?

—Paseaba. No voy a ningún lugar preciso. Vivo ahí —señalé en dirección al edificio de apartamentos, oculto tras

un bosquecillo de pinos.

—¿Está con su familia?

—Vivo sola.

Sonrió, y su estrecho bigote pareció alargarse.

—¿Sola? ¿Y cómo es eso?

Le di la espalda y eché a andar. Siempre me ha molestado la actitud burlona de los hombres cuando se enteran de que estoy sola, el tono en que me hablan. Es como si eso azuzara sus deseos de conquistarme, como si mi soledad justificara cualquier complot contra mí.

La magia de la tarde se había roto, pero no quise regresar al apartamento y continué vagando hasta que anocheció. Al volver vi luz en los chalets. Me acerqué a uno de ellos procurando no hacer ruido y atisbé: en una habitación que resultó ser el dormitorio reconocí a la pareja con la que, días antes, me había cruzado en la playa. Estaban acostados entre sábanas, leyendo. Llevaba él un pijama con arabescos y ella otro con motas que imitaban la piel de un leopardo. No sé cuánto tiempo permanecí observando aquella plácida escena de intimidad, pero tuve mi recompensa.

Fue ella quien primero dejó la lectura. Se acercó al hombre y se sonrieron mutuamente. Él dijo algo, depositó el libro en el suelo y deslizó un brazo bajo la cabeza de su compañera. Se arrullaron, se besaron y fueron desnudándose; él extrajo el ovillo de sus pantalones y lo arrojó a una silla. Luego se abrazaron de nuevo. Ella tenía los ojos cerrados y él le escudriñaba el busto, complacido, y le tributaba inspiradas caricias. Acalorado, apartó la manta y la tiró al suelo; quería desprender también la sábana, pero ella la retuvo contra su cuerpo. Se enfrentaba de lado; ella debía ceñir el pene con las piernas, porque de vez en cuanto bajaba la mano como para ajustárselo. Pese a todo augurio, el espectáculo me conmovía sin desagradarme. Ni siquiera lo encontraba grotesco. A veces se separaban y la mujer se humedecía los dedos con la lengua y seguramente se frotaba el pubis mientras él la admiraba. Cuando por fin consintió en retirar la sábana, observé que ella removía la cabeza del pene con una mano, sacudiéndola muy despacio. Tan bellos me parecían ambos, sus torsos y las

largas piernas esbeltas, que el deseo terminó por contagiárseme. Quería golpear en la ventana y pedirles que me permitieran participar en aquella ceremonia. Temiendo que la prudencia desbordase, me aparté del alféizar.

Fui después junto a la ventana del otro chalet iluminado, pero el único resquicio que dejaban las persianas echadas era demasiado alto. ¿Viviría allí el hombre que se bañaba desnudo en el mar? No había vuelto a sorprenderle. Imaginé que en los chalets cercanos, no sólo de la Cala sino también de la playa de Poniente, estaba ocurriendo algo que me hubiese gustado conocer, y quizá compartir.

La embriaguez del acto de amor que había presenciado me acompañó hasta aquí. La sentí toda la noche, y aún la noto, si bien con menos fuerza, mientras te escribo en esta casa vacía.

* * *

¿Cuándo dejé de amar sólo los rostros y los cuerpos que me parecían hermosos? Quizá fue en la academia, copiando a los modelos y aprendiendo a captar los matices de una espalda encorvada, un pecho estrecho, un vientre taciturno. Imité la carne tan a menudo que me acostumbré a considerarla como una máscara, algo que ocultaba los temperamentos de las personas, las dimensiones de sus sueños, el brillo de sus deseos, incluso su animalidad.

Hace años, un hombre cojo que se apoyaba en una muleta demasiado alta para él me abordó en la calle. Tenía la edad de mi padre, el rostro quemado y surcado de enmarañadas cicatrices, las pupilas vidriosas y dilatadas. Parte de mí le rechazaba pero otra parte se sentía atraída, quizá por esa misma repulsión. Me pidió dinero y al rato largo de mirarlo le dije que se lo daría si me acompañaba. Asintió y le ofrecí el brazo. Alquilamos una habitación pobre y vulgar, con manchas de humedad en las paredes. Allí le despojé de sus harapos e hicimos el amor; escudriñé como una médium a través de su carne renegrida y de sus huesos y encontré en la

satisfacción de sus anhelos un mórbido placer.

Veo en mí dos mujeres unidas por vínculos imprecisos pero firmes, como las hermanas siamesas que se exhiben en algunas ferias. Nuestros caracteres son enteramente distintos: busca una lo que juzga bello, alegre, joven, y se fortalece mediante su contacto; entregándose se tranquiliza; el coito la aligera, como si fuese ella, y no él, quien eyacula; la otra es su rival: se cree justificada cuando comete actos hipotéticamente perversos, cuando imagina corromperse o supone que sus goces eróticos son desconocidos para la normalidad; tras la cópula se nota a veces trabada por sentimientos, residuos, humores que debiera expeler. La felicidad de la primera le parece mediocre.

Día a día, esas dos mujeres se enfrentan en desequilibrado combate. Palmo a palmo, la más osada avanza a pesar de mí misma, rasgando entre risas los últimos jirones de inocencia. Palmo a palmo defiendo mi terreno.

* * *

Cada noche, en sus aposentos, Cleopatra Séptima cambiaba de peinado: bucles sueltos reemplazaban a las siete ondas, sin raya central y con un leve rizo sobre la ceja izquierda, que había llevado durante el día. Se vestía luego con una túnica calada, que dejaba al descubierto los veintidós lugares del cuerpo donde son irresistibles las caricias, y se despojaba del anillo real. Hacía que sus otras joyas fueran expuestas ante ella; con un leve movimiento de mentón, designaba la elegida por su capricho. Si alguna esclava vacilaba un segundo durante la ceremonia, Cleopatra daba un paso hacia ella e iniciaba el ademán de golpearla, pero no la tocaba; el menor roce habría manchado su mano divina. Tras ponerse las joyas, que para aquellas escapadas nocturnas eran las más modestas de su colección, se perfumaba con mirra o aceite de cedro y abandonaba el palacio por un túnel subterráneo que sólo ella conocía. Ya en la calle principal, pasaba frente al Museo y la Biblioteca, y luego discurría por

un laberinto de edificios hasta llegar al puerto, donde abundaban las casas de placer. Allí pretendían los hombres su hermosura y su ardor; pagaban por ella y las ganancias iban al burdel. Las rameras la suponían una mujer casada, rica e insatisfecha.

Besos como cascadas, un amante tras otro y de todas las clases y profesiones. Nadie podía imaginar que la reina, a quien ningún mortal se acercaba sin su consentimiento, incurriese en un placer tan indiscriminado. Incluso soldados de su guardia macedónica, que la veían a diario, se habían acostado con ella sin reconocer a la reina de Egipto.

A veces, entre dos asaltos, pulsaba la opinión del pueblo. «¿Y Cleopatra?», preguntaba. «¿Qué opinas de la reina?». Muchos la querían; pero otros la acusaban de no prestar suficiente atención a algunos asuntos de gobierno, y cada uno le refería sus problemas. Siguiendo el juego, Cleopatra participaba de las quejas populares y añadía sus propias críticas.

Cuando alboreaba, fatigada de tantas diversiones egipcias y griegas voluptuosidades, regresaba furtivamente al palacio, donde sus esclavas ya le tenían preparado un baño caliente. En el agua reparaba fuerzas. Mientras su cabellera flotaba o se embebía y una sustancia rosada se disolvía sobre su cuerpo, Cleopatra meditaba ya sobre el déficit del aceite, el precio de la sal, la próxima visita de un embajador o las deficiencias e injusticias que sus amantes intermitentes le habían expuesto por la noche.

Esa doble vida se prolongó muchos años, y no cambió durante la estancia de Julio César ni al enamorarse de Marco Antonio. Al final los acontecimientos se precipitaron: un oficial de su guardia advirtió a Cleopatra de que una mujer, probable aliada de Roma, conspiraba en los burdeles de Alejandría. Preocupada por la suerte de Marco Antonio, que acababa de perder su última batalla ante Octavio, la reina olvidó que aquella mujer era ella misma, y ordenó su pronto asesinato. Muerto Antonio y temerosa de que Octavio la cargase de cadenas y la unciese a su carro de vencedor, Cleopatra hizo que una serpiente venenosa le mordiese los

senos, y murió a la misma hora que, en el burdel, soldados de su guardia macedónica la atravesaban con fulgurantes espadas.

* * *

Llevaban Bouvard y Pécuchet varios años en su retiro, informándose sobre los últimos descubrimientos, leyendo toda suerte de libros y prospectos e intercambiando ideas, cuando un suceso les trastornó. Paseando por un camino cubierto de frondosos olmos, Pécuchet oyó una voz femenina de contralto, que fluía en apasionadas palabras, y se dejó caer en una zanja para que no le vieran. Continuó la mujer gritando el ardiente deseo que le inspiraba un varón que iba con ella y que no hablaba sino para pronunciar monosílabos e interjecciones. Hubo un significativo silencio, un gemido y dos series paralelas de respiraciones agitadas, una sucesión de agudos gritos, muy fuertes, y un tremendo suspiro. Era mediodía. La atmósfera pesaba; ni trinos de pájaros ni zumbidos de insectos se superponían a las efusiones vocales de la pareja. Desde la zanja, Pécuchet oyó un rumor de besos, más suspiros y unos pasos que se alejaban. Al incorporarse no distinguió a nadie: los amantes, quienesquiera que fuesen, habían desaparecido.

Pécuchet regresó a casa y contó a Bouvard cuanto acababa de sorprender. Como esperaba, la discusión se presentó enseguida. Opinaba Bouvard que las mujeres sólo tienen orgasmos clitorideanos, y se refería a sus años de casado para reforzar su punto de vista. Replicaba Pécuchet que su amigo había enviudado tiempo atrás y que podía no recordar con exactitud; en cualquier caso, su propia experiencia, aunque irregular y episódica, le indicaba que muchas mujeres conocían sensaciones voluptuosas de origen vaginal. Esa experiencia, objetaba Bouvard a su vez, no era sólo irregular y episódica, sino también antigua, y quizá de memoria imperfecta. Confirmó Pécuchet que llevaba más de una década de ayuno, pero citó en su apoyo algunas obras

científicas que sostenían la existencia del orgasmo vaginal. Bouvard confesó haber leído poco al respecto, y propuso reemplazar la egiptología, que era el estudio que últimamente les ocupaba, por la sexología. Aceptó Pécuchet. Pidieron libros a París e iniciaron algunas encuestas que tropezaron con la incomprensión de los habitantes de Chavignolles.

Preguntaba Pécuchet a su amigo si la fabricación de aparatos de onanismo intravaginal no le parecía una prueba de la excitabilidad de la vagina. Se extrañaba Bouvard de que los cirujanos no encontrasen terminaciones de nervios sensitivos en el cuerpo principal del conducto. ¿Por qué, inquiría con la certidumbre de haber encontrado un buen argumento, perdían las mujeres su capacidad orgásmica cuando se les extirpaba el clítoris? Así especulaban muy gravemente.

A fin de proporcionar a sus teorías una base práctica, Pécuchet iba tras la sirvienta: le hacía cumplidos, ayudaba en las tareas domésticas, contemplaba de cerca su fina nariz, sus ojos abisales, el aureolado óvalo de su rostro. Por su parte, Bouvard hacía asiduamente la corte a una vecina, que era viuda: se insinuaba, elogiaba el orden de su casa y la excelencia de su mesa, le regalaba embutidos. Ambas mujeres toleraban sus aproximaciones, pero les esquivaban en cuanto pretendían besarlas o acariciarlas.

—¡Ante todo, hay que ser audaz! —clamaba Bouvard—. La primera regla es insistir.

—Y la segunda no creer en lo que una mujer dice o hace —sentenciaba Pécuchet—. Conocí a algunas, en mi época, que bajo la apariencia de santas eran auténticas Mesalinas.

Curiosamente, las dos cedieron el mismo día: la sirvienta en el sótano, sobre un montón de leña menuda, y la viuda sobre la mesa de su cocina. Por la noche, después de cenar, los amigos se comunicaron sus descubrimientos. Juzgaba Bouvard que el clítoris de su amante era la mecha que encendía la pólvora; opinaba Pécuchet que la sirvienta tenía un verdadero volcán en la vagina. Como no podían llegar a un acuerdo, decidieron preguntar a las interesadas. A pesar

de los ruegos, la sirvienta se negó a contestar. «De esas cosas no se habla», dije. La viuda fue más explícita; según su experiencia, entre un orgasmo y otro había una diferencia de intensidad, no de localización. Esta respuesta confundió aún más a Bouvard y a Pécuchet, quienes se consagraron a la práctica del amor en la medida que sus otoñales fuerzas les permitían. A base de repeticiones fueron comprometiéndose: la viuda consiguió que Bouvard le diera palabra de matrimonio, y la sirvienta que se cuadruplicase su sueldo.

Cierta noche de agosto en que el calor le impedía dormir, Pécuchet bajó las escaleras y paseó por el jardín perfumado. Ya pensaba acostarse de nuevo cuando le llamó la atención el ver, pese a lo tardío de la hora, un resquicio de luz en el salón de la casa vecina. Se acercó y atisbo por la ventana entreabierta: la viuda, de espaldas y arrodillada, vestida con un breve camisón rosa, acariciaba con ambas manos los flancos de la criada, que llevaba ropa muy escasa y estaba sentada en un sofá.

—Cuando te conocí —decía la viuda—, me pareciste hermosa como una princesa.

Erguida, entrecerrados los párpados, la criada murmuró:

—Tú me parecías una reina. —Aunque no podía vislumbrar el rostro de la viuda, Pécuchet imaginó que ésta sonreía, halagada en su orgullo—. ¿Me quieres? —preguntó la criada.

—Sí, te quiero.

—¡Entonces pruébamelo!

Se alzó la falda, separó las piernas y mostró su rizado triángulo.

—¡Qué tesoro! —exclamó la viuda.

—¿No es mejor que sus…?

—¡No pienses en eso, angelito mío! Ya nos desharemos de ellos. En cuanto me case… —hizo una pausa y agregó más bajo—: ¡Estoy loca por ti! ¡Amo tus labios, tus andares, tu olor!

Luego hundió su cabeza en el delta.

Tambaleándose de emoción, Pécuchet se retiró y volvió al cabo de un rato, tirando de Bouvard. Sordas exclamaciones

de «¡oh, oh!», les acogieron, y un prolongado «¡oh…!» culminó el éxtasis de la criada.

Cambiaron de posición las mujeres. Esta vez, la viuda iba a dejarse adorar. Bouvard, inmóvil, inclinado y con el alféizar a la altura del mentón, miraba desfalleciente. Pécuchet atisbaba sobre la cabeza de su amigo. Poco después, Bouvard notó que una gota le caía en la frente: era Pécuchet, que lloraba. El mismo Bouvard tenía los ojos húmedos.

Regresaron a casa.

—Nunca sabremos si con nosotros lo fingían todo —murmuró Pécuchet, subiendo la escalera que conducía a los dormitorios—. ¿Cómo íbamos a conocer la naturaleza de sus orgasmos?

—¿Crees tú que ahora hacían algo más que acariciarse el clítoris con la lengua?

—¡Pues claro! Te digo que se la introducen en la vagina.

Volvieron a discutir, y antes de entrar en sus habitaciones repitieron todos los lugares comunes que las mujeres habían suscitado.

A la mañana siguiente, y pretextando que les sisaba dinero, despidieron a la criada. Recogió ésta sus cosas y se mudó a la casa vecina.

—¡Basta de debilidad! —le gritó Bouvard a Pécuchet—. ¿O es que no podemos vivir sin mujeres? Es preferible el estudio de la agricultura, y menos aventurado: se prevé lo que sucederá. ¿Qué te parece si transformamos el jardín en un huerto?

Comenzaron a buscar manuales, a comprar aperos, a interrogar a los campesinos.

Tuve que viajar, pero resolví pronto mis asuntos y regresé antes de lo previsto. Vera no me esperaba hasta el día siguiente. Era casi medianoche cuando pulsé inútilmente el timbre de su piso. ¿Estaría en el mío? Emocionado por el inminente reencuentro, subí corriendo los últimos escalones. Una brizna de luz se deslizaba bajo la puerta del ático; reconocí el sonido de

uno de mis discos. Iba a entrar, pero se me ocurrió espiarla y salí a la terraza. La escena que se desarrollaba al otro lado de la ventana me infundió sucesivamente asombro, vergüenza y rabia: Vera y mi amigo A. estaban sentados en sillones contiguos, mirándose con inusitada simpatía, bebiendo y riendo a intervalos. Y entonces, como si hubieran aguardado a que yo les contemplase, depositaron las copas sobre una mesa y acercaron sus cabezas y las unieron en un beso. Pudo ser un beso largo o corto, superficial o lúbrico; lo ignoro porque, incapaz de resistir aquella visión, me aparté de la ventana, salí al rellano y aporreé la puerta con furia.

—¡Ya has vuelto! —exclamó Vera al abrir.

Entré sin mirarla y pregunté a A. qué hada allí.

—Nada… He venido a verte, sin saber que estabas de viaje.

—¿Y tu mujer?

—Tiene guardia en el hospital. ¿Sucede algo?

—Os he visto.

—¿Nos has visto? ¿Qué quieres decir? —preguntó, pero seguramente me había entendido porque observó la ventana de soslayo.

—He visto cómo os besabais.

—¿Nosotros? ¿Vera y yo? Te equivocas. Estábamos charlando.

—Me hacía compañía —explicó Vera—. Sólo me hada compañía.

—Y te besaba.

—No me besaba. Y de todos modos no tengo por qué darte explicaciones.

—Debes estar cansado —insinuó A.

—No. He visto cómo os besabais. Lo he visto claramente.

—Escucha —dijo Vera, enfadada—: si hubiese querido hacer algo con él no habría venido a tu casa. Es una idea ridícula.

Empecé a dudar, y me esforcé por restablecer mentalmente las posiciones de sus cabezas cuando les vigilaba desde la ventana: la nuca de A. girando hacia el rostro de Vera, que se inclinaba hacia él con seductora sonrisa. ¿Habían llegado a besarse? ¿No se trataría de una broma de mi imaginación o un error de mis sentidos?

Al despedirse, A. me aconsejó que descansara. Vera parecía de mal humor y quería bajar a su casa, pero le pedí perdón y la abracé. Sin apartar mis labios de los suyos, fuimos hasta la cama.

Luego seguí pensando y decidí que me convenía creerles. No han vuelto a darme motivos de sospecha, pero de vez en cuando salgo a la terraza para mirar la habitación por la ventana, tratando de recordar qué distancia separaba sus rostros aquella noche.

Hace mucho tiempo, durante el reinado de T'ang Tai-tsung, primer emperador de la dinastía T'ang, chinos y mongoles estaban en buenas relaciones, y no era infrecuente que intercambiasen embajadores y regalos, casi siempre caballos mágicos. Uno de esos embajadores —el último que visitó China antes de las guerras— fue Khitan, hombre jovial y de fácil trato que llegó a ser amigo del emperador. Juntos cazaban, juntos bebían y juntos tocaban el laúd y escribían poemas brevísimos, minúsculos, de una sola línea o un solo trazo. Tan grande fue su amistad que, cierta noche en que la lujuria le acuciaba —estaba casado, pero su mujer se había quedado en Mongolia—, Khitan solicitó del emperador que le cediera una de sus 12 451 mujeres. Consintió T'ang Tai-tsung diciéndole: «Llévate a la que encuentres desocupada».

Visitó el mongol las habitaciones del palacio que servían de gineceo; en cada una el emperador se regocijaba con una mujer distinta, que le daba placer de diferente manera, acariciando el miembro imperial con dedos finos y alargados como cañas de bambú o mordisqueándolo suavemente, con dientes como semillas. Progresivamente frustrado, Khitan corrió de una habitación a otra, para adelantarse a T'ang

Tai-tsung. ¿Conocería éste pasadizos secretos que le permitían precederle por una fracción de segundo? Khitan pensaba que las mujeres debían saberlo, pero no se atrevía a interrumpirlas en sus zalemas y retozos. Por lo visto, cada una imaginaba ser la única que gozaba de los favores imperiales. Pero ¿no parecía más razonable, a pesar de la evidente complejidad de su realización, que el emperador hubiese buscado a 12 450 dobles, copias perfectas de sí mismo, para que le sustituyeran ante sus esposas? Prefería creer que sólo uno de aquellos amantes repetidos era
T'ang
Tai-tsung que aceptar la ubicuidad de éste.

Ya amanecía cuando Khitan, fatigado por el periplo nocturno, llegó a la última habitación del gineceo. Allí, una joven de largo cabello adornado con perlas rozaba los testículos del desnudo emperador con una pluma de pato mandarín. Viendo que
T'ang
Tai-tsung tenía el rostro tan fresco y risueño como al comienzo de la noche, Khitan se sintió humillado y, despreciando toda prudencia, se dirigió a él para reprocharle su lúbrica avaricia. Embebido como estaba en el placer sensual que le proporcionaba una de sus múltiples esposas, el presunto emperador ni siquiera se dignó mirarle. «Ha de ser un doble», se dijo Khitan, y con su uña más larga arañó levemente la espalda del supuesto impostor, que continuó ignorándole. «Iré a ver a
T'ang
Tai-tsung», pensó el mongol, y le pediré que me muestre la espalda. Así comprenderá que no resulta tan fácil engañarme. Pero, para que no me crea rencoroso, le felicitaré por la broma.

En el salón del trono vio al hijo de
T'ang
Tai-tsung ocupando el asiento de jade.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Khitan.

—Soy el nuevo emperador —le explicó el hijo de
T'ang

Tai-tsung—. Mi padre ha muerto y buscan a su asesino.

Fue Khitan a la habitación donde estaban vistiendo el cadáver y palideció cuando le mostraron la fea herida, porque se abría en el mismo sitio de la espalda que él había arañado. Tardó en admitir que cualquier rasguño, multiplicado 12 451 veces, era necesariamente mortal.

Temiendo que puedan descubrir su culpabilidad, Khitan inicia la huida: recorre todas las habitaciones del palacio central y también el gineceo, que ahora se halla desierto, y alcanza el segundo palacio circundante; pero éste es enorme, mayor que el anterior, y mientras cruza uno de sus patios colmado de ciervos recuerda que aún hay otro palacio circundante, y luego otro, y otro más, y que cada uno tiene más estancias que los anteriores. Intuye que pasará mucho tiempo antes de que logre traspasar la última puerta del palacio. Ya está al borde de la desesperación cuando, al atravesar un aposento, distingue un espejo bruñido. Desde el fondo del cristal, su mujer, espléndidamente vestida, le hace señas. Arrebatado por la seductora imagen, Khitan atraviesa el espejo, desnuda a su esposa y cumple el acto de amor. A medida que sus sentidos se rehacen, algunos detalles —una alfombra deshilachada, un halcón enjaulado, el color de unas rosas— le ayudan a comprender que se encuentra en Mongolia, en su propia casa. Una súbita curiosidad le acomete entonces. Se vuelve hacia su esposa y le pregunta receloso:

—Dime, ¿qué hacías tú en un espejo chino?

* * *

Cambiaba cuando me acercaba a ellos.

De modo que, si antes me había transformado según sus deseos, ahora me transformaba contradiciéndolos, tratando de eludir los límites de sus definiciones. ¿Me llamaban original? Intentaba aburrirles. ¿Intensa? Me aletargaba. Si alguien me deseaba para un momento, procuraba aferrarlo. Si me amaba apasionadamente, le rechazaba sin

contemplaciones.

Un amigo común me presentó a J. en una exposición de pintura geométrica. A primera vista parecía demasiado educado y formal, demasiado serio. Decía admirar aquellos cuadros, excesivamente rígidos y ordenados para mi gusto. Al abandonar la galería de arte miró al cielo nocturno; me agradó ese gesto anhelante. Sentí, mientras andábamos por calles oscuras, que me observaba con disimulo, retrasándose ligeramente. Pero al hablar rastreaba el suelo. Cerca de mi casa les invité a subir. Mi amigo aceptó enseguida, pero J. se excusó pretextando trabajo. Intuí que le vería de nuevo y no me equivoqué, porque una tarde le sorprendí en el jardín de en frente y adiviné que había estado esperándome. Subimos y le mostré algunos cuadros: mujeres desnudas, con cara de hambre, acechando de noche, en la calle, el paso de respetables matrimonios. Aunque era evidente que le desconcertaban, comentó que ya se había imaginado que yo pintaría así, de una manera tan subjetiva. Estábamos tomando té cuando le descubrí atisbando mis pies desnudos en las sandalias. Desvió la mirada y se puso a hablar del pensamiento matemático y la arbitrariedad de la naturaleza. Era falso, falso; comprendí que divagaba por timidez. También yo estaba algo nerviosa. Un amigo vino a visitarme y en cierto modo rompió la tensión. J. se fue poco después. Me acordaba de él en la cama, luego de hacer el amor con mi amigo.

Me telefoneó para pasear, para ir a un concierto. Siempre le encontraba tenso y obsesionado por fingir seguridad, aplomo. Era incapaz de relajarse, de pronunciar una frase frívola. Una vez, al rozarle un brazo, lo apartó pero vislumbré una dicha pasajera en su rostro.

«Soy un hombre morboso», dijo un día, tan ingenuamente que me puse a reír.

Me enteré de que sus padres habían muerto tres años antes, en un accidente de automóvil, y de que vivía con su hermana, a quien quería mucho. No pude reconocerle en las fotografías que me enseñó de su infancia.

Presencié una de sus clases. No veía su cuerpo, sino su

mente y los movimientos de su cabeza cuando afirmaba, aseveraba. Mientras iba llenando la pizarra de guarismos tuve una insólita ensoñación: imaginé que ya había asistido anteriormente a aquella clase y que le esperaba para regresar con él a una casa donde vivíamos juntos. Estábamos casados y, curiosamente, me gustaba. Esa neblinosa fantasía duró bastante, pero mi característica fundamental acabó venciéndola: no me satisface ser una L. familiar y contenida.

Cuando terminó me notaba exhausta, aturdida, casi enferma. Le pedí que me acompañase a casa. En el dormitorio me acosté delante de él, envuelta sólo en un kimono de seda negro con bordados plateados. Le pregunté si había tenido muchas amantes y respondió que únicamente se había acostado con prostitutas. Quise averiguar por qué, pero cambió de conversación y supuse que su historia no era cierta. «Si me desea debe decirlo», pensé. Adiviné que necesitaba unas palabras o un gesto de aliento, que no me abrazaría salvo si le animaba. Rehusé hacerlo: sabía que no le bastaría una vez y no me apetecía ligarme a él físicamente. Le rogué que se marchara. Dudó, sorprendido, pero obedeció. Hay ocasiones en que una se siente mejor cuando se abstiene.

Olvido el orden de nuestros encuentros y de nuestras frases. Cierto atardecer estábamos sentados en un café cuando se levantó y llamó a alguien. Era O., su hermana. Un rostro sorprendentemente blanco y casi fosforescente, de rara belleza, ojos desmesurados, cejas delgadas como acentos. Tomé con alegría su cálida mano. Mi evidente interés debió asustarla, porque murmuró que tenía prisa y se alejó con pasos gráciles, elásticos.

—No se te parece —comenté.

—Es exactamente como yo —replicó J.

Los imaginé evitándose el uno al otro, dedicándose tiernas atenciones, intercambiando mudas caricias, yaciendo espalda contra espalda. ¿Cómo sería su vida en común?

Días después, J. me preguntó riendo nerviosamente si quería acostarme con él. No me gustó su modo de pedirlo, como quitándole importancia.

—¿Y qué ganaría? —le pregunté—. Tú no sabes nada de

hacer el amor. Para ti todo es explícito, determinado, mecánico.

—Tienes razón —concedió.

Le costaba disimular la curiosidad que sentía por mí, por mis amistades, por mi ambiente. No entendía que le negara lo que entregaba a otros. Me seguía por la calle, telefoneaba a menudo, se presentaba en casa inesperadamente. Como no deseaba herirle, inventé para él que yo era un ser dividido y que no podía acostarme con las personas que más apreciaba.

—Nunca debí hacerme ilusiones —murmuró afligido, y se fue.

Llevaba algún tiempo sin tener noticias de él cuando su hermana vino a visitarme. Estaba muy pálida y no se había maquillado. Vestía pantalones negros y un jersey de cuello alto, negro también, bajo el abrigo de ante.

—Quiero hablarte de J. —dijo.

Se quitó el abrigo y me abrumó la lozanía de su cuerpo, percibí un aire de inocencia sexual. Contempló mis cuadros. Parecía profundamente emocionada.

Fui lo bastante sabia como para apagar la luz. Por la ventana entraba un haz de claridad lunar.

—¿Qué haces? —preguntó.

Estábamos frente a frente. Me acerqué a ella más y más y más, hasta que se confundieron nuestros pulsos.

—No me quedaré aquí —aseguró después—. Te decepcionaría pronto.

Apreté una mano contra su pecho.

* * *

Querido hermano:

Vi de nuevo al nadador solitario. Acababa de tomar mi baño de madrugada y había salido a la terraza para tender el bikini y la toalla cuando le sorprendí en la playa, despojándose de sus ropas. Pensé, estremecida, que habíamos estado a punto de encontramos: si él hubiera adelantado su baño o yo hubiese retrasado el mío… Permanecí

observándole mientras nadaba entre ringleras de espuma y se secaba y vestía y aguardé el momento en que, al pasar debajo de mí, levantaría la cabeza y me traspasaría con ojos de fiera. ¡Qué desilusión! Ni me miró siquiera. Balanceando los hombros y con paso firme se dirigió hacia su chalet sin la menor vacilación, como si me hubiera olvidado.

Me encuentro entorpecida, escribo poco. La historia de los indios caribeños me deprime terriblemente; soy incapaz de encontrar en ese abominable genocidio el menor elemento de farsa, como haces en uno de tus cuentos. Porque el exterminio continúa en otros lugares. Poco antes de venir a la Cala vi en Valencia un documental donde unos colonos brasileños cazaban y castraban a un indio kraho; noté cierta delectación en la cámara y me pregunté si aquella escena no habría sido preparada para el documental, si aquellos colonos que despaciosamente mutilaban no exageraban su crueldad —mucha, de todos modos— de cara a la filmación, si el sufrimiento del indio hubiera sido menor de no existir gente como yo, dispuesta a pagar por presenciar su tormento. Quise levantarme y abandonar el cine, pero me contuve al comprender que ya nada podía evitar con mi ausencia. Independientemente de aquel caso específico, el asesinato colectivo de indios es habitual en Brasil, Colombia, Venezuela… Más de ochocientos mil indios brasileños han sido exterminados en lo que va de siglo.

Si mi trabajo, una vez terminado, sirviera de algo…

Me animo y desanimo con igual facilidad. Pienso —no te enfades— en una frase de L.: «Lo que considero más justo», me dijo, «es dar el mayor sentido posible a la propia vida». Dudo que le hubiese interesado la suerte de los indios.

Deja que te hable un poco sobre L.

Te equivocaste respecto a ella. Es destructiva, pero con una destructividad inconsciente. Medusa, la llaman algunos de sus amigos, como si la creyesen capaz de transformarles en rocas. Una víctima de su propio poder de atracción, prisionera del constante anhelo de ser amada; así es cómo yo la entiendo. Tú me habías descrito a una mujer perversa que disfrutaba tentándote y rechazándote. A mí me confió ella el

recelo que le inspiraba tu mundo mental, tu intensa dedicación a números, ecuaciones, abstrusas teorías.

Fui a verla porque deseaba ayudarte y para averiguar por qué te había conmovido tanto, y me quedé porque me impresionó también —nunca había conocido a una mujer que actuara como creo que debe actuar una mujer—, y porque sus ojos brillaban de fiebre y me gustaba el peso de su voz, su tono afónico, y yo padecía una sed de intimidad que tú no podías colmar. ¡Cuántas veces hemos intercambiado, tú y yo, delicadas atenciones, y comentado lo mucho que nos parecemos, y tus palabras han arrastrado a las mías, y nos hemos inflamado mutuamente hasta llegar al borde del abismo! (Así no debe ser, déjalo…, déjalo). L. supo darme una fuerza que tú no me inspirabas y que yo necesitaba para afrontar el amor físico. A veces era como si, al haber cambiado una pasión prohibida por otra, te tuviese a través de ella. Porque L. también se me parecía, como las mujeres se parecen a las mujeres. No había conflictos ni resistencia activa entre nosotras, no nos juzgábamos, éramos aliadas. En cierto sentido, cada una se amaba a sí misma al amar a la otra. Comprendí de inmediato su caos, su voracidad de experiencias, su afán de amoralidad. Pero no supe seguirla sino al principio, como aquella noche en que me sedujo y creí descubrir en mí cualidades distintas. Hubo otras veladas locas, irresponsables, de música y dibujos. Me pintó desnuda, me cubrió de tatuajes.

Me vestí de hombre para ella, me oscurecí el rostro y las manos, desfiguré mi voz, paseé a su lado así disfrazada.

¿Te escandalizo? No quisiste comprenderlo. Sé que estabas herido y te dejaste llevar por impulsos. Te obsesionaba demostrar que L. era lesbiana, que por ese motivo te había rechazado —intentabas engañarte deliberadamente, aun sabiendo que otros hacían el amor con ella—, le reprochabas que hubiese abusado de su dilatada experiencia para hechizarme, me acusabas de haberte mentido, me despreciabas para compensar tu decepción.

Esa tarde comprobé cuánto me necesitabas, cuando fuiste a casa de L. y entraste furioso y me sorprendiste con su

kimono puesto. Te comportaste como un bruto diciendo que no deseabas volver a verme. No lo merecía. Y también comprobé tu egoísmo. Lloré mucho y L. tuvo que consolarme.

Saboteaste todos mis intentos de reconciliación. Me hiciste mucho daño.

Tanto como L. Mi conciencia me impidió acompañarla hasta el fin. ¿Por qué hemos sido educados de ese modo, por qué nos inculcan la abnegación, la sumisión, la impotencia? L. es más libre que yo, pero ni siquiera ella pudo desatar todos los nudos.

Quiso enseñarme lo limitado de amar a un solo hombre o a una sola mujer. Me propuso compartir amantes, camas redondas, drogas duras, estímulos artificiales. Y, ante mi negativa, se burló de mis escrúpulos y remordimientos.

Llevaba a hombres y se acostaba con ellos, a sabiendas de que me costaba soportarlo.

Procuré que no me dominara el orgullo. Le dije que me gustaría volver al principio y ella replicó que sólo se puede volver al principio cambiando de persona. «Otro amante», murmuró, «ése es el principio».

Así que me fui y regresé a la casa familiar como una hija pródiga. Pero tú ya no estabas. Dicen que te ahogaste.

Se me ocurre ahora que quizá hubo un momento en que L. te amó a través de mí.

* * *

¿Crees tú, Anacaona, que estoy volviéndome demasiado espiritual? ¿Corro el peligro de que me gusten los libros sagrados? ¿Terminaré creyendo, como en la infancia, que algunos números poseen propiedades mágicas? Precisamente acabo de encontrar en una maleta de mimbre mis primeros cuadernos matemáticos, once viejas libretas forradas de azul marino, una para cada cifra del uno al diez y otra para el cero; se inician con tímidos garabatos, temblorosos como numerales hindúes o huellas en el fango y finalizan con signos de contornos muy precisos, rigurosos como los de los

cheques bancarios. Aprendí antes a contar que a escribir: enumeraba habitualmente los pasos que daba entre un lugar y otro y juzgaba interesante que raramente coincidieran. Los escalones me fascinaban por su firmeza, y el placer de contarlos me parecía tan grande que casi siempre rechazaba los ascensores. Cuando me encontraba en una habitación, juntaba los pies y me decía: estoy a tantas baldosas de esa pared y a tantas de esa otra y a tantas de ésa y de aquélla. Cuánta vanidad.

Hoy leí en un diario que había fallecido la última india ona en la inhóspita Tierra del Fuego, donde algunos años el suelo no se deshiela. Los ona nunca fueron muchos; les gustaba el frío y caminaban descalzos sobre la nieve, desnudos bajo pieles de guanaco aisladas con saliva. Tengo delante dos fotos de la última ona: data una de hace cincuenta años y en ella muestra ojos con hondos reflejos y relucientes mejillas; en la otra, que apenas precede a su muerte, aparece canosa y soñolienta, con manos como garras y rodillas torcidas. No sientas celos.

Cuando creo que todo se desmorona, mi pene busca como una brújula tu antiguo grabado y se alza con ángulo oscilante, pestañeando.

Casi me basta, debe bastarme.

* * *

Querido hermano:

Esta mañana, después de tomar el baño y de pasear siguiendo la orilla, subí a la montaña de la torre por el sendero de los pinos. Al llegar a la cima pensé que el sol se me había adelantado: las piedras resplandecían de tanta luz. Pero el astro aún estaba lejos, elevándose sobre el agua. Me senté sobre una roca, cerca del acantilado, y dejé que me envolviera la brisa. No había nubes. El sol fue calentando mis senos a medida que ascendía. Me desnudé y tendí sobre la roca amarillenta como sobre un altar. Me parecía tomar el sol por primera vez. Cantaban mis pechos, mi vientre, mis

muslos. Los rayos me ablandaban y su influencia era cada vez menos periférica y difusa, más profunda. Me olvidaba de todo, me abría como un fruto maduro. Giré sobre mí misma abrazando la roca para que el sol me ungiera nalgas y tobillos.

Un ruido breve, quizá un gemido, hizo que me incorporara buscando mis prendas. Poco después oí un roce de matorrales y pasos que se alejaban detrás de la torre. Alguien descendía la ladera: no pude verle porque en esa parte los pinos crecen muy juntos, y además su ropa no destacaba. Sobre una roca cuarteada que descansa junto a la torre, distinguí el reguero brillante que trazaba un coágulo. Estaba pringoso.

He de buscar otro sitio para tomar el sol.

Olvidé decirte que tengo un gato. Lo encontré en la terraza hace unos días. Al acercarme, echó a correr y pasó a la otra terraza; no sé cómo ha subido hasta aquí. Va perdiendo timidez y ya no huye histéricamente, pero aún evita que le toque. Cuando le doy comida y hago ademán de acariciarle, se acuesta lejos y comienza a frotarse contra el suelo, como si con ese roce pretendiera reemplazar mis caricias. Es negro y tuerto. Al principio me alarmó que le faltara un ojo, pero me he acostumbrado a ese defecto y ahora le quiero más precisamente por eso, porque ha sufrido y tiene miedo y está aprendiendo a confiar.

Acabo de terminar mi capítulo dedicado a Anacaona, hermana de Behechio, esposa de Caonabo y cacique de la Española, como ellos. Cuentan las crónicas que era una mujer muy hermosa, «valiente y de gran ánimo e ingenio». ¿No te hubiera gustado conocerla? Por desgracia no es una historia alegre. Estoy segura de que tú compararías su final con el de Aida Lafuente o el de Lina Odena.



Querido hermano:

Ha ocurrido como en un sueño, y no me arrepiento. Es difícil expresar la dicha que me procuró mi compañero invisible.

De alguna manera empezó con el gato. Ya te conté que últimamente estaba ganándome su confianza. Conseguí que se dejara acariciar y que jugase a atrapar hilos. Al principio se mostraba algo torpe, bien porque había perdido el ojo recientemente o porque era demasiado joven, pero ahora se ha convertido en un experto cazador de moscas, sombras y reflejos. Tanto cariño me había tomado que maullaba y arañaba la puerta del dormitorio, cuando no le permitía entrar por las noches. Así que acepté que durmiese conmigo, aun temiendo que en la oscuridad le asustara algún movimiento mío y me atacase.

Hace tres o cuatro noches me desperté al oír unos chasquidos que inmediatamente atribuí al gato. Pero al encender la luz lo vi sobre la cama, desperezándose cerca de mis pies. Y los chasquidos continuaban sonando. Me levanté. Alguien intentaba entrar en casa. Probaba una llave y empujaba, luego probaba otra.

Sabes que no tenemos mirilla.

Pensé en ti: me sentía como algunas noches de hace años, antes de que me mudara a casa de L., cuando vivía contigo y me parecía que te agazapabas tras la puerta de mi dormitorio, anhelante, y rozabas el pomo.

No tuve el valor de abrir. Minutos después, percibí unos pasos que se alejaban y bajaban las escaleras.

¿Debí tomar precauciones?

No hubo más intentos hasta anoche. Y, esta vez, quienquiera que fuese logró entrar. Maulló el gato y huyó y un hombre se inclinó hacia mí en la oscuridad y me abrazó y lamió mis labios. Su rostro estaba frío y su cabello húmedo como si acabara de bañarse. Iba desnudo. No dijo nada. Pero ya hace tanto tiempo…

Un estremecimiento muy largo, las costillas dilatándose y un sentimiento de euforia. Luego permanecimos juntos, reponiéndonos en silenció. A veces, para comprobar su presencia, le tocaba las muñecas y le palpaba el pulso.

Se retiró antes de que amaneciera. En lugar de seguirle me quedé en la cama saboreando las últimas vibraciones, y ahora lo lamento, porque aunque después me levanté de golpe y me vestí apresuradamente, llegué tarde, y cuanto pude ver al acercarme a los chalets fue un automóvil negro que se alejaba levantando polvo. Como no estaba segura de que mi invisible amante viajase en su interior llamé a todas las puertas.

No abrió nadie.

Ahora es de noche. Me he vestido y perfumado para él, por si vuelve. Mientras te escribo, el gato chupetea los dedos de mis pies, que he calzado con las sandalias que encontré en tu cuarto.

Ya lo sabes: tras invernar, la larva se ha transformado en mariposa.

* * *

¿Es la masturbación el vicio nacional, el amor al fracaso

que representa la ausencia de un compañero, una invocación a un amante conocido o desconocido? ¿Dificulta, cuando se ha convertido en un hábito, la relación interpersonal?

Reconozco que no tiene objeto, Anacaona, que continúe preguntándome si, de haber vivido en otro país o en otro momento histórico, habría copulado más veces. No puedo cambiar, y tú no puedes ayudarme aunque seas la síntesis de todas las mujeres que he deseado.

Imaginé, engañando al sector matemático de mi mente, que era uno de tus súbditos y que estaba presente cuando te informaban de la muerte de tu marido, Caonabo: uno de los ciclones habituales del Caribe había hundido el barco en que, cargado de cadenas, le enviaban a España. Aunque siempre tuve celos de él, le lloré al verte llorar. Más lamenté el fallecimiento de Behechio, tu bondadoso hermano.

¿Por qué confiaste en Nicolás de Ovando cuando te comunicaron que iba a visitar tu provincia? No desconocías su inicua conducta, sus desmanes, las fatigas y padecimientos que había impuesto a nuestro pueblo. Sin embargo, le recibiste con tu cordialidad tradicional, y celebraste para él un areito o danza cantada en la que intervinieron más de trescientas vírgenes. Ni la magnificencia del baile, ni los juegos indígenas, ni los selectos manjares, ni la hospitalidad de la mejor casa de la población conmovieron a Ovando, que tenía decidida la matanza.

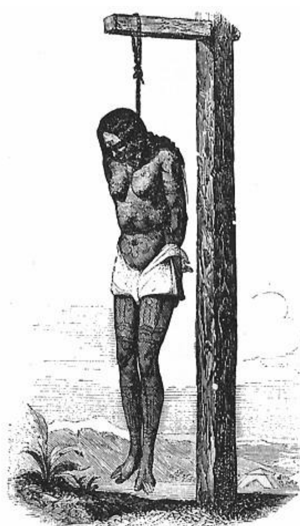
Puedo atestiguarlo porque lo vi desde lo alto de una palmera. Te habías juntado con los caciques menores para asistir al juego de cañas con que los españoles prometían distraernos. Íbamos desarmados; pocos de nosotros sospechaban. Cuando el juego parecía dispuesto en la plaza, Ovando dio la funesta señal poniendo la mano sobre la cruz de Alcántara que llevaba bordada en el pecho. Inmediatamente sonó una trompeta. La casa en que te hallabas fue rodeada por la soldadesca. Entraron las tropas y se apoderaron de los caciques, les amarraron a los postes que sustentaban el techo, les atormentaron en tu presencia. Luego te llevaron presa y prendieron fuego a la cabaña, «hasta quedar todos, con la paja y la madera, hechos brasa».

Mientras los caudillos perecían, la plaza era teatro de escenas no menos horribles. A la señal de Ovando se habían precipitado setenta jinetes con corazas por entre la desnuda e indefensa muchedumbre, atropellándola con los caballos, hiriéndola con las espadas. No se reparó en edad ni sexo. Alguna vez un caballero quería salvar en sus brazos a un niño, pero las lanzas de sus compañeros se lo arrebataban. Tan inmersos estaban en la degollación que no me descubrieron. Llegada la noche bajé de la palmera y hui en canoa.

Averigüé luego que a ti te condujeron encadenada a Santo Domingo, donde se te concedió la apariencia de un proceso criminal: fuiste acusada de conspirar contra los españoles y juzgada culpable. A los tres meses, por hacerte honra —dice Las Casas—, te ahorcaron.

Creyendo desprestigiarte, el cronista Oviedo escribió que eras disoluta, que fornicabas abundantemente con tu hermano y tus súbditos.

Juro sobre mis testículos, como los antiguos hebreos, que te recordaré mientras pueda expresarme.



Toda la noche la he observado. Abre los ojos calmos y me pregunta:

—¿Acaso no soy como ella?

¿Lo es? Esa pregunta reverbera en mi cerebro mientras Vera se desliza hacia mí sobre la cama arrugada. No puedo hablar, no quiero moverme. Súbitamente descubro que su boca es la de Anacaona, que sus labios están cincelados como los de la india, y su cabello, y la proa de sus senos agudos… ¿Cómo no lo había notado antes? Empiezo a henchirme, estallo y vierto en la tibia y húmeda penumbra lujuriosa. Besos sinuosos de mis venas contra las venas de Vera.

Acostumbrados a la sombra de los frondosos sicómoros que bordeaban las orillas, los ribereños del Nilo sentían horror al desierto, que imaginaban poblado por espíritus del mal. Sin embargo, fue en Egipto donde se vio a los primeros ascetas huir de los placeres y de las comodidades urbanas para buscar entre las dunas el hambre, la sed y las inclemencias del clima. Mortificaban el cuerpo, decían, para asegurarse la salud del alma, mancillada por el pecado original y amenazada por tentaciones constantes. Aquellos hombres de mente retorcida se reunieron en comunidades, más tarde en monasterios y, durante los siglos IV y V, en verdaderas ciudades de monjes, donde por las noches cantaban alabanzas al dios cristiano y maldecían a las mujeres. Envalentonados por su creciente número y la protección que les dispensaba el emperador de Oriente, acabaron convirtiéndose en perseguidores intolerantes y asesinos de gentiles.

Era Hipatia una mujer hermosa y sabia, hija del matemático Teón y autora de un comentario al Canon astronómico de Tolomeo y otro a las Secciones cónicas de Apolonio de Pérgamo. En su escuela de Alejandría enseñaba platonismo y matemáticas. Gozaba de fama casi universal, los magistrados le tributaban honores y el prefecto de Egipto le pedía consejo. Acosada un día por un estudiante, que

codiciaba sus carnes y porfiaba por apresarle las nalgas, se alzó la falda y, mostrando el delta, dijo:

—Si me posees, tus genitales quedarán momentáneamente satisfechos, pero desperdiciarás una oportunidad de comprender el erotismo. En cambio, la contención te hará sabio. Mírame y ámame. El amor es la fuente de todo: propicia los buenos sentimientos, los pensamientos nobles y la contemplación de la belleza. No lo viertas todo en un par de jadeos.

El estudiante la miró arrobado y desistió con una sonrisa.

Di cese de Hipatia que, a pesar de haberse casado, permanecía virgen; los cristianos, empero, no lo creían; tenían noticia de que en su escuela se predicaban el amor libre y el libre pensamiento, y de que Hipatia encarecía el erotismo. Eso les bastaba para concebir al lugar como un lupanar y a la filósofa como una ramera; mujer de Satanás, la llamaban. Cirilo, obispo de Alejandría, instigó a los monjes, preocupado por la competencia que la escuela de Hipatia hacía a la Universidad Cristianísima de Constantinopla Y los monjes alentaron al populacho.

Ocurrió en el año 415. Los fanáticos se precipitaron sobre Hipatia cuando ésta salía de su casa, la arrastraron hasta la iglesia de Cesaría, la despojaron del maforte —un vestido que dejaba entrever los pezones—, sajaron sus senos con los afilados labios de conchas varicosas, cavaron heridas en su flanco asombrado, la despedazaron con manos que confundían placer y crueldad y finalmente quemaron los restos de aquella virtuosa pagana en la plaza Cinaron de Alejandría.

* * *

Dicen, porque yo no los he visto sino en fotos, que en Sudamérica habitan unos animales llamados perezosos, extraños desdentados de hocico romo que avanzan por las ramas colgados de dos o tres uñas engarfiadas, al modo de los obreros telegrafistas que escalan postes. Los indios, que

aprecian la carne de esos indolentes mamíferos, sólo consiguen desprenderlos de las ramas amputándoles las manos; tan grande puede ser la fuerza de dos o tres uñas.

Intuía que aquella estancia de límites visibles pero intangibles constituiría el patético escenario de una burla de imprevisibles consecuencias. Divanes, pequeños cojines apretados, luz tenue, veinte hombres o más inflamados y con ofertas en la punta del miembro. En el centro de la habitación, mi cuerpo iniciaba un baile de receptividad y respuestas. Ya sabía que danzar en el centro implicaba la aceptación de todos los presentes. Mi cabello se agitaba como la crin de un animal hirsuto y las manos me precedían como batutas. Una mujer dentro de otra, ésa era yo, descomponiéndome en una procesión inacabable, multiplicándome en facetas de diamante o fragmentos de espejo. Me tendí en el suelo, sobre una alfombra negra, y al instante se despojaron de sus ropas y enarbolaron tallos que bombeaban nata y trazaban en mi piel lentos caminos plateados. Fueron turnándose. Ni siquiera separaba los párpados para verles: mi mente estaba llena de colores, había uno para cada caricia, cada contracción, cada óleo. Gritos roncos brotaban de mi sexo.

Nada podía interferir la continuidad del éxtasis salvo el cambio de un amante a otro.

Anguilas chapoteando en campos de algas, desembozando acuarios musgosos, cavando, estrujando, sellando con lacres humeantes los suaves pliegues de un rincón profundo.

Capto orgasmos cada vez más débiles y me incorporo. ¿Son ésos los instrumentos de mis héroes? ¿Veintitantos pulgares encanijados? Y yo cada vez más ardiente.

Adopto posturas irresistibles, me enredo en vaporosos vestidos, hago tintinear mis pulseras, desgarro las telas, me embadurno con una sustancia grasienta de color rojo y veo cómo la cabeza de sus mangos vuelve a encenderse.

El ritual se repite, el empalamiento. Y de nuevo, ahítos, se toman fláccidos como ubres resecas.

Mis ojos sonríen a pesar de mí misma, se burlan de la persistencia de mi deseo.

No quiero desasirme del último amante. Lo estrecho contra mí, me aferró a sus muslos, atenazo su cintura.

Iban a cercenarme los brazos con una espada cuando desperté.

* * *

Querido hermano:

¿Recuerdas cuando íbamos a contemplar los enormes meros que nadaban cerca de una plataforma de abrasión, al pie de la montaña de la torre? Sabía que la única vía de acceso estaba en la base del acantilado, pero me costó encontrarla porque es una quiebra pequeña y sólo se ve desde muy cerca.

No conozco en los alrededores mejor lugar para adorar al sol. Si alguien bajara le descubriría antes de que se acercase. Sólo pueden observarme desde el mar, y eso no me importa.

La violencia del sol nunca es repentina: antes me ha endurecido, calentado con rayos oblicuos, teñido de matices cobrizos. Al llegar y quitarme la ropa creo desprenderme de todo lo accesorio. Me derrumbo y ya no soy ni siquiera una mujer que yace dispuesta y relajada, sino agua salada y roca amarilla, nombres que parecen indios. Sólo el ardiente abrazo me llena, no temo el brillo de los dientes dorados, no temo abandonarme.

Me despierto, estoy tumbada apaciblemente y mis rodillas están abiertas al termo del sol, le deseo y él se dispone a derramar un elixir cálido.

Hay sol en mi crica, lágrimas amarillas en mis muslos.

Únicamente he vislumbrado un mero.

* * *

(Al acercarse el último paroxismo, dejo de acariciarme y

alzo los brazos, separándolos y estrechándote, invisible e intangible amante fraterno. Tú).

* * *

Sin embargo, yo no tengo hermanas.

* * *

AREITOS APÓCRIFOS DE ANACAONA

I

Al caer la noche vuelve mi antiguo amor,
aunque está lejos, y aletea
como un pájaro atrapado,
gimiendo y chillando.
Hasta los gusanos se enderezan
al paso de la bella Anacaona.

II

Roja es la punta del miembro de mi amado
como el fruto rojo de sus encías.
Cuando palidece, espero a que se encienda
y de nuevo entre en mí con chirrido alegre.
Miembro de mi amado, no te apartes de mí,
sígueme adonde vaya
pero no te acerques al Este;
de allí vienen los invasores.

III

Mi cueva es sagrada,
todas las cosas que en ella caben
son sagradas.
¡Yyyyyyy!

IV

Te pido, luna llena,
que ese hombre se acuerde de mí
y se vacíe en memoria mía

cuando me haya ido.

O aquella noche en que, al volver de la calle, la encontré desnuda en mi cama, asombrosamente brillante y morena; en la frente llevaba una cinta roja con dos plumas irisadas; la piel de su espalda difundía destellos cobrizos, y sus ojos resaltaban como cubitos de hielo en un ponche de color caoba; las nalgas eran casi negras. Me quedé mudo: Vera tenía el aspecto de haber vivido siempre bajo el sol. Sonrió y se humedeció los labios, excitada por su propio poder de atracción. Giró sobre sí misma; sus areolas en brioche *semejaban moras silvestres. Mientras la admiraba me mostró un frasco casi vacío de bronceador químico, instantáneo.*

—Me gustas —dije.

—¿Moga oga pou kaka ronga? *—se burló. Y luego, señalando su vellón, añadió—:* Yahumba.

Me quité la ropa.

—¡Mabu ambutu! *—exclamó, fingiendo que le asombraban mis dimensiones.*

Me tendí a su lado y me acarició la entrepierna.

—¿Amaba maguga buga lu? *—me preguntó.*

—Tak *—murmuré extasiado—.* Mange tak.

